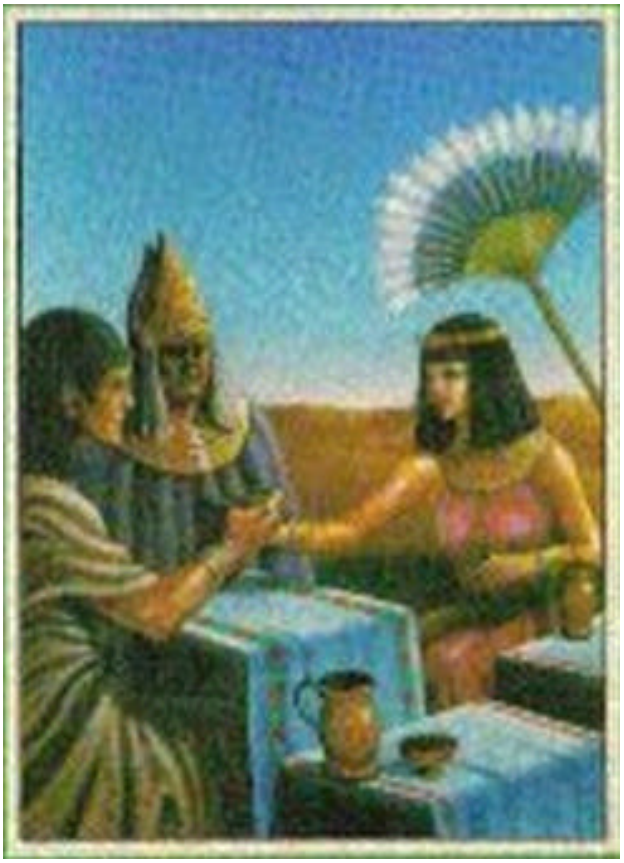
El Sacerdote de Ptah

Emilio Salgari

La acción de esta obra se inicia en
Las hijas de los faraones



LA PRINCESA DE LA ISLA DE LAS SOMBRAS

Mirinri, Ata, Ounis y los etíopes, presa de una emoción difícil de describir, se habían apresurado a huir refugiándose en la escalera que conducía al s*erdab*, cuya puerta de bronce cerrada por Nefer no permitía subir más que hasta el rellano. Un espectáculo terrorífico había tenido lugar en la inmensa cripta: las tapas de los sarcófagos, que debían encerrar a las momias de los antiguos reyes nubios, comenzaron a chirriar y poco a poco se iban levantando como si los difuntos fuesen a resucitar. ¿Eran las sombras de los muertos que Nefer había pretendido encerrar en sus tumbas y que volvían a salir, aquellas terribles sombras que asustaban a los ribereños del río?

Todos se habían pegado contra la puerta, mirando con los ojos aterrados las tapas de los ataúdes, que seguían alzándose, chirriando cada vez más fuerte siniestramente. Sólo Mirinri se había quedado en el primer peldaño mirándolos intrépidamente, como si quisiese desafiar aquellas terribles sombras. Ciertamente el ánimo del joven Faraón no temblaba, puesto que ni un solo músculo de su rostro se había movido como tampoco lo habían hecho los de Ounis. También el anciano sacerdote que lo había criado observaba una calma suprema y parecía más preocupado por observar a Mirinri que a los sarcófagos. De pronto, con inmensa sorpresa de los etíopes y de los egipcios, se oyeron salir de aquellos seculares sarcófagos unos sones dulcísimos, que se fundían entre sí con una armonía admirable.

Eran notas débiles de flautas, de los *sab* que incluso hoy día resultan tan difíciles de tocar, en especial los de bronce, aunque semejantes instrumentos resultasen raros en aquellas épocas; se oían también notas de las dobles flautas llamadas *zargbocel*, de *ba-nit*, es decir de arpas semicirculares y de *nadjakhi*, una especie de liras, que tenían de seis a quince cuerdas, y muy corrientes entonces.

Los etíopes, asustados, ya que son más supersticiosos que los egipcios, habían vuelto atrás, no pensando ya en defender al Hijo del Sol.

Ni siquiera Ata se había quedado en defensa del joven, quien a su vez no parecía necesitar el auxilio de nadie.

De pronto, todas las tapas de los sepulcros se alzaron a la vez y una legión de hermosísimas jóvenes, apenas cubiertas por ligeros velos y adornadas por riquísimos collares, brazaletes y anillos, se alineó a lo largo de las paredes de la cripta.

Todas eran de extraordinaria belleza, vestidas con la suprema elegancia de las danzarinas y de las tañedoras de instrumentos de aquella época que iban a la cabeza de la moda, influyendo incluso en las hijas de los poderosos Faraones, y perfumadas de pies a cabeza. Cada una llevaba en su mano un instrumento musical: flautas, arpas, sistros, crótalos de bronce, que batían uno contra otro, triángulos, cítaras muy estilizadas con el mango muy largo y címbalos de metal llamados *kimkim* que producían penetrante sonido y que hacían resonar las bóvedas del inmenso sepulcro.

—¿Quiénes sois vosotras? —gritó Mirinri bajando del último peldaño con el ímpetu de un joven león—. ¿Muchachas o espectros de los reyes nubios? El Hijo del Sol no tiembla ante vosotras.

Una cascada de risas argentinas fue la respuesta.

Las muchachas, sin dejar de hacer sonar sus instrumentos musicales, se encaminaron lentamente hacia el extremo opuesto de la cripta, donde se alzaba un gran escalón de aquella espléndida y apreciada piedra calcárea procedente de las montañas de la cadena libia.

Mirinri había hecho ademán de lanzarse a través de la mastaba y arrojarse contra las muchachas, pero Ounis y Ata se apresuraron a detenerlo.

—¡No! —gritaron al unísono—. ¡Estamos soñando! ¡Son espectros! En todo esto hay algún maleficio de Nefer.

—¡Que yo voy a esfumar! —respondió el joven héroe—. Yo, sin tener el poder de ella, los enviaré a todos a sus sarcófagos, donde es posible que durmieran desde hace siglos. ¡Yo no soy un mortal cualquiera! ¡Soy un Hijo del Sol!

Con una Brusca sacudida se liberó de los brazos de Ata y Ounis e iba a lanzarse contra las muchachas, que parecían mirarlo con malicia, cuando se abrió de golpe la puerta situada encima del gran escalón, con un inmenso ruido y apareció una mujer joven envuelta en velos bordados en oro con largos cabellos negros sueltos sobre su espalda semidesnuda, acompañada por cuatro muchachas que sostenían lámparas en sus manos.

Mirinri se detuvo de pronto soltando un grito:

—¡Nefer!

Era la hechicera en persona que aparecía sobre el rellano de la escalera entre las luces de las lámparas, más hermosa y seductora que nunca. Sus ojos, tan negros, estaban animados por una llama intensa, ardiente, y se fijaron inmediatamente en el joven Faraón.

—¡Tú, Nefer! —repitió Mirinri—. ¿Nos has traicionado, miserable? Si lo que quieres es mi vida, tómala ya.

Una expresión de intenso dolor alteró el rostro de la hermosa joven.

—¿Quién te ha dicho que te he traicionado, mi señor, yo que sería feliz de poder dar mi sangre por ti? Te he salvado, mi dulce señor, de los hombres que te perseguían y que si te hubiesen alcanzado te habrían conducido prisionero a Menfis, destrozando

para siempre tu hermoso sueño y destruyendo sin remedio todas tus futuras esperanzas de gloria y poder.

—¡Tú me has salvado! ¡Pero si soy tu prisionero!

—¿Qué es lo que dices? ¿Quieres volver a los bosques de la isla? Haré abrir todas las puertas de la *mastaba* y del templo, pero ¿adónde irás ahora que los guerreros de Pepi tan destruido tu barca y no tienes ni siquiera un arma para defenderte? ¿Lo quieres, Hijo del Sol? Una sola señal tuya y quedarás libre, junto con tus compañeros.

El joven Faraón se había quedado silencioso, mirando con creciente extrañeza a la muchacha, que seguía erguida sobre el rellano de la escalinata, envuelta en una ligera vestimenta azulada, abierta solamente por delante hasta el pecho y con brazos y piernas adornados con maravillosas joyas, que la luz de las lámparas hacían fulgir vivamente. Ata y Ounis no habían abierto la boca. Parecía que la sorpresa los hubiera hecho enmudecer.

—¿Qué es pues lo que quieres de mí? —preguntó Mirinri después de un largo silencio.

—Que hasta que se hayan ido tus enemigos quieras aceptar la hospitalidad que te ofrece la princesa de la isla de las sombras. Ven, mi señor, la mesa está dispuesta y tú y tus compañeros debéis estar hambrientos.

—¿Estoy soñando? —preguntó Mirinri, volviéndose hacia Alta y Ounis.

—No lo creo, aunque todo esto tenga la apariencia de un verdadero sueño —respondió Ata—. Esta muchacha es un ser totalmente extraordinario y más me parece una divinidad procedente del sol para protegerte que una criatura humana, mi señor.

—Así, pues, la historia del tesoro de los reyes nubios era una invención, ¿no es cierto, Nefer? —dijo Ounis.

—Calla, viejo Ounis —respondió Nefer—. Conténtate con estar todavía vivo y de ver a tu lado al Hijo del Sol, a quien dedicaste toda tu vida.

—Tienes que explicarnos muchas cosas.

—Te las explicaré más tarde, si quieres. Ahora pensemos en divertirnos.

Bajó del rellano, seguida siempre por las cuatro muchachas, tomó de la mano a Mirinri, quien no opuso resistencia alguna y subió de nuevo hacia la puerta, penetrando en un inmenso salón cuyo techo curvo se hallaba sustentado por dos docenas de espléndidas columnas repletas de pinturas. Por una abertura rectangular,

que se abría en lo alto, descendía una luz vivísima, que se reflejaba intensamente sobre el pavimento de mármol, muy pulido. Entre las dos hileras de columnas habla una treintena de pequeñas mesas, de unos pocos palmos de altura; detrás de cada una de ellas, pieles de animales que debían servir probablemente como asientos o como alfombras y ante las mesas podían verse grandes ánforas de cerámica barnizada, con el cuello muy largo, que sostenían enormes macizos de flores de loto blancas, rojas y azules que exhalaban deliciosos perfumes.

Nefer condujo a Mirinri a una de aquellas mesas y lo hizo sentar sobre una magnífica piel de león, poniéndose ella a su lado. Ounis, Ata y los etíopes se acomodaron en torno a las demás, de dos en dos, mientras que las tañedoras se situaban entre las columnas, haciendo sonar sus instrumentos musicales, de modo que no impedían a los comensales hablar y entenderse.

—¡Tú eres una diosa, Nefer! —exclamó Mirinri, que aspiraba ávidamente los perfumes deliciosos que impregnaban los ligeros vestidos de la joven—. Es imposible que seas una mortal.

—¿Por qué, mi señor? —preguntó la muchacha, sonriéndole y mirándolo con ojos lánguidos.

—Has hecho cosas tan maravillosas y has cambiado tantas veces tu ser, que ya no me aventuro a entender nada. Antes una pobre hechicera, después una Faraona, ¿y ahora?

—La princesa de la isla de las sombras.

—Y mañana tal vez la reina de Egipto.

—Bien lo quisiera, mi dulce señor, para compartir contigo el poder supremo. Desgraciadamente, este sueño —añadió la muchacha con una amarga sonrisa— no se realizará nunca.

—¿Por qué, Nefer? ¿Quién puede decirlo?

—Porque tú, mi señor, amas a otra y esa llama no se extinguirá nunca.

—¿Por qué quieres turbar mi espíritu, Nefer? En este momento no pensaba en la Faraona y sólo a ti veía.

—Tienes razón, mi dulce señor —respondió la joven.

Entre tanto, una docena de jovencitas que llevaban un corto faldón de tela bordada en oro ceñido a su cintura y que lucían en su cabeza piezas de tela plegada, cayendo en línea recta hasta las orejas, tocado característico de las esfinges, irrumpieron en la

sala, llevando coronas de flores y ánforas de oro exquisitamente cinceladas y tazas de igual metal y plata.

Una de ellas, cuyo cuerpo era de escultural belleza, se aproximó a la mesita a la que estaban sentados Mirinri y Nefer, y les puso dos coronas de flores sobre la cabeza y otras dos en torno al cuello de ambos, según era costumbre; a continuación cogió un ánfora y llenó dos tazas de un vino perfumado del color del rubí.

—Bebe la luz de mis ojos —dijo Nefer, ofreciendo una taza a Mirinri—. Yo beberé la fuerza que emana de tu cuerpo, ¡oh, Hijo del Sol!

El joven sintió una breve excitación, luego la vació, seguido inmediatamente por la muchacha. También Ata y Ounis habían recibido coronas y vino, no siendo olvidados tampoco los etíopes.

La música llenaba el aire con vibraciones extrañas que invitaban a un dulce reposo, mezclándose el perfume penetrante y embriagador de las flores que las hermosas muchachas de cuando en cuando renovaban. La lira, el arpa, la cítara, el tamborcillo, la flauta doble y la sencilla unían sus perfectos acordes. En los banquetes de los antiguos egipcios la música ocupaba un lugar muy importante, al igual que ocurría en las ceremonias religiosas. Parece que en aquella lejana época hubiese ya alcanzado, en el inmenso valle del Nilo, un muy alto grado de perfección. Formaba parte de la educación, como ocurre en nuestros tiempos, y no era raro ver en los templos a las hijas de los Faraones hacer sonar el sistro, instrumento sacro de las ceremonias religiosas o el arpa. Había también verdaderas agrupaciones de muchachas músicos que participaban, especialmente recibiendo cierta retribución, en fiestas, banquetes y cenas, juntamente con las danzarinas, que según la costumbre de la época se mostraban en público también. Las jóvenes nubias, para divertir a los convidados, que no perdían tiempo en vaciar las ánforas de vino y cerveza, después de renovar las flores, comenzaron a trenzar sus danzas, que por lo común consistían en carreras desenfrenadas en torno a las columnas y en piruetas vertiginosas. Parecía que quisieran precipitarse contra las mesitas ocupadas por los convidados; luego, en el último instante, se detenían bruscamente alzando las manos y se enderezaban con largos movimientos. Si los etíopes se divertían, Mirinri y Nefer no parecían ocuparse ni de la música ni de las danzarinas, y mucho menos de Ounis y Ata, que conversaban animadamente.

—Nefer —había dicho Mirinri, cuando las danzarinas comenzaron sus danzas—. ¿Quiénes son ellas?

—Ya lo ves, Hijo del Sol —respondió la muchacha—. Son jóvenes que proceden del alto curso del río.

—¿Sabes porqué lo pregunto?

—No, no lo sé, mi señor.

—Porque Ounis me explicó hace mucho tiempo, que sobre el Nilo hay una isla habitada solamente por mujeres. ¿No será ésta?

—No lo sé —contestó Nefer.

Mirinri la miró con extrañeza.

—¿No la sabes?

—No.

—Me contó también que había una reina que mandaba en aquellas mujeres.

—Es posible.

—¿Y no serás tú esa reina?

—No lo creo.

—Sin embargo no he visto hasta ahora a ningún hombre aquí.

—No hace falta.

—¿Qué clase de mujer eres tú?

—¿Qué se yo?

—¿No lo sabes?

—No, Hijo del Sol —dijo Nefer que se había tornado pensativa—. Hay en mi vida un misterio que tú intentas desvelar; pero perderás el tiempo, porque ni yo misma podría rasgar ese denso velo que la envuelve. Bebe, mi señor; la vida es coma y la muerte puede caer sobre nosotros en cualquier momento y hacernos atravesar el río infernal que divide los campos divinos de Aanron. Bebe. La embriaguez es la vida.

—¿Y esta vida puede perderse? Habla, Nefer. Empiezo a tener miedo de ti.

—Perderse, ¿por qué? —replicó la muchacha—. Si alguno amenazase sabría defenderte como la leona defiende a su prole contra la ferocidad del macho hambriento y mucho más contra la Faraona que tú amas y que tal vez, al saber quién eres, te mataría.

—¿Quién eres tú pues? Ya te lo he preguntado varias veces, Nefer.

—Se lo he preguntado a Amnón y se ha quedado mudo; lo he preguntado a Tanen y no me ha contestado; se lo pido a Ma, que representa la verdad y nada me ha dicho; Ra, Horus, Ament, Hathor, Anoneke, Isis, Neith se han quedado igualmente mudos. Soy una Faraona y una hechicera al mismo tiempo; tengo sangre divina en las venas al igual que tú, porque llevo el tatuaje de los descendientes del Sol y soy al mismo tiempo una pobre muchacha, una danzarina, una tañedora de sistro y una adivina. ¿Soy yo el destino o un ser divino? Yo no lo sé, mi señor. Hoy soy la princesa de las sombras, pero mañana, ¿qué seré? En mi vida hay un sólo deseo que no puedo confesarte, aunque me arranques el corazón. Y además —prosiguió la muchacha tras un momento de silencio, con voz triste— es una locura que me va a resultar fatal. No, Nefer no verá a su dulce señor hacer temblar a los enemigos del gran Egipto, como su padre el invencible.

—¿Qué cosas dices? —preguntó Mirinri.

La muchacha pareció concentrarse unos momentos, después dijo con voz más triste aún:

—Ayer tarde mientras atravesaba el bosque, inmersa en mis pensamientos, tuve una visión.

—¿Qué ocurría?

—Vi una inmensa sala llena de gente: había allí sacerdotes, guerreros, altos dignatarios y un rey, uno de nuestros Faraones. Ya no estaba sobre su trono dorado; yacía sobre las frías piedras de la soberbia sala, como medio muerto, mientras que un anciano lo cubría de improperios, amenazándolo con el puño y una muchacha hermosa como un rayo de sol, le suplicaba, arrodillada a sus pies. En el trono dorado había un joven, hermoso, fuerte, valiente, que se parecía extrañamente a ti.

—¡A mí! —dijo Mirinri, sorprendido.

—Sí.

—Prosigue.

—Él miraba intensamente a la muchacha que suplicaba, sin dignarse mirar a otra, que a su vez lo miraba intensamente y que lloraba.

—¿Quiénes eran?

—No lo sé —dijo Nefer.

—¿Y aquel joven?

—No sé quién era.

—Yo, ¿tal vez...?

—No lo sé —repetía Nefer.

—Me has dicho que se me parecía a mí. Tú eres adivina y puedes prever cosas que yo ni siquiera de lejos podría concebir.

—Déjame terminar,

—Continúa —dijo Mirinri que era presa de viva excitación ¿Qué le sucedió a aquella muchacha que se hallaba arrodillada ante el anciano?

—Ya no la vi más.

—¿Quién era aquel viejo?

—Un rey sin duda porque llevaba en la cabeza el símbolo del derecho sobre la vida y la muerte.

—¿Y el joven sentado en el trono?

—También lo llevaba.

—¿Y qué viste más?

—Una muchacha tendida sobre el suelo, expirando, mientras que las vueltas de la techumbre retumbaban debido a un inmenso griterío: "¡Viva el rey de Egipto!"

—Muerta —palideció Mirinri mientras decía esa palabra.

—Me parece que estaba agonizando.

—¿Tal vez la joven Faraona?

Nefer miró intensamente a Mirinri, después como hablando para sí, dijo:

—Piensa continuamente en ella.

—¿Tenía los ojos negros? —preguntó el Hijo del Sol sin darse cuenta de aquellas palabras.

—No lo recuerdo.

—¿De cabellos muy negros?

—Las visiones se esfuman fácilmente.

—Habla Nefer —gritó Mirinri con angustia.

—Creo que tenía los ojos fulgurantes por una llama ardiente.

—¿Cómo los tuyos?

—¿Los míos? No logran hacer arder el corazón de un Hijo del Sol —respondió la joven con una sonrisa triste—. Bebe, mi señor. Hoy eres mi huésped y el vino de la cálida Libia pone fuego en las venas y proporciona olvido.

—¡Sigue hablando!

—Mira, traen las viandas, mi señor, y tú no has comido desde hace doce horas. Divirtámonos y no pensemos en el futuro. Además, ¿quién es el que cree en los sueños y en las visiones? Yo no y tú todavía menos que eres un Hijo del Sol.

Las nubias habían interrumpido las danzas y una docena de muchachas cubiertas con ligerísima vestimenta a franjas en azul, blanco y rojo, tocadas con coronas de flores, habían aparecido llevando bandejas de plata colmadas de manjares que exhalaban un olor apetitoso, mientras que desde lo alto, por la abertura del techo, caían en todas direcciones pétalos de flor de loto.

Los egipcios, en sus banquetes, gustaban de mostrar un lujo verdaderamente extraordinario y no descuidaban el escenario. Ciertamente que no habían conseguido el fausto de los chinos, quienes no se achicaban ante cuarenta o cincuenta platos diversos, aunque abundaban también entre aquellos, sirviendo a los comensales un número respetable de platos de carne, de pájaros acuáticos condimentados con muchas salsas, peces, legumbres exquisitas y fruta, uva en especial, dátiles, higos y semillas de loto. Al igual que los orientales modernos, no utilizaban ni cuchillo, ni tenedor, comían corrientemente en un mismo plato, empleando los dedos, que luego limpiaban con servilletas adecuadas que les ofrecían los esclavos o esclavas. Sin embargo, para la sopa utilizaban unas cucharas bellísimas, comúnmente de oro o plata, con mangos exquisitamente trabajados, que representaban personas en acciones de levantar fatigosamente sus extremidades, cabezas de mujer, o grupos de muchachas luchando entre ellas.

Pero era sobre todo en el beber que se excedían. En sus festines la cerveza y el vino corrían a torrentes, a veces en exceso, puesto que las pinturas descubiertas en sus monumentos, nos muestran a hombres y mujeres presas de disturbios causados por los excesos de la gula o conducidos a casa en pleno estado de embriaguez, sobre palanquines. Un detalle, no obstante, que ha impresionado a los egiptólogos profundamente, es que ni siquiera en las orgías más desenfrenadas, los súbditos de los grandes Faraones olvidaban la idea de la muerte, que parece haber sido la eterna preocupación de aquellos antiquísimos habitantes del fértil valle del Nilo. En efecto

en todas sus reuniones no faltaba casi nunca, en el colmo de su alegría, la aparición de un pequeño féretro con una figura de madera muy bien pintada, que representaba perfectamente a un cadáver, que se mostraba a todos los convidados más o menos embriagados, diciéndoles:

"Pon tus ojos en este hombre: tú serás como él después de la muerte; bebe pues y diviértete ahora que puedes."

Si un anfitrión se permitiese en nuestro tiempo semejante broma, ignoro el momento que pasaría y si las manos de sus huéspedes quedarían quietas; los egipcios, en cambio, no hacían ningún caso y aquel pequeño féretro no disminuía en absoluto su apetito, porque para ellos la muerte no tenía nada ni de terrible, ni de repulsivo. Les asustaba tan poco que se complacían en conservar en casa las momias de sus parientes durante bastantes meses, antes de hacerlos llevar ya definitivamente a las *mastabas* de la familia, y no era raro el caso que se reservase a alguna momia el puesto de honor en algún banquete, sin que la presencia de aquel lúgubre convidado, con las pupilas fijas y el rostro inexpresivo y cuidadosamente pintado que escondía la faz siniestra del personaje enfriase la alegría de sus vecinos vivos o les impidiese embriagarse.

El banquete que Nefer ofreciera a sus huéspedes era digno de una gran princesa faraónica. Tras unos manjares aparecían otros nuevos, en platos de metales preciosos, y la comida y los vinos eran exquisitos, tanto que a mitad del banquete todos los etíopes, que probablemente no se habían encontrado nunca con tal abundancia de comida, ya estaban más o menos ebrios. También Ata y Ounis, que comían en la misma mesa, situada cerca de la que compartían Mirinri y Nefer, parecían excitados y charlaban y reían ruidosamente. No cabe duda de que también el agudo perfume que exhalaban las flores, que continuamente eran arrojadas desde lo alto, formando verdaderos montones entre las mesas, tenían un importante papel en aquella embriaguez, que parecía haberse apoderado de todos y a la que no escapaba ni siquiera el Hijo del Sol. Nefer por otra parte no paraba de escanciarle continuamente el dulce y delicioso vino de las montañas libias.

—Bebe, mi señor —le decía, cuando veía la copa vacía, fascinándole con el poder de sus ojos maravillosos, de mirada viva y ardiente—. La embriaguez es dulce y hace soñar y olvidar.

—Sí, bebo Nefer —respondía Mirinri que en aquellos momentos era presa de una viva alegría—. Bebo la luz de tus ojos.

Parecía haber olvidado a la Faraona y no ver ante él más que a Nefer. La música, entretanto, proseguía y las danzarinas no habían cesado de moverse ágilmente, haciendo girar con sumo arte sus ligeros vestidos y las largas faldas —que pendían de su cintura. Borbotones de risa se confundían con los dulces gemidos de las ligeras mandolinas, el tintineo de los sistros y los sones de las flautas dobles y simples.

Nefer miraba fijamente los ojos de Mirinri, como la serpiente fascina al pájaro, sin que el joven fuese capaz de sustraerse a aquella ardiente mirada.

—Me parece que me quemas el corazón, Nefer —dijo de pronto Mirinri—. No sigas mirándome así, hay un fuego extraño en tu mirada que parece que quiera consumir algo que tengo fijo aquí dentro.

—¿Una visión?

—Sí, la eterna visión.

—¿La joven Faraona?

—¿Quién eres tú, que todo lo adivinas?

—Ya te he dicho que soy una hechicera.

—Es cierto, se me habla olvidado...

—¿Por qué no quieres que te mire?

—No lo sé...

—¿Temes que el fuego de mis ojos incendie y destruya la imagen de aquella muchacha?

Mirinri, en vez de responder, tomó la copa que Nefer había llenado de nuevo en aquel momento y la vació de un trago; después la mantuvo en la mano, mirando dentro de ella.

—¿Qué buscas? —preguntó Nefer—. ¿Temes que haya mezclado algún filtro en el vino?

—No; me parecía haber visto en el fondo de este vaso dos ojos que no se parecían a los tuyos y que me miraban fijamente.

—Ahógalos con más vino y ya no los verás —respondió Nefer, volviéndola a llenar de modo rápido— Ves: han desaparecido ya.

La desdichada Nefer haría cuanto estuviera en su mano para retener a Mirinri junto a sí. Sabía del amor de éste, a primera vista, por la muchacha que libró de la muerte, y quería evadirse a su destino, que adivinaba lúgubre e infeliz.

EL GOLPE DE DAGA DE NEFER

Mirinri, siguiendo el consejo de la hechicera, había vaciado nuevamente la copa, sin preocuparse más de sí descubría en el fondo de la misma los dos ojos de la joven Faraona que le habían encendido en el corazón aquella llama que no acertaba a apagar. Vencido por la embriaguez, se había dejado caer sobre la espléndida piel de león, sujetándose con una mano la cabeza, y Nefer se puso a su lado, agitando ante su rostro un abanico de plumas de avestruz que le había dado una esclava. También Ounis y Ata habíanse dejado caer sobre las pieles que les servían de alfombra, y los etíopes, ya casi todos ellos ebrios, les habían imitado y escuchaban bostezando las historias que las danzarinas, que se habían sentado a sus mesas, les estaban narrando.

—Mi señor —dijo Nefer, con una pérfida sonrisa—. ¿No te parece que la vida es hermosa así?

—Sí, más hermosa que la del desierto —respondió Mirinri que se sentía cada vez más fascinado con la mirada ardiente de la joven—. Aquí he probado una felicidad que allí, entre, las arenas, no había siquiera soñado de lejos. Lo has logrado tú, Nefer, tú eres una diosa. Ahora ya no tengo ninguna duda.

—Si todos los días fuesen así, ¿te gustaría esta clase de vida?

—Sí, pero olvidas que tengo que conquistar un trono.

—¡Un trono! Me lo has dicho, ¿y no has pensado nunca que allí, en la orgullosa Menfis, podrían aguardarte terribles peligros?

—¿Y qué importa? Mirinri, como joven valiente sabrá desafiarlos, ¿acaso no soy un Hijo del Sol?

—¿Es el poder lo que tú quieres?

—Sí, Nefer.

—¿Te faltaría eso aquí? ¿Quieres ser rey de la isla de las sombras? Esta noche el símbolo del derecho sobre la vida y la muerte brillará sobre tu frente y todos nosotros te adoraremos como a un dios. ¿Qué es lo que aquí te falta? El fasto de la corte de los Faraones no es superior al que aquí puedo ofrecerte. El sagrado río baña este pequeño reino y sus aguas no son diferentes de las que lamen las murallas de la orgullosa Menfis; tendrás todo lo que desees: fiestas, banquetes, danzas, música y muchachas para servirte. La isla de las sombras vale lo que Menfis y aquí no sentirás el agobiante peso del poder ni se turbará el placer de tu vida.

Mirinri movió la cabeza.

—Es que además –dijo después— hay algo más que un trono a conquistar.

Nefer se había erguido a medias, mostrando un gesto de ira que pronto reprimió.

—El trono y la Faraona —suspiró—. ¡Siempre ella! ¡Siempre ella!

Asió una ánfora de oro que una nubia había puesto en aquel momento sobre la mesa y llenó la taza de Mirinri, luego, ofreciéndosela, dijo:

—Bebe ahora, este vino ha sido hecho a orillas del mar Rojo y ni siquiera en Menfis se bebe. Te pondrá fuego en las venas y luego te adormecerás dulcemente.

Mirinri que estaba a punto de cerrar sus ojos, tuvo una vaga sonrisa.

—¿Hay algún filtro en mi copa? —preguntó.

—¿Por qué dices esto?

—Porque me parece que una gran niebla se extiende ante mis ojos y me la esconde.

—¿Quién?

Mirinri no respondió: sus ojos, ofuscados por el vino, miraban la copa.

—Bebe —insistió Nefer—. Es dulce como la miel y no lo beberás ni siquiera cuando tu alma inmortal navegue en la bóveda œleste donde brilla la diosa Nut. Pero no quiero que creas que Nefer ha diluido en este vino un filtro. Mírame.

Puso sus labios rojos sobre el borde de la copa de oro, mirando de reojo con sus pupilas de terciopelo, imperiosas y dulces el mismo tiempo, al joven Hijo del Sol, y bebió un sorbo.

—Ahora, tú. Bebe, como yo, la luz de mis ojos.

Mirinri aferró con su mano vacilante el recipiente y sorbió el exquisito vino, madurado bajo el ardiente sol de Arabia.

—Sí, bebo, hermosa muchacha —dijo sonriendo.

—¡Hermosa! —exclamó Nefer.

—Sí, hermosa —repitió Mirinri.

—No tanto como la Faraona.

¡Qué importa, eres hermosa y basta!

—He aquí una palabra que yo pagaré con mi vida, Hijo del Sol.

Mirinri se abandonó sobre la piel de león, mientras que la mirada de Nefer, ardiente como un hierro al rojo vivo, lo miraba cada vez más intensamente.

—Soy hermosa, tú lo has dicho —repitió—. ¡Pero qué hermoso eres tú!

Parecía que Mirinri, no la hubiese oído siquiera. Sonreía de la manera propia de los ebrios.

—Duerme —dijo la hechicera que lo miraba—. Te contaré entre tanto alguna historia para que tu sueño transcurra más dulcemente. Mira: también mis doncellas adormecen a tus compañeros y a los etíopes. En el desierto donde has vivido durante tantos años, ¿no has oído nunca contar la historia de la hermosa princesa de las bellas mejillas de rosa?

Mirinri hizo con la cabeza un gesto negativo.

—También ella era —una Faraona, como la que salvaste antes que a mí, de las terribles fauces de un cocodrilo.

—¡Ah! —dijo Mirinri bostezando.

—¿Te aburro, mi señor?

—Estando a tu lado no es posible. Dame más bebida, Nefer.

—Sí, mi señor.

La muchacha llenó la copa, bañó en ella sus labios como la vez anterior y después se la dio a Mirinri que la tomó sonriendo.

—Prosigue, hermosa muchacha.

—¿Bella todavía?

—Tú vales lo que una Faraona: ¡cuánta luz descubro en tus ojos! Cuán negros son y también tus cabellos... qué perfume exhala tu cuerpo divino... no eres un ser mortal, tú... eres una divinidad... sigue... te escucho, bella Nefer... Me hablabas de la princesa de las mejillas de rosa... ¿Quien era?

—Una Faraona —dijo Nefer.

—¡Ah! Ya me lo habías dicho —respondió Mirinri, a quien se le cerraban los ojos involuntariamente—. Sigue.

—Era la más hermosa y la más seductora Faraona que el sol de Egipto había nunca iluminado y al no haber encontrado un joven que le hiciese sentir algo en su corazón se desposó con su propio hermano.

—¡Ah! —dijo de nuevo Mirinri, despertándose ligeramente—. ¿Y después?

Su esposo no tuvo suerte y fue asesinado.

—¿Por quién?

—Por otro hermano.

—Como mi padre —dijo Mirinri, reanimándose, mientras un fulgor terrible ocupaba sus ojos.

—Calla y escucha. La hermosa princesa de las mejillas de rosa hizo edificar una inmensa sala subterránea y después, bajo el pretexto de inaugurarla, pero realmente con una intención bien diferente, invitó a un gran banquete y acogió en la sala a todos aquellos que habían tomado parte en el asesinato de su esposo y hermano. Durante la fiesta, la hermosa princesa hizo entrar las aguas del Nilo mediante un canal que tenía oculto a todos, y los ahogó.

—¿Y ella?

—Se arrojó a una sala llena de ceniza, para evitar el castigo y allí dentro perdió su vida.

—Eres lúgubre, Nefer —dijo Mirinri—. Yo habría hecho lo mismo, pero no me habría suicidado así tan tontamente.

—¿Quieres que te cuente otra historia?

—Sí, hasta que duerma. Tu voz parece música, unida al temblor de la citara y a las dulces notas del arpa y de la flauta. Parece que me acunen: habla, habla, hermosa Nefer.

—Hermosa. Es la tercera vez que me lo dices. ¿Te lo recordaré mañana?

Mirinri hizo un gesto vago y no contestó.

—El príncipe Sotni había visto un día pasar por las calles de Menfis a la hermosa Tbouboi, hija de un gran sacerdote y se sintió prendado de amor por ella.

—¿El sacerdote? —preguntó Mirinri.

—No, Sotni, un Faraón.

—Sigue.

—Aprovechándose de su poder, un día el príncipe fue a ver a la muchacha al saber de la ausencia del sacerdote...

Nefer se detuvo, Mirinri ya no la escuchaba. Dormía con una mano bajo su cabeza y una sonrisa en los labios.

La Faraona se levantó. También Ounis, Ata y los etíopes acurrucados sobre las pieles dormían. Hizo a las danzarinas y a las tañedoras una señal imperiosa, indicándoles la puerta de bronce de la *mastaba* y luego, cuando las vio desaparecer en el inmenso subterráneo, se inclinó rápidamente sobre el Hijo del Sol y puso sus labios sobre la frente de él.

Tras aquel contacto, un fuerte temblor la hizo estremecerse.

—No es la impresión que yo había soñado —dijo, dando un impensado paso hacia atrás—. Mi corazón no ha palpitado; se ha quedado mudo. ¿Por qué? Y sin embargo yo amo a este valeroso y fornido hijo de un gran rey. Se diría que ha sido el beso que una madre da a su hijo o el de una hermana a su hermano

El ruido de una puerta que se abría la hizo ponerse precipitadamente en pie.

En el extremo de la amplia sala, entre las dos columnas había aparecido un hombre: el viejo sacerdote.

—¿Duermen? —preguntó.

—Todos —respondió Nefer mirándolo misteriosamente.

—¿Lo has vencido?

—No lo sé todavía.

—¿Es que no lo has fascinado?

—¿Qué sé yo?

—Lo quiere Pepi.

—El rey de Egipto podrá matar a sus súbditos, si así le place, pero jamás tendrá poder para mandar en los corazones ——dijo Nefer con voz misteriosa.

—¿Así que no te ama?

—¡No!...

—¿Sigue pensando en la otra?

—Continuamente.

—Tal vez no lo has fascinado como yo esperaba.

—No me querrá nunca.

—¿Dónde está?

—Aquí, a mi lado. Está durmiendo.

—¿Nefer, tienes tú el brazo firme?

—¿Por qué me haces esa pregunta? —dijo la joven palideciendo.

Te lo diré más tarde. Déjame ver antes a él y al viejo.

La *mastaba* está dispuesta para recibirlos y yo conozco el arte del embalsamamiento.

—¿Qué quieres hacer, Her-Hor? —gritó Nefer aterrorizada—. ¿A quién quieres embalsamar?

—Calla —dijo el sacerdote con voz imperiosa—. Muéstramelos.

—¿Mirinri?...

—Y el que se hace llamar Ounis —dijo Her-Hor mientras una mirada de odio intenso aparecía en sus pupilas—. Me interesa más el viejo que el joven.

—¡Ounis! —exclamó la joven con estupor.

—Sí, llamémosle así —repuso Her-Hor con malicia—. Antes el joven, quiero ver si se parece a su padre.

Apartó bruscamente a un lado a Nefer, que parecía dispuesta a cortarle el paso y se aproximó a Mirinri que dormía profundamente, con los puños apretados, hermoso incluso en el sueño.

—Sí —dijo el sacerdote, observándolo atentamente—. Se parece a Teti: los mismos rasgos, el mismo mentón agudo, la misma frente ancha de hombre firme en sus decisiones e inteligente. ¡Lástima! Si un día este joven subiera al trono de los Faraones sería un gran rey, como lo fue su padre, y ningún enemigo del otro lado del

istmo osaría amenazar la grandeza de Egipto. Hay en este joven cuerpo, inteligencia, la fuerza de un león, el valor indómito de los guerreros de quien desciende y su sangre ardiente. Pero dentro de poco, tú, que estabas destinado a reinar sobre millones de súbditos, no serás más que una momia.

—¡Ah, no Her-Hor! —gritó con horror Nefer.

El sacerdote se volvió hacia la muchacha con el rostro alterado por una cólera terrible.

—¿Qué es lo que tú quieres? —preguntó—. ¿Has sido capaz de fascinarlo? No, no lo has conseguido; si este joven no ha sido detenido por tu belleza, si no ha sido encadenado a tus brazos, reemprenderá el camino hacia el trono que le espera. ¿Qué ocurrirá entonces? El joven león convocará, a los antiguos amigos de su padre, que son aún numerosos, aunque Pepi haya dado muerte a muchos, para que no entorpecieran sus planes y la paz que hoy reina en Egipto se verá turbada tal vez por terribles guerras. Si mueren Ounis y el joven, Pepi no tendrá nada que temer.

—¿Y quieres matar al hijo del Sol? ¡Tú, un sacerdote! ¡Es un Faraón!

—Será una mano faraónica quien le de muerte —dijo Her-Hor fríamente.

—¿Quién? ¿Cuál?

—Calla ahora. ¿Dónde está el viejo?

—Date la vuelta: está detrás de ti.

El sacerdote dio la vuelta lentamente sobre sí mismo Y puso su mirada sobre Ounis, que dormía junto a Ata, sobre la piel de una hiena.

Él —exclamó mientras su mirada se alteraba y sus dientes rechinaban.

Un sordo rugido salió de su garganta, mientras que una llamarada le subía al rostro, como si toda su sangre le hubiese afluido al cerebro.

—¿Ya lo has visto? —preguntó Nefer.

El sacerdote no respondió. Miraba a Ounis con mirada siniestra.

—También tú dentro de poco serás una miserable momia —dijo luego, tras un largo silencio—. Y tu pasada grandeza acabará en la *mastaba* ignorada de este templo. Her-Hor estará vengado.

Se abrió el largo vestido de delicado lino que lo cubría y extrajo una afiladísima daga de bronce.

—¿Qué vas a hacer, Her-Hor? —preguntó Nefer poniéndose delante.

—Mátales: Tú eres una Faraona como Mirinri. Un buen golpe y todo habrá terminado y mañana volverás a gozar de los esplendores de la corte de Menfis y ocuparás de nuevo el puesto que por derecho de nacimiento te espera.

—¡Yo!

—Es Pepi quien lo quiere, el rey de Egipto, el que tiene el derecho de la vida y la muerte sobre todos sus súbditos.

—¡Yo matar a Mirinri! —repitió la muchacha retrocediendo.

—Y mañana la corte de Menfis te saludará como princesa divina.

—Dame la daga.

—Tómala, clávala directamente al corazón.

La muchacha tomó el arma, la miró durante un instante con alegría salvaje y luego, con movimiento rápido, la clavó hasta la empuñadura en el pecho del sacerdote, gritando:

—¡Muere, infame!

Her-Hor había abierto la boca como si fuera a gritar, pero cayó pesadamente sin pronunciar ningún gemido.

—¡Mirinri! ¡Ounis! ¡Ata! ¡Etíopes, en pie! —comenzó a gritar Nefer, abalanzándose hacia el joven—. ¡Huid!

Ata, que tal vez había bebido menos que los otros, fue el primero en incorporarse. Al ver a Nefer inclinada sobre Mirinri y a aquel viejo echado sobre las brillantes piedras de pavimento, con la blanca vestidura tinta en sangre, se dirigió hacia los etíopes, sacudiéndolos furiosamente con mesita, gritando:

—¡Arriba, miserables! ¡Salvad al Hijo del Sol!

Los remeros, aunque se hallasen todavía ebrios, ante aquellos golpes que caían sin misericordia sobre sus cuerpos, se pusieron en pie rugiendo como leones heridos.

Con aquellos gritos y aquel estrépito, que resonaba entre las columnas y los arcos de la inmensa sala, como si del fragor de una tormenta se tratase, también Mirinri y Ounis, arrancados bruscamente de su sueño, se incorporaron.

Al ver cerca de sí a Nefer, el joven Hijo del Sol la sujetó fuertemente por la muñeca, preguntándole con voz entrecortada:

—¿Qué pasa?... ¿Qué significa este alboroto?... ¿Nefer... alguna traición… los enemigos quizá?

—¡Huye, mi señor! —respondió la muchacha, que parecía presa de una viva exaltación.

—¿Los enemigos?. ¡Un arma, Nefer... un arma!

—¡Aquí está... tómala!

La muchacha se inclinó rápidamente sobre el viejo sacerdote que había caído cerca de la mesita y con un valor que muy pocas mujeres habrían tenido, extrajo del pecho del miserable la daga, entregándosela a Mirinri aún chorreando sangre.

¡Ten, mi señor, tómala! —le dijo.

—¡Sangre! —gritó Mirinri—. ¿Quién ha matado a ese hombre?

—¡Yo!

—¿Tú?

—A los traidores se les mata.

—¿Qué es lo ha pasado aquí?

—Calla y huye, mi señor. ¡Ah, el *ureo*!

Se había inclinado nuevamente sobre el anciano cogiéndole el brazo derecho adornado con numerosos brazaletes de oro y le quitó uno, que tenía la forma de una culebra con la cabeza de buitre.

—Seguidme todos —gritó—. ¡Proteged al Hijo del Sol!

Los etíopes a falta de armas, se habían previsto de mesitas y de ánforas de oro, con las que contaban dominar a los enemigos si se hubiesen presentado e intentado apoderarse del futuro rey de Egipto. Nefer cogió a Mirinri por una mano y lo llevaba consigo. Abrió impetuosamente la puerta por la que había entrado hacía poco Her-Hor, atravesó casi corriendo la *mastaba* que en aquellos momentos estaba vacía, empujó una puertecilla que tal vez era de bronce y que no estaba cerrada y se encontró detrás del templo, en medio de espléndidas palmeras *dum* que cubrían todo el islote de las sombras.

—¡Seguidme todos! gritó nuevamente, con voz imperiosa—. ¡A Menfis! ¡A Menfis! Se ha roto el encanto y Nefer ya no es la esclava de Her-Hor.

Ninguno se había quedado atrás: Mirinri, Ounis y Ata y los etíopes, la habían seguido maquinalmente sin entender bien de qué se trataba, por tener la mente demasiado espesa a causa de las abundantes libaciones. Solamente habían comprendido que un peligro los amenazaba y puesto que todos, a excepción del quisquilloso Ata, tenían una confianza completa en la muchacha, la siguieron sin preguntarse siquiera si es que todavía estaban allí los guerreros que tripulaban las cuatro barcas cuya misión era capturarlos o había nuevos enemigos. Nefer, que no abandonaba de Mirinri caminaba rápidamente, penetrando bajo las espléndidas arcadas de verdor, sin vacilar un solo instante. Realmente debía conocer al dedillo aquella isla, de la que era propietaria y princesa. Mirinri que tenía su cerebro ofuscado todavía, se dejaba llevar dócilmente, seguido por Ata y Ounis mientras que los etíopes en quienes se había despertado repentinamente el instinto salvaje saltaban a través de los matorrales, volteando amenazadora mente las mesitas y las ánforas.

Aquella carrera duró unos veinte minutos; luego el grupo se encontró de pronto ante una ensenada pequeña bañada por las crecidas aguas del Nilo, y en medio de aquella se balanceaba dulcemente una barca, dotada de un palo y con la proa y la popa muy altas.

—¡A tierra! —gritó imperiosamente Nefer—. Tengo en mis manos el *ureo* de Pepi.

Algunos hombres medio desnudos aparecieron sobre el puente. Al oír aquella orden aferraron enseguida la cuerda que unía barca y orilla, tirando vigorosamente de ella para acercarla.

—¿Quiénes son? —preguntó Mirinri a Nefer.

—Hombres que te conducirán a Menfis —respondió la muchacha.

—¿Amigos o enemigos? —inquirió Ata.

La muchacha mostró el brazalete que había arrebatado al sacerdote haciéndolo brillar en los últimos rayos del sol que se hundía lentamente detrás de la cadena libia.

—Mientras yo tenga esto en mis manos —dijo— nadie amenazará la vida del Hijo del Sol. Gracias a ello llegaremos a Menfis sin que nos estorben.

La barca había arribado a la orilla por la larga popa y un hombre viejo, que llevaba una enorme peluca en la cabeza y una delgada y larguísima barba de forma rectangular que le daba un aspecto ridículo, se había inclinado en la borda, exigiendo con voz tosca:

—Muéstrame la señal, muchacha.

—Aquí está —respondió Nefer, alzando el brazalete—. Es el *ureo* del rey.

—Bien, estamos a tus órdenes.

—Zarpa enseguida.

—¿Hacia dónde?

—A Menfis.

—¿Y Her-Hor?

—No os ocupéis de él, ahora.

Luego, volviéndose a Mirinri, que seguía medio ebrio, añadió:

—Sube, mi señor, y todos vosotros también. El Nilo está crecido y mañana veremos el esplendor de Menfis, la orgullosa.

MENFIS, LA ORGULLOSA

El viejo que mandaba la embarcación no había dudado en izar la vela y en retirar la soga que estaba atada alrededor de un enorme tronco de palmera *dum.*

La corriente era ya muy rápida, puesto que en veinticuatro horas el Nilo había aumentado extraordinariamente su caudal, ya de por sí enorme; por ello, la barca, incluso sin la ayuda de los remos y del viento, podía recorrer velozmente el camino y llegar muy pronto a Menfis. Nefer, apenas se embarcaron sus amigos, dándose cuenta que se hallaban en situación de comprender la causa de aquella improvisada fuga, hizo conducir a Mirinri, Ata y Ounis a los pequeños camarotes del castillo de popa y a los etíopes a la bodega, donde apenas reunidos se pusieron nuevamente a dormir sobre el suelo desnudo, olvidando por completo al Hijo del sol y el peligro que le había amenazado y del que ni siquiera se habían enterado. El viejo, que mandaba una tripulación de solo seis hombres, una vez terminada la maniobra, se acercó a Nefer que se había ido a proa mirando las olas que sucedían a otras olas, como si los grandes lagos ecuatoriales hiciesen afluir incesantemente sus inmensas e inagotables reservas al gran río.

—¿Quiénes son ésos que has hecho subir a bordo? —le preguntó.

—Amigos de Her-Hor —respondió Nefer, sin volverse siquiera.

—¿Por qué apenas llegados se han dormido?

—Estaban muy cansados.

—¿Y de dónde venían?

Nefer hizo brillar ante sus ojos el brazalete que representaba el símbolo de los Faraones.

—¿Lo ves, esclavo? —preguntó.

—Sí, debo obedecer.

—Basta, pues. La que te habla es una Faraona, ¿comprendes? Her-Hor no era más que un sacerdote, mientras que yo soy la estirpe divina.

El viejo se inclinó profundamente como ante una divinidad, tal era el poder de todos aquellos que pertenecían a la estirpe divina.

—¿Cuándo llegaremos a Menfis? —preguntó Nefer.

—Mañana por la tarde. La corriente del Nilo es fuerte y nos lleva velozmente.

—Al hundirse el sol deseo ver los obeliscos de Menfis.

—Así será.

—Vete. Ahora no soy la hija adoptiva de Her-Hor, como tú has creído tal vez: soy una Faraona ¡Obedece!

El viejo hizo un nuevo y más profundo saludo y se dirigió hacia popa, donde dos de sus hombres manejaban larguísimos remos, ya que era desconocido por los egipcios en aquellos lejanos tiempos, el uso precioso del timón.

La noche caía rápidamente y las estrellas comenzaban a brillar en el cielo. Por encima de los grandes bosques que cubrían la cercana orilla, una vaga claridad anunciaba la inminente aparición del astro nocturno. Las aguas del río borbotaban entre los papiros que poco a poco iban cubriendo, mientras que las flores de loto, vivamente agitadas por el movimiento de las olas, exhalaban penetrantes perfumes, que una fresca brisa transportaba hasta el puente de la embarcación. Nefer se había dejado caer sobre un montón de cuerdas, cogiéndose la cabeza con ambas manos y sumergiéndose en profundos pensamientos. Ningún ruido, a excepción del murmullo de las aguas, rompía la calma que reinaba en la barca. Los seis hombres de la tripulación, apoyados en la barda, no decían nada, ocupados en mantener el bajel en medio del Nilo. El viejo, asido a un largo remo que servía de timón, contemplaba las estrellas. Ata, Ounis, Mirinri y los etíopes dormían, mientras que la luna subía lentamente en el cielo, haciendo brillar las aguas rumorosas del majestuoso río. La barca se movía rápidamente, elevándose pesadamente sobre las curvadas olas, con movimientos rítmicos. La subida del río la llevaba con creciente ímpetu hacia Menfis.

Pasó la noche. La luna desapareció, las estrellas se apagaron y la rosada aurora apareció, poniendo en fuga a las tinieblas, y tiñó las aguas con reflejos de oro. Nefer se había adormecido, estrechando entre sus manos el brazalete del símbolo del derecho de la vida y la muerte que le había dado el poder y el mando supremo.

Una voz la hizo despertarse:

—¿Nefer, dónde estamos?

Mirinri estaba junto a ella, con Ounis y Ata, que parecían muy confusos y un poco avergonzados por haberse dejado vencer por el vino traidor madurado bajo el calor de Arabia.

—Te esperaba, mi señor —respondió la joven levantándose y sonriendo dulcemente—. ¿Me preguntas dónde estamos? Lo ves, descendemos por el Nilo en una barca para llegar a Menfis.

—¡Vamos a Menfis! —exclamó Mirinri mientras un destello de alegría aparecía en sus ojos—. ¿Qué es lo que ha pasado? ¿Quién te ha facilitado esta barca? ¿Y los enemigos que nos estaban aguardando?

—Sí, explícate, Nefer, muchacha maravillosa —dijo Ounis—. ¿Por qué no estamos en el templo de los antiguos reyes nubios? Tu vino era exquisito, pero demasiado traidor, y ha dejado en mi cabeza un espeso velo que en vano intento disipar. Recuerdo vagamente a un viejo tendido en el suelo de una inmensa sala, con el vestido manchado de sangre...

—Y de cuyo pecho extrajiste una daga —añadió Mirinri— si es que no he soñado.

—Y luego una carrera loca por los bosques —prosiguió Ata.

—¿Hemos estado soñando? —preguntó Ounis—. Habla, Nefer.

—No; yo maté a aquel hombre, después os hice huir y por último os embarqué —respondió Nefer—. Aquel miserable quería la muerte del Hijo del Sol por mi propia mano.

—¡Tú, matarme, Nefer! —exclamó Mirinri.

—¿Ves como te he salvado, mi señor? Tu alma sigue estando dentro de tu cuerpo, mientras que la de Her-Hor a esta hora navega en la barca luminosa que Ra guía a través del ilimitado mar del cielo de Noun.

—¿Quién era aquel viejo? —preguntó Ounis.

—Un sacerdote que Pepi puso a mi lado, para que os impidiese que llegaseis a Menfis.

—Así pues, tú... —empezó Ounis, con estupor.

—Yo debía deteneros en la isla de las sombras y reteneros allí prisioneros para siempre —dijo la Faraona.

Ounis cogió a Nefer por una mano sacudiéndola violentamente.

—¿Aquel viejo sacerdote sabía que nosotros habíamos abandonado el desierto?

—Sí —respondió la muchacha—. Fue él quien os preparó la trampa de los bebedores; ha sido él quien lanzó sobre vosotros las aves incendiarias; quien ha inventado también la historia del tesoro de los reyes nubios, que nunca ha existido, y quien me obligó a conduciros a la isla de las sombras, de la que nunca teníais que haber salido vivos. Yo le he obedecido por temor a él y a Pepi, pero cuando quiso obligarme a hundir el puñal en vuestros pechos, me rebelé y le di muerte a él.

—¿Y a quién pertenece esta barca? —preguntó Mirinri.

—A él, o mejor dicho, a Pepi.

—¿Y estos hombres te obedecen?

—Antes de huir le he quitado al viejo sacerdote el brazalete en forma de *ureo*: la insignia del mando y del poder.

—¿Y vamos a Menfis? —exclamó Mirinri mientras su rostro se ruborizaba.

—Sí, mi señor: esa es tu meta y yo te conduzco más allá. ¿Me perdonarás ahora, mi señor?

—Te debo mi libertad y la vida, Nefer —replicó el Hijo del Sol—. Tú seguirás nuestro destino y tendrás en la corte un puesto digno de ti, si la suerte no nos es adversa. Tú serás mi hermana, porque también eres una Faraona al igual que yo y de estirpe divina.

—Hermana... —murmuró Nefer con voz triste—. ¡Ah! ¡La terrible visión!

Se escondió los ojos con las manos, como si intentase escapar de algo que hubiese aparecido de pronto ante ella, luego echando sus cabellos hacia atrás y esforzándose por mostrarse alegre, añadió:

—Gracias, mi señor: Nefer, cuando tú lo necesites dará su vida por ti, para que puedas realizar tu gran sueño.

—¿Tenéis alguna duda? Mi estrella sigue brillando en el cielo todas las noches; la estatua de Memnón ha hecho oír su voz y la flor de la resurrección ha cerrado sus corolas entre mis manos. ¿Qué puedo pretender más? Todo ello es señal de buen augurio, ¿no es cierto, Ounis?

El anciano no respondió. Parecía absorto en algún pensamiento.

—¿Me has oído, Ounis? —preguntó Mirinri.

—Her-Hor —dijo a su vez el anciano, como hablando para sí y pasando una y otra vez su mano por la frente, como para desvelar dormidos recuerdos—. ¡Her-Hor!

—¿Es que conocías a ese sacerdote? —preguntaron a la vez Nefer y Mirinri.

—Este nombre me parece haberlo oído antes de ahora —respondió Ounis—. Pero han transcurrido tantos años que es posible que me engañe.

Después, encogiéndose de hombros, añadió:

—Está muerto; no vale la pena que nos ocupemos de él. ¿Cuándo llegaremos, Nefer?

—Esta tarde avistaremos Menfis —dijo Ata, que desde hacía algunos instantes observaba atentamente ambas orillas—. Allí se perfila el templo de Saqqarak, con su pirámide escalonada. Vamos muy deprisa. Procura ahora, Hijo del Sol, no cometer imprudencias porque Pepi dispone de una policía muy bien organizada y Menfis es un hervidero de espías. Una sola palabra que se te escape y estaremos todos perdidos.

—¿Y cómo lograremos llegar sin infundir sospechas? —preguntó Mirinri.

—Déjame pensar, Hijo del Sol —intervino Nefer—. ¿Acaso no soy una hechicera? Predeciré a las gentes de Menfis la buenaventura y tú, mi señor, serás mi protector. ¿Quién va a sospechar que un Faraón recorre las calles de la ciudad como un vulgar histrión?

—¿Y estos hombres? —preguntó Ounis—. ¿Nos traicionarán?

—Cuando estemos a la vista de Menfis los echaremos al Nilo —dijo Ata—. No son más que nos miserables esclavos para los que la muerte será una liberación.

—¿Y nos vamos a servir de ellos para ahogarlos después? —dijo Mirinri con acento de reprobación—. Un día también estos hombres serán mis súbditos, si la suerte me es favorable, y no quiero empezar mi reinado con asesinatos. Soy yo quien comienza a mandar, ahora que el aire de Menfis, el aire del poder y de la grandeza sin límites llega a mis labios.

—Esa es buena sangre —dijo Ounis mirando con orgullo al joven Faraón—. Jamás habrá tenido Egipto un rey tan grande.

Después murmuró para sí, mientras que un destello terrible brillaba en sus ojos:

“¡Lo mataremos! Y vengaré mis dieciocho años de exilio”.

Todos se quedaron silenciosos, mientras que la barca se deslizaba, ondeando fuertemente sobre las aguas del inmenso río.

Sus ojos se hallaban fijos hacia el norte, como si de un momento a otro esperasen ver sobre el luminoso horizonte las grandiosas pirámides que circundaban a la orgullosa Menfis, los templos inmensos, los gigantescos obeliscos y los profundos diques que en aquella lejana época, e incluso todavía hoy, después de más de cinco mil años, constituían la maravilla del mundo. Las dos márgenes comenzaban a estar habitadas. Acá y allá, sobre pequeñas alturas, que la crecida del río no podía alcanzar, se descubrían templos, fortalezas almenadas con paredes oblicuas, murallas enormes, dentro de las cuales, como encerradas entre cornisas maravillosamente esculpidas,

se alzaban estatuas gigantescas, cubiertas tan sólo por un taparrabos en tres pliegues, con el central cayendo delante, la barba rectangular pendiente del mentón y estatuillas de divinidades a los lados. Las divinidades del antiguo Egipto sobrepasaban aquellos diques colosales, construidos para impedir que las aguas del Nilo se esparciesen por los fértiles campos, demasiado bajos, y arruinasen las cosechas. Ahora era una vaca de Hathor la que aparecía, gigantesca, con sus inmensos cuernos adornados con extraños emblemas, entre los que no faltaba nunca el astro solar; otras veces era Osiris, sentado olímpicamente sobre su trono, con los brazos cruzados sobre el vientre; o bien una reproducción de las colosales estatuas de Memnón y Ramsés, o de Mencke el fundador de la gran Menfis, el primer rey de la primera dinastía egipcia que reinó hace siete mil años o sea cuando no existían ni Roma ni Atenas, ni podía soñarlas siquiera cualquier ser humano.

Numerosas barcas subían o bajaban por la corriente gigante, algunas muy ligeras, hechas con simples papiros atados en haces, con una proa muy arqueada, como suelen usar todavía hoy los habitantes de la Alta Nubia, de donde aquella utilísima planta no ha desaparecido todavía; otras en cambio eran más grandes, construidas con tablas macizas y equipadas de largas velas cuadradas, cargadas por lo general con enormes bloques de piedra, destinadas a colosales construcciones, porque todos los reyes de Egipto tenían verdadera manía en dejar acá o allá una muestra inmarchitable de su poder, rivalizando en la grandiosidad de los monumentos, de los templos y de los obeliscos o de las pirámides, para que los recordase la posteridad. La barca tripulada por Mirinri y sus amigos descendía inadvertida por el río, puesto que creyéndola un sencillo velero procedente de las altas regiones de Egipto, nadie se preocupaba de ella, suponiéndola cargada de mercancías destinadas a Menfis. No obstante, para no despertar la atención o la curiosidad de los bateleros o de los ribereños, el Hijo del Sol se había puesto un sencillo delantal de piel y cubría su cabeza con un sombrero de piel curtida, en forma de medio yelmo y Ounis se había desembarazado de su larga vestimenta de sacerdote, para ceñirse una especie de *kalasiris* doble, terminado en punta por delante y había tocado su cabeza con una enorme peluca que lo hacía irreconocible por completo, en especial por la barba postiza de forma rectangular, aplicada bajo su mentón. Solo Nefer conservaba sus vestidos, pues en su calidad de hechicera, era preciso que se mostrase en público con cierto lujo.

Las horas pasaban lentamente y la barca seguía avanzando. Una viva agitación se había apoderado de pronto de Mirinri, como si la proximidad de Menfis produjese en él una profunda y extraña impresión. ¿Era la esperanza de volver a ver a la joven Faraona que había salvado de las fauces terribles del cocodrilo y que lo había enamorado o bien la impaciencia por arrebatar el poder a Pepi y gritar ante todo el pueblo: "¡Yo soy el hijo del gran Teti! ¡Entregad el trono al Hijo del Sol!"?

¿Era la sangre del joven enamorado la que bullía, o la del guerrero, ávida de gloria, de poder o de grandeza? Tal vez fueran ambas cosas.

Nefer, que no lo perdía de vista un solo instante, aprovechando el momento en que Ata y Ounis se acercaron a popa para hablar con el capitán de la barca, se aproximó al joven, que desde lo alto de la proa parecía interrogar ansiosamente el horizonte.

—¿Qué estás buscando, mi señor? —le dijo con voz dulce.

—Menfis —repuso rudamente el joven Hijo del Sol—. ¿Por qué no comparece ante mis ojos? Se diría que huye ante mí.

—¿Estás impaciente por verla?

—Si tú quisieses profundamente a un hombre y no se le permitiera estar junto a él, ¿no lo buscarías ávidamente, intensamente, con tus ojos?

—¿Tú buscas a Menfis o a la muchacha que amas?

—Ahora estoy buscando a la soberbia capital del Bajo Egipto, que mi padre salvó de la barbarie asiática —respondió el joven.

—¿Y después?

—¿Qué es lo que quieres decir, Nefer?

—La Faraona, ¿no es cierto?

—En ella pensaré después, si tengo tiempo.

—¿Es que la sed de poder apaga el amor?

—¿Quién lo sabe?

—No, Mirinri; no, Hijo del Sol.

El joven bajó la cabeza sin responder, mientras que en su frente aparecía una nube de inquietud.

—¿Estás intranquilo? —preguntó Nefer, después de un breve silencio.

—Tal vez sea el aire de Menfis que ya empiezo a respirar –respondió el joven Faraón—. Un aire saturado de poder y de grandeza que un día, cuando aún era niño, llenó mis pulmones. No sé, pero hay algo en mí, alguna cosa extraña, que en el desierto no había sentido nunca. Allí, entre la arena que el oleaje sagrado del Nilo bañaba murmurando, bajo las grandes palmeras que susurraban cuando el viento cálido sacudía sus empenachadas hojas y la fresca brisa de la noche removía, mi corazón no tenía sobresaltos y mi fantasía no soñaba ni en gloria, ni en honores, ni en grandezas. El alba o las puestas de sol eran iguales para mí, pero ahora hay una

inquietud incomprensible en mí. Quisiera rugir como un joven león, que dispone ya de todas sus garras y que se siente seguro de sus fuerzas para devorar...

—¿Qué? —le preguntó Nefer, con cierta ironía.

—No lo sé, el Egipto entero o la corte real, donde nací y de donde me arrojaron para dejarme tiempo de que me crecieran los dientes.

—Es en esa corte que tú quisieras destruir donde vive la muchacha que tú salvaste de las mandíbulas de un cocodrilo.

—¡Calla, Nefer! —gritó Mirinri, con ira.

—Mientras que la que salvaste más tarde, también de las fauces de un cocodrilo, está a tu lado y no sobre los estrados de aquel trono —prosiguió Nefer imperturbable.

Tampoco respondió Mirinri esta vez. Su mirada se había fijado sobre unos puntos brillantes, que vagaban sobre el majestuoso río sobrenadando en algunas matas rojas que destacaban sobremanera en la blancuzca agua que corría entre ambas orillas.

—¿Qué es lo que brilla allí? —preguntó arrugando la frente.

Ata y Ounis, advertidos por los etíopes, se habían acercado ya corriendo a proa y el rostro del anciano sacerdote se había tornado de improviso muy pálido, mientras que una llama feroz, terrible, había encendido sus ojos.

—¡Es él! —exclamó con inequívoco acento de odio—. ¡Sólo él puede tener las barcas doradas y las velas flameantes!

Mirinri que lo había oído se giró prontamente y mostraba una expresión feroz, que nunca había demostrado anteriormente, durante los años transcurridos en el desierto, al lado de aquel hombre.

—¿Quién es él? —preguntó.

Ounis mostró un momento de embarazo, luego dijo:

—El hombre que un día tú, hijo del gran Teti, deberás hacer morir, tal vez.

—¿Pepi? —gritó el joven.

—Sí, no puede ser más que él, que remonta el río para saber si la crecida será regular. Solo un Faraón puede mostrar tanto lujo. Sé prudente, mira y calla. Un día tú tendrás otro tanto si sigues mis consejos y si tienes la paciencia de esperar.

—¡Ah! —respondió sencillamente Mirinri, mientras que su mirada asumía una expresión no menos intensa que el odio del anciano.

Miró a su alrededor, y descubrió apoyado en la borda un arco con un carcaj lleno de flechas. Se aproximó lentamente a aquel instrumento de muerte y se detuvo junto a él, murmurando entre dientes:

—El joven león no conoce la paciencia cuando tiene hambre.

Los puntos brillantes iban aumentando a simple vista, ya que la barca se movía a gran velocidad, debido a la crecida. La corriente se hacía cada vez más impetuosa a medida que se acercaba al inmenso delta donde desembocaban las infinitas bocas de los numerosos canales que conducían las aguas desde el sagrado río hasta el mar. Muy pronto se hallaron a la vista.

Eran seis grandes barcas, todas ellas doradas, con proas muy altas en las que aparecían esfinges pintadas de verde, con largas barbas que se rizaban ligeramente hacia la punta y en cuyo centro tenían toldos de lino blanco a listas, sostenidas por delgadas columnas acanaladas, recubiertas de láminas de plata. Grandes abanicos, algunos de ellos semicirculares, de plumas de variados colores, ligados entre sí por una delgada lámina de oro, sobre la que se erguía el *ureo* labrado, y otros en forma rectangular, así como una especie de quitasoles de lino blanco, a largas franjas, multicolores, cosidos con oro, se levantaban en la primera barca, que cuarenta esclavos suntuosamente vestidos movían a gran velocidad mediante larguísimos remos decorados con piedras preciosas. En el centro, donde se alzaban los abanicos de largo mango y los parasoles, tumbado sobre una especie de sofá dorado, con amplios cojines, se hallaba un hombre de edad muy avanzada, que lucía en su cabeza un alto sombrero cónico, blanco y rojo, adornado con el *ureo* y largas y anchas cintas colgantes sobre el pecho, un pequeño manto sobre su espalda y una especie de saya pequeña que terminaba por delante con un amplio triángulo a franjas blancas, rojas, verdes y azules. Mirinri fijó su mirada en aquel hombre que lucía las insignias del poder supremo y el símbolo del poder sobre la vida y la muerte.

—¿Es el rey o un grande del reino? —preguntó a Ounis impetuosamente, que parecía quisiera devorarlo con la mirada.

—Es Pepi —respondió el anciano con voz entrecortada.

—¿El usurpador?

—¡Sí!

La barca real pasaba en aquel momento a sólo cincuenta pasos de la tripulada por Ounis.

Mirinri, con un gesto rápido había empuñado el arco apoyado detrás de la borda y cogió con igual rapidez una flecha.

—¡El león caza su presa! —exclamó tendiendo la cuerda y situando el dardo.

Ata que estaba junto a él con un rápido movimiento le había quitado el arco, arrojándolo enseguida al agua.

—¿Qué haces, mi señor? —exclamó—. ¿Quieres que nos maten a todos y perder el trono?

Ounis no había hecho ningún movimiento por detener al Hijo del Sol.

Sólo dos palabras salieron de sus labios.

—Demasiado pronto.

Por fortuna nadie se había dado cuenta de la acción del joven, tal fue la rapidez con que Ata le arrebató el arco y la flecha. Además, el soberbio Faraón no se había siquiera dignado mirar a aquella barca que tan mezquina figura tenía ante sus doradas galeras, y mucho menos los grandes dignatarios, generales, sacerdotes y gobernadores de provincias que lo seguían.

Mirinri se quedó inmóvil, lanzando sobre su tío, el rey, una mirada ardiente, con el brazo tenso como en un desafío, hasta que toda aquella soberbia flotilla pasó, desapareciendo tras un islote.

—¡Ladrón! —gritó finalmente, mostrando un gesto de rabia—. Te he visto y no olvidaré nunca tu rostro, que volveré a ver cuando mi daga te atraviese el corazón.

—Sin embargo, ese hombre tiene en sus venas tu misma sangre —dijo Ounis con voz lenta.

—Yo solo tengo sangre del gran Teti —respondió Mirinri—. La que corre por el cuerpo de aquel hombre es sangre de traidores, no de guerreros.

Un grito de Nefer lo interrumpió bruscamente.

—¡Menfis!

El joven se lanzó impetuosamente hacia proa. Sobre el purísimo horizonte, que el sol, cercana ya su puesta, teñía de un rojo intenso, la orgullosa Menfis se perfilaba con sus colosales monumentos, sus dorados obeliscos, sus templos maravillosos y sus palacios inmensos.

EL BARRIO DE LOS EXTRANJEROS

Menfis, que fue la capital de las primeras dinastías faraónicas, mientras que Tebas la grande lo fue de las últimas, se alzaba en la margen izquierda del Nilo. Fundada por Menes, uno de los más grandes reyes egipcios, tras imponentes trabajos para detener las aguas del Nilo e impedir que invadieran la ciudad durante las crecidas, alcanzó rápidamente un gran esplendor, hasta el punto de convertirse en una maravilla para el mundo antiguo. Los egipcios, se ha dicho ya, fueron grandes constructores, que tenían a gala construir sus obras de un tamaño inmenso y con una solidez que desafiara a los siglos. En Menfis predominaba más que en otros sitios la grandiosidad, alzando templos colosales, que sostenían un número infinito de columnas, obeliscos monstruosos, palacios reales maravillosos y pirámides. La ciudad ocupaba un área inmensa, porque servía de asilo a centenares de millares de habitantes, extendiendo sus últimas casas hasta cerca de las arenas del desierto libio, sobre aquellas arenas traidoras que, según la siniestra profecía de Jeremías, tanto debían contribuir a su destrucción. Tebas fue maravillosa pero no pudo nunca competir con el esplendor de Menfis, que fue la más populosa ciudad del mundo antiguo, así como la más rica en monumentos y la más fortificada. ¿Cómo llegó a desaparecer a lo largo de tantos siglos aquella ciudad grandiosa, sin dejar apenas huellas de su existencia? Parece imposible, pero de todos aquellos monumentos colosales sólo han quedado hoy para demostrar el sitio donde se emplazó un día, algunas pirámides que resistieron juntamente con otros el ataque del tiempo, un pedazo de una estatua colosal que representa a Ramsés II y una necrópolis, la más antigua del mundo, de unos siete mil años aproximadamente y que a su vez es la mayor, de una extensión de más de sesenta kilómetros. Todo lo demás desapareció como si la terrible sacudida de un terremoto lo hubiese destruido; y lo que es más, incluso las ruinas de aquellos colosales monumentos han desaparecido. Allí donde un día se levantaba orgullosa la gran capital de los más poderosos y fastuosos Faraones, ahora no se perciben más que colinas de arena. Nada ha quedado de tanto poderío y la misma tierra, nutridora un tiempo de tantas generaciones desaparecidas, parece que esté agotada, ya que s610 en los meses de marzo y abril, cuando las inundaciones le han prestado alguna vitalidad a sus venas desangradas, se cubre a duras penas de una magra vegetación, que los vientos cálidos se aprestan poco después a desecar.

La barca de Mirinri, o mejor de Nefer, arrastrada por la corriente que aumenta cada vez más, al abrirse más allá de la ciudad las innumerables bocas del delta, se aproximaba rápidamente hacia aquella imponente línea de grandiosos monumentos y de soberbios palacios, que se extendía durante millas y millas a lo largo de la margen izquierda del majestuoso río. El joven Hijo del Sol, siempre erguido sobre la proa, miraba a la orgullosa ciudad sin hacer movimiento alguno, ni pronunciar una palabra: parecía estar fascinado por la grandeza y el esplendor de la capital del más antiguo reino del mundo, dentro de cuyos muros almenados y formidables había abierto los ojos a la luz, pero que después de tantos años ya no recordaba. Sus facciones habían adquirido un aspecto casi salvaje y su boca semiabierta, aspiraba a pleno pulmón el aire de la inmensa ciudad que una fresca brisa empujaba, por encima del Nilo, hacia

el norte. ¿Aspiraba el lejano perfume de la joven Faraona o el poder del reino, que su padre había salvado de las bárbaras invasiones de los asiáticos?

Muy pronto la barca se encontró ante los gigantescos diques, formados por colosales bloques de piedra, que en tiempos remotos oponían una barrera infranqueable a las crecidas periódicas del Nilo y que eran puerto de barcas de todas dimensiones, con las altas proas hacia los muelles, que estaban ocupados todavía por hileras de esclavos, aunque la noche estuviese al caer.

Ata, que había vivido casi siempre en Menfis, dio orden al comandante de la barca de tomar tierra en el extremo del último dique, que defendía los últimos suburbios, donde eran muy escasos los navíos, no atreviéndose a desembarcar a sus amigos en medio de la ciudad. La policía del rey podía haber estado alertada por cualquier traidor de su llegada y capturarlos en seguida. La situación era distinta en los suburbios alejados y en caso de desesperado podían oponer una feroz resistencia, gracias a los treinta etíopes, y escapar a través de los canales del delta, antes de que pudiesen llegar los guardias del rey.

—Mientras voy a advertir a los antiguos partidarios de Teti —dijo Ata, en cuanto la barca fue amarrada sólidamente a la orilla— id a vivir en el *ta-anch* (barrio de los extranjeros) donde os resultará más fácil pasar desapercibidos y aguardad allí mi regreso. Os resultará sencillo encontrar alguna casita y haceros pasar por pobres marinos asirios, caldeos o griegos.

—Y yo comenzaré mi oficio de adivina —dijo Nefer.

—Esa es una buena idea —dijo Ounis—. Mirinri se hará pasar por tu hermano, así cualquier sospecha sobre su verdadera personalidad será mejor disimulada.

—¿Deberé hacer de artista? —preguntó Mirinri.

—No es preciso, mi señor —respondió Nefer—. Tú te encargarás tan solo de recoger el dinero. Serás a la vez mi cajero y mi protector.

—Si ello es necesario para ganarme el trono, no tengo nada que replicar —respondió Mirinri riendo—. También yo debo imponerme sacrificios.

—¿Estáis preparados para desembarcar? —preguntó Nefer.

—Lo estamos todos —respondió Ounis.

La muchacha se acercó al comandante de la nave, que parecía aguardar sus órdenes y después de mostrarle la joya arrebatada a Her-Hor, le dijo:

—La nave es tuya porque yo te la doy, a condición de que partas inmediatamente y desciendas hasta el mar. Allí podrás comerciar con fenicios, con griegos y con sirios.

Vete con cuidado porque si pronuncias una sola palabra con cualquiera sobre lo que has visto, la venganza de Pepi sabrá alcanzarte.

—Obedezco —respondió simplemente el jefe de los marinos.

—Bajemos —dijo Nefer.

Al ser la noche ya avanzada el muelle estaba desierto, gracias a lo cual desembarcaron sin ser vistos. Apenas pusieron pie en tierra la embarcación reemprendió su camino, desapareciendo prontamente en uno de los numerosos canales del delta que conducían al mar.

—¿Por qué les has mandado que se fueran en seguida? —preguntó Mirinri a la muchacha.

—Alguno tal vez viera tu acto, cuando Pepi pasaba junto a nosotros y alguna palabra, una sospecha, podría perdernos. Hay traidores por todas partes.

—Admiro tu prudencia.

—Y nunca será suficiente —añadió Ounis.

Luego, volviéndose hacia Ata, le dijo:

—¿Nuestro número no atraerá la atención de los habitantes del barrio?

—Mis etíopes ya han recibido arden de dispersarse y de aguardarme en las cercanías de la pirámide de Daschour. Allí reuniré a todos los partidarios de Teti.

—¿Y nosotros?

—Aquí encontraremos una casa. Hay un viejo amigo mío, un sirio a quien yo he ayudado muchas veces y nos cederá su casa. Seguidme y no habléis.

Mientras los etíopes se dispersaban, tomando distintas direcciones, el egipcio penetró en una callejuela flanqueada por casitas de forma cuadrada, con las paredes ligeramente inclinadas y sin ventanas.

No eran todas del mismo estilo, por estar poblado el barrio, destinado a los extranjeros, por asiáticos pertenecientes a diversas razas e incluso por comerciantes de la Baja Europa, en especial de los alrededores del mar Negro, a quienes el gobierno egipcio dejaba la libertad de elegir la clase de construcciones que les convinieran.

El pequeño grupo que antes de abandonar la barca se habla pertrechado de armas, por saber Ata que en aquel barrio, que servía de asilo a los extranjeros se hallaba

habitado por bandas de ladrones, después de haber recorrido sin impedimento alguno varias callejuelas se detuvo finalmente ante una casita de aspecto modesto, con el techo de paja.

Ata entró solo, por estar la puerta abierta y más tarde salió acompañado de un hombre, quien después de haber hecho un mutuc salado con una mano, se alejó.

—La casa es vuestra —dijo Ata entonces—. Su propietario no vendrá a molestaros: consideraos como legitimas propietarios. Sobre todo prudencia y obedeced a Nefer.

—¿Cuando volverás? —preguntó Ounis que se mostraba preocupado.

—Tan pronto como haya preparado el terreno para el gran golpe. El tesoro ya debe estar reunido y podré asalariar un ejército que haga temblar al Faraón.

—No regatees los *talentos,* recuérdalo, Ata.

—Habrá también los míos y los de los viejos amigos de Teti —respondió el egipcio.

Saludó a los tres, y luego se alejó con paso rápido, por la calle desierta.

—Entremos en mi palacio —dijo Mirinri bromeando—. Ciertamente no era esto lo que esperaba en Menfis.

—Eres impaciente —dijo Ounis, con acento de reproche.

—No me quejo. La que habitaba en el desierto era mucho peor y sin embargo allí era más feliz.

Entraron, tomando una lamparita de barro que estaba colgada en el dintel de la puerta y ante todo exploraron minuciosamente la casita. Había solamente dos estancias, de forma rectangular, con las paredes y el suelo a base de una especie de cemento de varios tonos, amueblado sobriamente, por estar los muebles de lujo destinados a los grandes señores del reino. Los lechos consistían en jergones de lino, llenos de hojas secas, el ajuar de la cocina en vasos de terracota, pero no faltaba una mesa llena de vasos y vasitos conteniendo ungüentos misteriosos y perfumes, puesto que a los egipcios les gustaba hacer diariamente una *toilette* cuidadosa, aunque no pertenecieran a las clases muy elevadas.

—Tú, Nefer, te acostarás en la segunda habitación —dijo Ounis—. A nosotros nos bastará la primera, ¿no es cierto Mirinri?

—Estamos ya habituados a dormir en las arenas del desierto —contestó el Hijo del Sol—. Dormiremos pues sobre la desnuda tierra de Menfis.

—¿Qué sientes, al encontrarte aquí, mi señor? —preguntó Nefer.

No sabría decírtelo —respondió el joven—. Me parece que soy otro hombre. Será el aire de esta inmensa ciudad o la ansiedad de emprender la lucha; será la sed de poder y de grandeza o cualquier otra cosa; lo cierto es que me siento mejor aquí que a bordo de la barca que Ata conducía por el Nilo. Por último siento que soy algo en el mundo; que ya no soy un desconocido.

—Te encuentras ya en el peligro supremo —dijo Ounis que lo miraba atentamente.

—Sí —respondió Mirinri— dispuesto a desafiar a todo y a todos.

—¿A vengar a tu padre y a conquistar el trono?

—Sí —repitó el joven con inmensa alegría—. Cuando los viejos partidarios de mi padre hayan reunido a sus amigos, yo me pondré a la cabeza de ellos e iré a exigir cuentas al usurpador del gran Teti, y le quitaré de la frente el símbolo del poder sobre la vida y la muerte, que a mí solo corresponde.

—Pero sé prudente, como te ha dicho Ata. Pepi debe haber organizado un servicio de espionaje para sorprenderte y quizá a estas horas no te esté buscando en esta inmensa ciudad, ya que espero que haya perdido nuestras huellas tras nuestra huida de la isla de las sombras.

—¿Voy a estar escondido en esta casa hasta que vuelva Ata?

—No, sería una imprudencia —respondió Ounis—. Un hombre que se gana la vida no infunde sospechas; uno que vive sin poder demostrar que tiene recursos, puede alarmar a la policía de Pepi. Sigue a Nefer, una adivina puede muy bien tener un hermano.

—¡Haré lo que me aconseje! —respondió Mirinri, sonriendo—. ¡Dos Faraones que se ganan la vida como artistas!

—Es tarde —dijo el anciano—. Para ti la cama, Nefer; nosotros nos contentaremos con las estoras que hay en la habitaci6n contigua.

—Hasta mañana, mi señor —dijo la muchacha—. Aprenderemos a ganarnos la vida, aunque seamos Hijos del Sol.

Apagaron la lámpara y se acurrucaron: Nefer sobre el lecho y Ounis y Mirinri sobre una alfombra basta, formada por fibras vegetales, que ocupaba parte de la segunda estancia.

LAS PROFECIAS DE NEFER

Al día siguiente Nefer y Mirinri recorrieron las calles de barrio de los extranjeros, acompañados por el viejo Ounis, que se había procurado un *tabl*, es decir una especie de tambor de terracota en forma de gran cilindro, cerrado por una piel en un extremo, que sacudía vigorosamente con una mano, a fin de atraer la atención de los viandantes.

Las adivinas, que en aquellos tiempos eran además vendedoras de recetas milagrosas, eran tenidas en mucha estima por los antiguos egipcios, quienes creían ciegamente en las profecías de aquellas astutas mujeres y en la eficacia de sus misteriosos polvos.

Nefer, que por voluntad de Her-Hor ya habla ejercido aquella lucrativa profesión en las aldeas del Alto Nilo, mientras esperaba a Mirinri no encontró dificultad alguna en reemprenderla y se habla instalado sin más en la primera plaza del barrio, atrayendo pronto en torno a sí una multitud de curiosos, captados tal vez más por su belleza y por la riqueza de sus joyas.

—Sentada sobre una banqueta, que Mirinri le había llevado y acompañada por el sordo batir del *tabl* que Ounis hacía sonar como si no hubiera hecho otra cosa en su vida, lanzó con su armoniosa vez en torno a los concurrentes su reclamo.

—Procedo de la escuela de medicina de Heliópolis, donde los ancianos del gran templo me han enseñado sus remedios. He estudiado en la escuela de Sais, donde la Gran Madre divina me ha dado sus recetas. Poseo los encantamientos compuestos por Osiris en persona y mi guía es el dios Thoth, inventor de la palabra y de la escritura. Los encantamientos son buenos para los remedios y los remedios son buenos para los encantamientos.

Una vieja egipcia avanzó de pronto y tras una breve duda, le dijo:

—Dame una receta para mi hija que no puede alimentar a su pequeño, todavía lactante.

—Que tome tortugas del Nilo y las haga freír en aceite; tendrá leche en abundancia —dijo Nefer.

Otra mujer se adelantó.

—Quiero saber si el hijo que me va a nacer tendrá larga vida o se morirá pronto.

—Si cuando abra los ojos dice *ni*, vivirá muchos años, pero si dice *mba su* vida se apagará pronto —respondió Nefer.

Un viejo se le acercó a su vez, diciendo:

—En mi jardín hay una serpiente que cada tarde sale de su escondrijo y me devora los pollos. Enséñame un medio para que ya no salga de su agujero.

—Pon delante de su cueva un *pagre* (especie de pescado del Nilo) que esté bien seco y la serpiente ya no podrá salir más.

—Enséñame también a tener a distancia los ratones que devoran mis granos.

—Unta las paredes de tu granero con aceite de gato y ya no los verás aparecer más; o bien quema estiércol seco de gacela, recoge las cenizas, ponlas en agua y riega el pavimento.

Luego hizo su aparición una jovencita.

—Enséñame el modo de hacer blancos mis dientes y perfumar mi casa para que esté más contento mi novio.

—Toma polvos de carbón de acacia y tus dientes se tornarán más blancos que el marfil de los hipopótamos. Si quieres perfumar tus habitaciones, mezcla incienso, mimosa, resina de trementina, corteza de quinamono, lentejas, cálamo aromático de Siria, conviértelo en polvo muy fino y ponlo en un brasero. Tu prometido no podrá lamentarse de la exquisitez de tu perfume.

—¿Y tú? —preguntó luego Nefer a un soldado que tenía una venda que le cubría parte del rostro.

—Pronuncia un encantamiento, valiente muchacha —repuso el guerrero— para que proteja mi ojo derecho que una flecha sirio me ha herido.

Nefer se levantó, extendió sus brazas, trazó en el aire unos signos misteriosos, luego dijo:

—Un ruido se alzó hacia la medianoche en el cielo y apenas cayó la noche, aquel rumor se propagó hasta el septentrión. El agua cayó sobre la tierra en grandes columnas y los marineros de la Barca Solar de Ra batieron sus remos para bañarse también la cabeza. Yo ofrezco tu cabeza a aquella lluvia benéfica, a fin de que caiga también sobre tu ojo herido e invoco al dios del dolor y la muerte de la muerte para que te lo cure. Aplica ahora miel sobre tu ojo y sanarás, porque Thoth así lo ha enseñado.

Otro guerrero muy joven y macilento, ocupó pronto el sitio del anterior.

—Muchacha —le dijo— pronuncia también un encantamiento para mí, para que me libre de la tenia que me agota.

—Te curaré enseguida —dijo Nefer, siempre seria—. ¡Oh hiena malvada, oh hiena hembra! ¡Oh destructor! ¡Oh destructora! Oíd mis palabras: que cese la marcha destructora de la serpiente dentro del estómago de este joven! Es un dios malvado el que ha creado ese monstruo, un dios enemigo: que expulse el mal que ha hecho a este hombre o invocaré el torrente de fuego para que destruya a uno y a otro. ¡Vete! Dentro de poco ya no sufrirás más.

También el joven guerrero se marchó, más que convencido de que dentro de poco sanaría, puesto que los antiguos egipcios tenían más fe en las invocaciones que en la eficacia de las medicinas. Aquella primera jornada transcurrió en continuas invocaciones unas más extrañas que otras y despechando recetas, no menos extraordinarias, acudiendo continuamente hombres y mujeres en torno a la muchacha hermosa y no fue hasta muy tarde que lograron retirarse a su casa los dos Hijos del Sol y el anciano Ounis, bien provistos de dinero y satisfechos por no haber despertado la más ligera sospecha de quienes eran. ¿Quién habría podido suponer que el hijo del gran Teti, para escapar de la búsqueda de la policía de Pepi hubiese accedido a ser una especie de histrión?

—¿Estás contento, mi señor? —preguntó Nefer a Mirinri que contaba riendo el dinero ganado.

—Eres una muchacha que vales el oro que pesas —respondió el joven—. Si un día llego a ser rey te nombraré gran adivina del reino. Lástima que yo no estuviera entre el público.

—¿Por qué?

—Te habría pedido que me predijeras el destino.

—Te lo predije ya cuando descendíamos por el Nilo.

—¿Que yo llegaré a ser rey?

—Sí.

—No es bastante.

Nefer tuvo un sobresalto y frunció ligeramente la frente, mientras que un suspiro moría en sus labios.

—Te he entendido —dijo con voz pausada, dejándose caer sobre una silla y apoyando su cabeza sobre el borde de la mesa cercana—. He leído tu pensamiento..

—¿No eres una adivina?

—Es cierto.

—Así pues venga tu profecía.

—La verás.

—¿En Menfis?

—Aquí, en esta ciudad.

Esta vez fue el joven quien tuvo un sobresalto, mientras que su rostro enrojecía, como el de una joven que se encamina a su primera cita de amor.

Nefer se cubrió los ojos con ambas manos, tapándoselos fuertemente.

—La veo —prosiguió tras algunos instantes de silencio, como hablando para sí—. Esta echada en una litera brillante de oro que sostienen ocho esclavos nubios y ante ella avanza majestuoso un toro negro que tiene los cuernos dorados. Tintinean los sistros sagrados, se alzan en el cielo las notas deliciosas de las arpas y de las cítaras y retumban los tambores... las danzarinas trenzan danzas en torno a su litera real y miran el oreo que relumbra entre los negros cabellos de la hermosa Faraona. Veo carros guerreros montados por soldados... veo arqueros y guardias... oigo el rumor de los aplausos que la multitud tributa a la hija del más poderoso rey del África. ¡Ah! ¡Qué grito! ¡Qué grito!

Nefer bajó sus manos y se puso en pie, mirando con terror a Mirinri que estaba derecho ante ella, escuchándola atentamente.

—¿Qué ocurre, Nefer? —preguntó el joven extrañado por aquella repentina situación.

—He oído un grito.

—¿Y qué?

—Ese grito era tuyo, mi señor. Sí, lo he oído perfectamente.

—¿Qué más? Sigue.

—No veo nada más ante mis ojos. Toda la visión ha desaparecido en medio de una espesa niebla.

—¿Y el grito te ha asustado?

—Sí.

—¿Pero por qué?

—No lo sé... sin embargo al oírlo mi corazón se ha contraído como si una mano de hierro lo hubiese apretado y apretado.

Ounis que hasta aquel momento había permanecido en la estancia contigua, ocupado en preparar una especie de pasta a base de dátiles secos y semillas de loto, se acercó a la puerta y miró a Nefer con una especie de terror. Debía de haber oído sus palabras, porque su rostro, tranquilo ordinariamente, aparecía en aquel momento extraordinariamente alterado.

—Nefer, —dijo con voz ronca— ¿eres tú verdaderamente una adivina ¿Crees poder leerán futuro? Dímelo, muchacha.

—Así lo espero —respondió Nefer, que había vuelto a sentarse, apoyando nuevamente la cabeza sobre el borde de la mesa.

—¿De quién era aquel grito?

—De Mirinri.

—¿No te habrás engañado?

—No.

—¿Estás bien segura?

—Conozco demasiado bien la voz de mi señor.

—He oído cuanto has contado a Mirinri —prosiguió Ounis, con una cierta ansiedad, detalle que no había escapado al Hijo del Sol—. Cubre tus ojos e intenta ver lo que sucedió después.

Nefer obedeció y estuvo durante algunos minutos en silencio. Ounis la observaba atentamente con angustia, intentando sorprender en su rostro una contracción, un movimiento cualquiera pero los músculos de la muchacha siguieron imperturbables.

—¿Así pues? —preguntó el anciano.

—Niebla... siempre niebla.

—¿No consigues descubrir nada a través de ese espeso velo?

—Sí, aguarda... columnas doradas... un trono brillante de luz... luego un hombre... tiene el símbolo del derecho de la vida y la muerte sobre su peluca... y las insignias del poder en su mano...

—¿Cómo es? ¿Joven o viejo?

—Aguarda...

—Míralo atentamente.

—¡Es él!

—¿Quién?

—El Faraón que hemos visto en la barca dorada... el hombre contra el que Mirinri levantó el arco.

—¡Pepi! —gritó Ounis.

—Sí... es él... ahora lo veo perfectamente.

—¿Qué es lo que hace?

—Tened calma... veo la niebla que ronda en torno suyo... ahora se me aparece con el rostro descompuesto por una cólera tremenda... ahora tembloroso y pálido... desaparece ahora... ¡Ah! Hay otras personas alrededor suyo... otro anciano... tiene en sus manos un hierro curvo... uno de esos que emplean los preparadores de momias para extraer por las narices el cerebro de los difuntos... después veo como le cuelga de la cintura una de aquellas piedras cortantes de Etiopía de las que se sirven para abrir el costado y extraer los intestinos...

—¿Qué quiere embalsamar? —gritó Ounis, con terror.

—No lo sé.

—Fíjate, fíjate; arroja esa niebla con tus ojos penetrantes. Te lo suplico, Nefer.

—Ya no veo nada... ¡ah! sí, una sala más maravillosa que la anterior... gente, soldados, sacerdotes... el Faraón... que abre el *naos,* el relicario del dios... ¡Ah! ¡Es él!

—¿Quién?

—Her-Hor.

—¿El sacerdote que mataste?

—Sí.

—¿Está vivo?

—Vivo —respondió Nefer, mientras un temblor se apoderaba de su cuerpo—. Es un hombre fatal... llegará hasta la última hora... y será fatal para mí... para mí... para mí...

—¿Qué dices, Nefer? —preguntaron a la vez Ounis y Mirinri.

La muchacha no respondió. Se había abandonado sobre la mesa como si un profundo sueño la hubiese sorprendido inesperadamente.

—Duerme —dijo Mirinri.

—Calla —respondió Ounis—. Mueve los labios: tal vez hable estando dormida.

La muchacha que se había adormecido parecía hacer esfuerzos supremos para mover su lengua y sus labios.

—Ra mueve el día —dijo de pronto con voz débil—. Osiris la noche. El alba es el nacimiento. El crepúsculo la muerte, pero cada día que despunta el viajero renace a una nueva vida desde el seno de Nout y sube gloriosamente al cielo, donde navega sobre una barca ligera, combatiendo victoriosamente el mal y las tinieblas que escapan ante él. Al atardecer triunfa la noche. El sol ya no es el poderoso Ra, el deslumbrante, por eso se convierte en Osiris, el dios que vigila entre las tinieblas de la noche y la muerte. Su barca celeste navega por los tétricos canales de la noche, donde los demonios intentan cogerla y tras la medianoche surge del abismo tenebroso y su camino se torna más rápido y más alto y por la mañana retorna fulgurante de luz y victorioso. Así es la vida y así es la muerte. ¿Por qué Nefer ha de tener miedo?

—¡Sueña! —exclamó Mirinri—. ¡Qué extraña muchacha!

Ounis que estaba inclinado hacia la joven para no perder ni una sola palabra, se alzó, y poniendo sus manos sobre el joven Faraón, le dijo:

—¡Cuidado, Mirinri! Esta muchacha ha visto un peligro. Debes estar en guardia.

—¿Tú crees en las visiones de Nefer?

—Sí, —respondió Ounis.

—¿Así pues, crees en el destino?

—Sí —repitió Ounis.

—Pues yo no creo más que en mi estrella, que sale brillante en el cielo; en el sonido que produjo al alba la estatua de Memnon y en la flor de la resurrección que cierra

sus corolas entre mis manos —respondió Mirinri—. Profetizaban que yo sería un día rey y seré rey, porque nadie interrumpirá mi destino.

EL GRAN SACERDOTE DE PTAH

Durante bastantes días Nefer, Mirinri y Ounis se dejaron ver ora en una, ora en otra plaza del barcia de los extranjeros, ella pronunciando encantamientos y facilitando recetas, el otro haciendo el oficio de cajero y el tercero haciendo sonar sin compasión el tambor de terracota, con una constancia envidiable. Comenzaban ya a impacientarse y a temer que Ata no hubiese conseguido realizar sus planes, cuando al atardecer del decimoquinto día desde que se encontraban en Menfis, oyeron golpear la puerta por tres veces. Ounis y Mirinri que temían continuamente alguna sorpresa por parte de los espías de Pepi, cogiendo sus dagas se lanzaron a la primera estancia, interrumpiendo bruscamente su cena, dispuestos a enfrentarse contra cualquier peligro. Al oír resonar otros tres golpes más violentos que los anteriores, Mirinri que no era demasiado paciente y estaba dispuesto siempre a afrontar cualquier peligro, preguntó con vez amenazadora.

—¿Quién es el inoportuno que viene a estorbarnos?

—Soy yo, Ata. Silencio, mi señor.

Mirinri había abierto y el egipcio penetró rápidamente, cerrando la puerta tras de sí.

—Temía no encontraros ya —dijo.

—¿Por qué? —preguntó Ounis.

—Corre la voz de que Mirinri ha conseguido poner pie en Menfis.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Me lo ha contado un amigo mío que tiene relación con la corte y ha añadido que Pepi ya no duerme tranquilo y que ha estacionado su guardia por toda la ciudad.

—¿Lo sabe el pueblo? —preguntó Mirinri que no parecía impresionado en absoluto.

—Es posible.

—¿Y sabe que Mirinri es hijo del gran Teti?

—Los amigos de tu padre, mi señor, han esparcido la voz hace ya años y años, de que el hijo del vencedor de los caldeos no desapareció misteriosamente como su padre. ¿Es cierto, Ounis?

El anciano aprobó con un gesto de su cabeza.

—¡Ah! El pueblo ya sabe que estoy todavía vivo y que un día iré a pedir justa cuenta al usurpador del trono que me ha robado.

—Sí, mi señor.

—¿Y me espera?

—Tal vez.

—¡Tal vez! —exclamó Mirinri, arrugando la frente.

—Pepi es poderoso: es rey de Egipto.

—¡Un ladrón! —prorrumpió Mirinri violentamente—. Veremos si el día que, sobre un carro de batalla, recorra las calles de la orgullosa Menfis, proclamándome rey de la estirpe faraónica y evocando las glorias de mi padre, el pueblo se quedará insensible. ¡Yo soy el Hijo directo del Sol! ¡Sólo yo desciendo de Ra y de Osiris!

—Este es el hijo de Teti —dijo Ounis con una sonrisa de orgullo—. Es la sangre del guerrero la que habla. Sí, tú un día serás un gran rey. En el desierto tu corazón dormitaba, el aire de Menfis te ha despertado. Ata, ¿qué cosas nos cuentas?

—Noticias importantes, Ounis —respondió el egipcio—. Los viejos amigos de Teti han reclutado a sus partidarios y yo he asalariado a tres mil esclavos etíopes, a los que he prometido la libertad si el hijo de Teti consigue arrebatar el trono al usurpador. He repartido el oro que te pertenecía y que amigos devotos han traído a Menfis y fructificará.

—¿Estáis dispuestos?

—Decididos todos a morir por el triunfo del joven Hijo del Sol —dijo Ata—. Mañana al atardecer nos reuniremos en la inmensa pirámide de Daschour y aguardaremos para lanzar el golpe supremo. Será una ola gigantesca de hierro y fuego que se abalanzará sobre Menfis y expulsará al usurpador.

—¡Y yo estaré a la cabeza de esa ola! —exclamó Mirinri— ¿Quién me detendrá?

Tal vez el destino —dijo Nefer.

—También a él lo venceré —dijo el joven.

—Tengo miedo del toro negro de los cuernos dorados: lo soñé ayer noche.

—¿Quién es? —preguntó Mirinri.

—El dios Apis.

—En el desierto donde he vivido no lo he visto nunca.

—Representa al Nilo fecundador.

—Y yo represento la fuerza y el poder. ¿Qué vale más, Nefer, tu toro negro de los cuernos dorados o el Hijo del Sol?

—Detrás del toro encontrarás dos ojos que te serán fatales.

—¿Cuáles?

—Los conoces sin que yo te lo diga.

—¡Ah! —dijo Mirinri—. Siempre soñando, muchacha.

—¿Cuándo partiremos?

—Mañana —contestó Ounis.

—Mañana nos iremos. Quiero ver el palacio que un día será mío. Se dice que se levanta sobre una colina, entre jardines encantados. Allí dentro será donde coja al usurpador y allí le arrebataré el símbolo del derecho sobre la vida y la muerte, que él me ha robado.

—Cuando atraveséis la ciudad no os hagáis notar, ni por vuestra excesiva prisa, ni por vuestra curiosidad y sobre todo no habléis, ni os llaméis por el nombre —dijo Ata—. La guardia del rey va en vuestra caza, os lo repito.

—No temas, Ata —respondió, Ounis—. Yo me encargaré de frenar la impaciencia de Mirinri.

—Hasta mañana al atardecer; inmediatamente después del crepúsculo nos encontraremos todos —dijo el egipcio—. Regreso a la ciudad, el camino es largo y la noche cerrada.

Mirinri y Ounis lo acompañaron hasta la puerta, Ata miró primero a derecha e izquierda y no observando nada extraño, se alejó con paso rápido.

Había ya salido del barrio de los extranjeros e iba a avanzar por la magnífica avenida que costeaba los œlosales diques erigidos a lo largo del Nilo para preservar a la ciudad de las crecidas, cuando se topó con un hombre que surgió de improviso de un amasijo de piedras enormes, que deberían servir probablemente para alguna construcción de tipo colosalista.

—Que Osiris vele por ti —le dijo el desconocido.

—Que Ra te sea propicio más allá de la medianoche —contestó Ata, prosiguiendo su camino.

Al oír aquella voz el desconocido tuvo un sobresalto.

Fingió alejarse y luego cuando vio a Ata desaparecer bajo la espesa sombra que proyectaban las palmeras que costeaban los diques, regresó inmediatamente al amasijo de piedras, lanzando un ligero silbido. Dos hombres, jóvenes y fuertes, que llevaban en la cabeza plumas de avestruz clavadas oblicuamente en sus pelucas, distintivo de los guardias del rey, y en los costados *kalasiris* de grueso lino en tres puntas, y sandalias de paja en los pies, se levantaron de pronto, sosteniendo en sus manos dos dagas cortas, con la hoja muy ancha y dos arcos.

—Lo he encontrado —dijo el que había emitido el silbido.

—¿Era precisamente él? —preguntó uno de los dos.

—Sí.

—¿No te habrás engañado, gran sacerdote?

—Cuando Her-Hor ha visto un rostro una sola vez, no la olvida nunca. Era el hombre que acompañaba a Ounis y a Mirinri en persona.

—¿Qué habrá venido a hacer aquí?

—No lo sé, Maneros. ¡Ah si esta noche no lo hubiéramos perdido de vista entre la muchedumbre que llenaba la plaza, a esta hora Mirinri tal vez estaría en nuestras manos, porque estoy seguro que si Ata está aquí, lo está también el hijo de Teti! Paciencia, lo encontraremos antes que intente algún golpe desesperado contra el rey y entonces Nefer pagará aquel golpe de daga que por poco me manda a navegar en la barca luminosa de Ra.

—¿Qué debemos hacer? —preguntó el llamado Maneros—. ¿Detenerlo y matarlo?

—Seguirlo descubrir su escondrijo y vigilarlo atentamente. Estoy seguro que está reuniendo a los viejos amigos de Teti. Daremos un gran golpe y muchas manos serán cortadas en Menfis, dentro de poco —dijo el viejo sacerdote con voz ahogada—. Sólo vivo para la venganza y me vengaré de los dos; más aun, de los tres.

—¿Tú no vienes, gran sacerdote?

—Yo os seguiré en el carro —respondió Her-Hor—. Estoy demasiado débil todavía y esta terrible herida no ha cicatrizado por completo. Partid o lo volveremos a perder de vista.

Los dos soldados que, como hemos dicho, eran jóvenes y ágiles, se lanzaron a una carrera desenfrenada por la calle, manteniéndose bajo la sombra que proyectaban las hileras de dátiles y de palmeras en abanico, para no ser vistos por Ata. El viejo sacerdote atravesó el dique y llegó hasta un pequeño carro que estaba escondido detrás de un grupo de árboles, guardado por un esclavo nubio, de atlética figura. Los carros egipcios eran más bien largos comparados con los nuestros, aunque fuesen arrastrados también por bueyes, más pequeños que los nuestros y ágiles como el cebú, empleados todavía en algunas poblaciones de la India. Eran vehículos ligeros semejantes a las bigas romanas; con sólo dos ruedas pintadas ordinariamente de color verde, muy altas por delante y abiertas a su vez por detrás, y podían servir para dos personas, las cuales debían ir de pie. Sin embargo, en vez de ser arrastradas por bueyes lo eran por caballos, pues aquellos servían por lo general a los soldados, puesto que los antiguos egipcios no hicieron nunca uso de una verdadera caballería y no tuvieron nunca idea, lo que resulta extraño, de servirse de los caballos como cabalga dura. Tuvieron que transcurrir millares y millares de años antes de que estos hombres, que habían sido los adelantados de la civilización, y muy inteligentes, pudiesen comprender que el caballo podía ser adaptado y dejarse montar. Her-Hor, que a duras penas podía sostenerse en pie ordenó que lo subiera al carro y luego los dos bueyes, azuzados por el esclavo, tomaron un paso bastante rápido, un pequeño galope que debía permitir al sacerdote alcanzar a los dos guardias del rey, antes de que Ata volviera a desaparecer entre las intricadísimas calles de la gran ciudad. La calle que flanqueaba el río se hallaba desierta, porque los egipcios tenían la costumbre de retirarse pronto a sus casas, gracias a lo cual el carro podía avanzar rápidamente, sin verse obligado a desviarse o detenerse. El esclavo, que iba a pie, azuzaba constantemente a los bueyes, obligándolos a mantener su galope. Pronto Her-Hor se encontró en el centro de la gran ciudad. El carro había dejado la inmensa avenida y trotaba entre dos hileras de casas de forma maciza, interrumpidas de cuando en cuando por templos maravillosos, que elevaban sus columnas a una altura extraordinaria. El carro recorría el barrio de Ambú, el de mayor categoría de Menfis, abundante en monumentos grandiosos y donde habitaba la gente adinerada de la capital egipcia.

—¿Dónde? —preguntó de pronto el esclavo, volviéndose a Her-Hor.

—Al templo de Ptah —respondió el viejo—. ¿Ves los dos guardias?

—No, gran sacerdote.

—Aguardaré en el templo a que vuelvan.

El carro reemprendió su marcha, luego se detuvo en una amplia plaza, en cuyo centro se alzaba un edificio colosal, ante cuya puerta sostenida por dos altísimas columnas había una esfinge con la cabeza del rey Menes, el fundador de aquella obra grandiosa que todos los extranjeros admiraban sorprendidos. Era el templo Ptah, el mayor y más célebre que tuvo Menfis. Apenas se hubo detenido el carro cuando de improviso aparecieron dos hombres atravesando la plaza a la carrera. El nubio sacó de su

cinturón una especie de hacha, pero las plumas de avestruz que ondeaban en la cabeza de los dos corredores hicieron que se detuviera enseguida.

—Son los guardias del rey —dijo al sacerdote.

En efecto eran los dos soldados que Her-Hor hiciera seguir los pasos de Ata.

—¿Lo habéis encontrado, Maneros? —preguntó Her-Hor cuando los dos guardias se hallaron cerca.

—Sí, —respondió el soldado que sudaba como si hubiera salido del agua.

—¿Dónde ha ido?

—Tú lo habías adivinado, gran sacerdote. Los viejos partidarios de Teti se preparan para derrocar al rey.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó el viejo interesadamente.

—He descubierto el lugar donde se reúnen.

—Sigue.

—Han forzado la entrada de la gran pirámide de Daschour y allí dentro se reúnen los rebeldes.

—¡En la pirámide! —exclamó Her-Hor.

—Sí, gran sacerdote.

—¡Han violado el sepulcro! ¡El castigo será terrible! ¿Son muchos?

—Así me lo parece y deben estar bien armados, porque hemos visto entrar en la pirámide a bastantes hombres cargados con armas. ¿Qué tenemos que hacer, gran sacerdote?

Her-Hor permaneció silencioso algunos instantes, luego dijo:

—¿Es mañana el día que se conducirá al dios Apis a abrevarse en el Nilo, no es verdad?

—Sí, gran sacerdote, —respondió Maneros.

—La ceremonia resultará más espléndida y grata a nuestras divinidades, si en la comitiva figuran varios carros llenos de manos amputadas. Haremos una gran ofrenda a las divinidades del Nilo y nos quedarán reconocidas. La barca de Osiris va

a remontarse en el cielo: los rebeldes deben dormir. Es el momento idóneo para sorprenderlos en sus cuevas y hacerlos inútiles para siempre. Pepi se desembarazara así de los últimos partidarios de su hermano y el pueblo en esta ocasión nada podrá objetar.

—Aguardo tus órdenes, gran sacerdote —dijo Maneros.

—Manda a tu compañero al palacio real, para que informe a Pepi de cuanto sucede. Recogerá a toda la guardia real y yo la guiaré sin dilación a la pirámide. Conviene que todo esté acabado antes de que aparezca el alba.

Se quitó un anillo del dedo y lo dio al compañero de Maneros.

—Con esto se te abrirán todas las puertas de palacio y el rey te recibirá enseguida. Vete y no pierdas tiempo.

El soldado partió veloz como una flecha, dirigiéndose hacia la pequeña colina sobre la que se alzaba majestuoso el impresionante palacio de los Faraones.

—A la pirámide —dijo después Her-Hor, dirigiéndose al nubio que aguardaba sus órdenes junto a los bueyes.

—¿Y yo? —preguntó Maneros.

—Me escoltarás ¿Conoces todos los pasadizos de la pirámide?

—Sí Her-Hor —respondió Maneros—. Fui yo quien cerró la última piedra, después de ser sepultada la princesa.

—¿Así pues guiar los guardias del rey, por los corredores de la *mastaba*?

—Conozco todas las *serdab* que conducen a la cripta central donde descansan, dentro de su sarcófago de basalto azul, los restos de la graciosa y suave Rodope.

—¿Cómo podremos sorprenderlos?

—Bajando desde las galerías superiores.

—Bien, vayamos. Pepi me estaré reconocido y tú tendrás mejor graduación, si conseguimos nuestro intento. Nunca ha corrido el trono de los Faraones un peligro tan grande y está en nuestras manos el salvarlo.

—Yo estoy dispuesto a morir por el rey.

—A la pirámide —dijo al nubio.

El carro se puso en marcha, a través de las desiertas calles de la inmensa ciudad, encaminándose hacia el sur, allí donde se elevaba la gigantesca necrópolis de Menfis, que ocupaba casi todo el extremo del delta con una extensión de muchas leguas, moviéndose hacia el altiplano formado por las últimas ondulaciones de la cadena libia y donde eran sepultados desde hacía millares de años los cadáveres. El carro, abandonando las últimas casas de la ciudad, se encontró en campo abierto. Entre las tinieblas se alzaban gigantescas pirámides y de entre ellas una, de desmesurada mole, elevaba su cima por encima de las palmeras. El nublo detuvo su carro mirando al sacerdote.

—¿Qué ves? —preguntó Her-Hor.

—Hay soldados —repuso el esclavo.

—No tengas miedo: no nos van a detener.

Algunos hombres que llevaban en la cabeza yelmos de cuero y cuyo pecho estaba defendido por una especie de coraza formada por fibras de papiro estrechamente entrelazadas, se pusieron delante con los arcos tendidos a punto de lanzar sus flechas.

Maneros se puso inmediatamente delante de los bueyes, diciendo:

—Dejad paso a Her-Hor, el gran sacerdote del templo de Ptah: órdenes del rey.

Los guerreros bajaron sus arcos y se pusieron de rodillas, abatiendo su frente hasta el suelo y el carro prosiguió, deteniéndose frente a la gran pirámide, donde reposaban los restos de la hermosa Rodope.

EL ASALTO A LA PIRAMIDE DE RODOPE

En la época que Menfis alcanzó su máximo esplendor se alzaban numerosas pirámides en sus alrededores, no menos gigantescas que las que subsisten hoy día y que constituyen en la actualidad motivo de admiración para los viajeros porque el primer cuidado del fundador de cada dinastía era la de prepararse un sepulcro, que sirviera de amparo a su alma y a la de sus descendientes. La construcción de la pirámide comenzaba inmediatamente después de su coronaci6n, evidentemente con no demasiada alegría por parte de sus súbditos, quienes se veían obligados a trabajar fatigosamente años y años, sin percibir estipendio alguno, puesto que los reyes se limitaban a alimentar a aquellos obreros desgraciados con nabos y legumbres, que pese a ello comportaba siempre un enorme gasto puesto que se trataba de dar de comer a millares y millares de bocas, durante bastantes lustros, sin interrupción. Se sabe, por ejemplo, que la construcción de la pirámide de Cheops, que es la mayor de las que subsisten, costó la bagatela de mil seiscientos *talen*tos más o menos, sólo en legumbres... Mientras el rey vivía no se interrumpía la obra, con lo que la pirámide seguía engrandeciéndose al añadirse sin cesar piedras enormes a su alrededor; debido a ello se hacían mayores, más y más, a medida que se prolongaba la vida del soberano. La de Cheops, por ejemplo, es la más colosal porque el rey que la hizo construir vivió cincuenta y seis años tras su subida al trono. Es una maravilla en su género; mide doscientos veintisiete metros de lado y tiene una altura de ciento treinta y siete, pero se cree que fue mucho mayor y más alta y que su cima fue destruida en parte juntamente con un buen trozo de su revestimiento exterior. Sea lo que fuere, causa una profunda impresión en el viajero debido a su masa enorme y a la grandiosidad de sus líneas y semejante efecto producen sus hermanas menores que se hallan a sus lados, las llamadas de Chefren y Mycerinos, a pesar de que sean bastante más pequeñas. Sin embargo fuera de la maravillosa impresión producida por su tamaño, las pirámides egipcias no tienen nada que pueda interesar al artista, puesto que son masas enormes totalmente lisas, sin ninguna escultura. Los egipcios no tenían intención ciertamente de hacer obras de arte, sino sólo de preparar al rey un refugio seguro, indestructible que pudiese desafiar a los siglos y donde la momia real pudiese descansar sin ser estorbada hasta el fin del mundo. En efecto las pirámides no son otra cosa que sepulcros particulares, semejantes a las *mastabas*, que se hacían construir los ricos egipcios, comenzadas y continuadas hasta su término según proporciones dignas de sus huéspedes. Como las *mastabas*, esconden dentro de sus colosales flancos *serdab*, o sea tortuosos pasadizos, y en su centro se halla la cripta, el lugar destinado a recibir el cuerpo del rey. Esa cripta que se encuentra precisamente en el corazón de la pirámide, no era otra cosa que una pequeña celda tenebrosa, cubierta por una pequeña cubeta de granito rosado, destinada a impedir la caída de la enorme masa de piedras que debía ejercer una presión enorme. Para subsanar el peligro de un hundimiento, los arquitectos egipcios tenían la precaución de construir por encima de la cripta cinco cámaras de descarga, sobrepuestas una a otra, la más alta de las cuales se encontraba apoyada sobre una especie de techa formado por dos bloques inclinados que repartían y aguantaban la presión ejercida por aquella inmensa hilera de piedras. Cámaras sin duda maravillosas, construidas con una solidez a toda prueba, que no cedieron ni un solo centímetro durante millares

y millares de siglos y que constituyen el lado verdaderamente extraordinario de la construcción de las pirámides.

En estas obras es donde se revela más brillante el genio de los arquitectos egipcios de hace seis mil o siete mil años, en cuanto al esfuerzo sobrehumano allí exigido, sin conocimientos científicos tan adelantados y carente probablemente de maquinaria, no podría ser repetido por nuestros actuales ingenieros, a pesar de los poderosos medios con que contarían a su disposición.

Lo que causa mayor admiración es el hecho de que las pirámides más antiguas, construidas durante las primeras dinastías, sean las que mejor han resistido al tiempo. Parece que los arquitectos de hace siete mil años poco más o menos fueran menores que los que vivieron bajo las últimas dinastías. En efecto, las primeras están todavía allí, majestuosas en las márgenes del desierto, irguiendo orgullosamente sus vértices, desafiando a los siglos con su formidable impasibilidad, conservando todavía en sus flancos monstruosos las momias de los reyes que las construyeron, como un reto a la eternidad. Son los monumentos más antiguos del mundo y probablemente serán también los últimos en desaparecer.

Cuando nuestro globo se vaya enfriando y gire vacío y despoblado; cuando la última familia humana haya desaparecido y el tiempo haya reducido a polvo las obras modernas, tal vez la pirámide que guarda la momia de Cheops subsista todavía durante algún tiempo, última muestra de la destrucción de un mundo, y tal vez incluso, en el fondo de algún sepulcro incontaminado, una momia prosiga su sueño secular, teniendo a su alrededor los objetos más caros que compartieron su existencia, mientras que nosotros, los modernos, no seremos más que polvo. Puede darse también que aquella momia, después de ser la de uno de los primeros hombres que hiciera surgir el amanecer de la civilización nuestra, sea quizá también el último que, sobre la tierra desierta y muerta, proclame que el ser humano ha vivido en nuestro globo... La pirámide de Rodope, en cayo interior se habían refugiado los partidarios de Teti, no tenía las dimensiones de la de Cheops, aunque estuviese incluida entre las mayores de la inmensa necrópolis de Menfis y en aquel tiempo se hallaba todavía intacta, no habiendo servido todavía sus materiales en la construcción de Tebas. Al igual que las demás, tenía inmensas cámaras vacías, corredores y en el centro la cripta, donde dormía ya desde hacía siglos el cuerpo de la hermosa reina, dentro de un maravilloso sarcófago de basalto azul, cerrado por una gran masa de granito, duro como para desafiar a la piqueta, ya que los egipcios tenían un cuidado extremo por hacer inviolables los sepulcros de sus reyes y de sus reinas.

Her-Hor después de haberse hecho bajar por el esclavo nubio, avanzó lentamente hacia la pirámide, apoyándose en el brazo de Maneros, observando atentamente el colosal monumento cuyo vértice se perdía entre las tinieblas.

—¿Dónde se encuentra la piedra de clausura? —preguntó a Maneros.

—Encima del vigésimo-séptimo escalón —dijo el guardia.

—¿Crees que hayan entrado por allí?

—Es imposible, gran sacerdote. Para cerrar la *serdab*, después que fue sepultado aquí el último vástago de la dinastía anterior, se necesitó una lápida tan enorme y de piedra tan compacta que ningún ser humano podría haber dañado, ni movido. Los rebeldes no deben haber podido entrar por ese lado en la pirámide.

—Entonces, ¿es que hay otro paso?

—Sí, por encima del escalón cuarenta, tanto a levante como a poniente existen dos galerías que van a parar a una de las cinco estancias de descarga. Vayamos a ver si las lápidas que las cierran han sido movidas.

—¿Cuántos soldados quieres?

—Los pasadizos son estrechos hasta la cámara —dijo Maneros—. Me bastarían dos docenas, por ahora: otros cincuenta que se queden fuera sobre el escalón, dispuestos a acudir a la primera llamada. El resto que rodeen la pirámide, puesto que puede haber otro paso desconocido para mí. Tú sabes, gran sacerdote, cómo están construidas nuestras pirámides y cuán difícil resulta caminar a través de las *serdab*.

Her-Hor se dirigió al esclavo nubio que estaba junto a él, en espera de sus órdenes y le susurró algunas palabras.

Poco después dos grupos de arqueros, provistos de antorchas y cargados con gruesos haces de leña verde, llegaban ante la pirámide, mientras que algunos otros, mucho más numerosos, avanzaban en silencio desplegándose en torno al gigantesco monumento.

—Obedeced a este hombre —dijo el sacerdote a los arqueros, señalándoles a Maneros—. Sólo él conoce la entrada.

—Adelante —dijo el guardia del rey, desnudando su larga espada.

Se pusieron a subir los peldaños de la pirámide hasta que llegaron al cuadragésimo, seguidos por los demás, que habían ya encendido las antorchas. Como ya habla previsto, la piedra que cerraba una de las dos galeńas que se abrían una delante y la otra detrás de la pirámide, orientadas exactamente de levante a poniente y que daban entrada a las cámaras de descarga, había sido movida.

—Han entrado por aquí —dijo Maneros, volviéndose hacia los arqueros—. Ahora lo difícil será descubrirlos; ¿estarán en las cámaras, en los poros o en la cripta?

Realmente la empresa no era fácil, porque los constructores de las pirámides excavaban en el interior de aquellas masas enormes de piedra un extraordinario

número de galerías y de pozos para hacer perder la pista a los futuros violadores y originar un error sobre el verdadero emplazamiento de la momia y lo consiguieron porque, cuando la invasión árabe de Egipto, perdieron inútilmente el tiempo los musulmanes al intentar descubrirlo, aunque el califa Amron hiciera excavar bastantes corredores dentro de aquellos gigantescos sepulcros. Habla pasadizos que no tenían ninguna salida; pozos que no servían para otra cosa que para despistar la búsqueda de los violadores; galerías que subían y bajaban con grandes ángulos y que conducían siempre al mismo sitio de partida; habitaciones subterráneas excavadas a muchos metros por debajo del nivel de la pirámide y escalinatas que no conducían a ninguna parte. En suma un verdadero laberinto que no dejaba ninguna esperanza a los violadores de conseguir la famosa cripta donde reposaba imperturbable la momia real.

Maneros, ayudado por los arqueros, movió la enorme lápida de granito rosado que sirviera para cerrar el pasadizo, cogió una antorcha y penetró resueltamente en la *serdab* que descendía hacia el centro de la pirámide. Los demás lo siguieron con las dagas desenvainadas, ya que no podían utilizar los arcos, por lo menos de momento. Una sandalia de paja, abandonada en medio de la galería y que conservaba todavía cierta humedad, los persuadió de que se hallaban sobre la buena pista. Los rebeldes debían haber pasado por allí y alguno se habla desembarazado de aquella especie de suela, cuyas cintas por alguna razón se habían roto. La *serdab* continuaba descendiendo, pero no demasiado rápidamente. Era un corredor bastante alto, de modo que un hombre podía pasar de pie y tenía metro y medio de ancho; probablemente debía conducir al pozo central, desde donde el sarcófago de la hermosa reina había sido hecho resbalar hasta el interior de la misteriosa cripta, perdida quién sabe dónde entre aquel montón de piedras, que Nitokris había hecho acumular para que su belleza pudiese reposar tranquila a través de los siglos.

El grupo, que se había pertrechado de antorchas, avanzó con precaución, deteniéndose de cuando en cuando para escuchar, hasta que se encontró ante una especie de pozo bastante ancho, dotado de una escalinata que descendía en forma de espiral y que presumiblemente terminaría en una de las cinco cámaras de descarga, tal vez la superior.

—Silencio —dijo Maneros, dirigiéndose a los demás.

Se inclinó en la boca del pozo, cuyo fondo no era visible y escuchó atentamente.

Un débil rumor, que parecía producido por el susurro de algún gigantesco animal llegó a sus oídos.

—Los rebeldes están debajo de nosotros —dijo en voz baja—. Han ocupado las cámaras de descarga y duermen tranquilos, seguros de no ser estorbados. Con toda probabilidad no imaginan que van a ser sorprendidos.

Se volvió hacia los arqueros:

—Encended un haz de leña, arrojadlo al pozo y que vaya uno a ver si el humo sale por detrás de la pirámide. Supongo que también la otra galería ha sido forzada para asegurarse una salida rápida.

Un arquero prendió fuego a un haz y lo dejó caer en el pozo, mientras que otro se alejaba corriendo.

—Preparad los arcos —siguió Maneros—. Si aparecen los rebeldes no escatiméis las flechas.

Durante unos instantes, una espesa columna de humo se elevó del pozo, en cuyo fondo ardía el haz, lanzando en torno a sí altas lenguas de fuego que tenían un refulgir de sangre. No cabe dada de que alguna materia muy inflamable debía estar mezclada entre la leña que formaba el haz, a juzgar por la violencia de las llamas y de la intensa luz que proyectaba sobre las paredes. Aquella nubecilla tuvo sin embargo muy corta duración. Bajó rápidamente de intensidad, luego desapareció por completo como si hubiese desaparecido.

—Invade las cámaras de descarga —dijo Maneros con feroz sonrisa—. Se ve que los rebeldes han forzado también la *serdab* que desemboca hacia poniente, en la pirámide.

Un griterío inmenso, que parecía escapar de centenares de centenares de gargantas, tronó en medio de la pirámide, seguido por un tumulto terrible.

—¡Fuego! ¡Fuego!

Aquellas voces resonaban por arriba y por abajo, propagándose a través de las misteriosas galerías que subían y bajaban en el interior de los flancos del colosal monumento.

—¡Allí, haces! —ordenó Maneros.

Una veintena de haces fueron arrojados al poso, levantando tales llamaradas que obligaron a los arqueros a retroceder rápidamente.

—Ya está cerrado el pasaje —dijo Maneros. Ahora podemos ir a esperar a los rebeldes a la salida de la segunda galería. Es imposible que puedan resistir, tanto más cuanto no es posible que puedan bajar hasta la cripta de Rodope, que está cerrada por una lápida de piedra imposible de mover.

El grupo, con la seguridad de que ninguno de los rebeldes habría podido pasar a través del fuego que avanzaba como un pequeño volcán dentro del pozo, alargando sus lenguas hasta el margen superior, reemprendió apresuradamente el camino de regreso, a fin de escapar de las nubes de humo que invadían ya la *serdab*.

Junto a la abertura, Maneros comprobó que la pirámide había sido rodeada por completo por las tropas reales, que formaban un inmenso rectángulo, con líneas bastante espesas.

—Están perdidos —dijo—. Mi ascenso está asegurado.

—Los tenemos a todos —les dijo—. El rey estará satisfecho de nuestra escaramuza.

—¿Estás seguro que están ahí adentro? —preguntó el gran sacerdote.

—Hemos oído sus gritos. Sube al carro y ven a presenciar su rendición.

El nubio cogió a Her-Hor y lo subió al vehículo; a continuaci6n guió los bueyes hacia la parte opuesta de la pirámide, donde Maneros suponía existía el segundo pasadizo, atravesando las líneas de los arqueros que ya tendían sus arcos. El guardia no se habla engañado. Por encima del cuadragésimo escalón de la fachada posterior del inmenso sepulcro, surgía un hilo de humo perfectamente visible, mientras que en el cielo apare cían los primeros resplandores de la aurora.

—¿Lo ves? —preguntó Her-Hor, indicándoselo.

—Sí —respondió el sacerdote—. Haz venir aquí a los escribas, los verdugos y los carros. Dentro de media hora Pepi podrá contemplar las manos de los viejos partidarios de su hermano.

Cuatro jóvenes, casi completamente desnudos, ya que no llevaban más que una corta falda en torno a sus cinturas, sosteniendo unos rollos de papiro y pluma se adelantaron sentándose junto a Her-Hor. Eran cuatro escribas, personajes muy importantes y bastante apreciados en la corte de los Faraones, porque estaban encargados de registrar todos los hechos importantes que ocurrieran, de escribir la necrología de los grandes señores y de las publicaciones literarias, por que en aquella lejana época tampoco faltaban los escritores. Sacaron los rollos que llevaban en su cintura y los extendieron, disponiéndose a escribir. Eran los famosos papiros, que servían de papel a los antiguos egipcios; cortados en estrechas tiras de diez a doce pies de largo, encolados en capas y dispuestos en ángulo recto mediante una combinación a base de goma arábiga. Detrás de ellos aparecieron enseguida dos esclavos nubios, de atlética figura, que tenían en sus manos dagas de bronce muy afiladas, con la hoja muy ancha y bastante pesada en su parte superior: eran los verdugos reales. Her-Hor tenía su mirada fija en la nubecilla de humo que salía a bocanadas por encima del escalón número cuarenta. Una alegría siniestra animaba su rostro apergaminado.

De pronto lanzó un grito:

—¡Tended los arcos!

Un hombre había aparecido a través del humo saltando, con un enorme impulso, sobre el escalón. Había salido de la galería de poniente y se detuvo de pronto con un gesto de rabia, mientras los arqueros que rodeaban la pirámide alzaron sus arcos dispuestos a asaetearlo.

Her-Hor, ayudado por el nubio, se puso en pie gritando:

—Ríndete o te hago matar. La justicia del rey te ha cogido, pero Pepi es clemente incluso para con los rebeldes que atacan su podar. ¡Baja!

Tras aquel primer hombre aparecieron muchos otros, desparramándose hacia los peldaños superiores, que en breve estuvieron todos ocupados.

Los rebeldes, sorprendidos por el humo que había invadido por completo las amplias estancias de descarga y también las *serdab*, e impotentes para desafiar el fuego que ardía en el pozo, para escapar a la asfixia hablan huido por la abertura de poniente, reagrupándose en los peldaños de la gigantesca pirámide. Puesto que habían quedado inmóviles, como pegados a la pared, Her-Hor repitió:

—Rendíos o los guardias del rey se lanzarán al asalto de la pirámide.

Un grito hendió el espacio:

—Ataquemos: es mejor la muerte con las armas en la mano.

Fue Ata quien gritó.

Rápidamente aquellos siete u ochocientos hombres que hablan salido de las entrañas del inmenso sepulcro se desparramaron por los escalones como un alud impresionante. Se hallaban armados de dagas, de hachas de hoja ancha y de largos puñales. Los guardias del rey, tres o cuatro veces superiores en número y protegidos con grandes escudos, se agruparon rápidamente en el lado de poniente de la pirámide, apretando sus filas y lanzando nubes de dardos. Algunos rebeldes, atravesados por las flechas, se estremecían de cuando en cuando en los peldaños y caían rodando como cuerpos inertes, dando vueltas por los lados de la pirámide; otros, guiados por Ata, que parecía un león hambriento, continuaban su furioso descenso, gritando ferozmente y agitando locamente las dagas y las hachas de guerra. Aquella carrera duró apenas medio minuto. Los dardos de los guardias del rey no consiguieron detener aquella avalancha humana, que llegó prontamente a la base de la pirámide lanzándose contra los súbditos del usurpador con ímpetu desesperado. Los partidarios de Teti eran casi todos viejos, pero expertos en el manejo de las armas, por haber participado en la larga y terrible campaña emprendida contra las tropas de los caldeos, por lo que podían constituir un evidente peligro para la guardia real, pese a que ésta fuera más numerosa. El choque fue terrible. Ata, que guiaba a los viejos amigos de Teti, con un ímpetu irresistible se lanzó a través de la primera fila

intentando abrirse paso a viva fuerza. Desgraciadamente nuevas tropas, que hasta entonces hablan permanecido ocultas en medio de las palmeras, acudieron en ayuda de aquellas que hablan rodeado la pirámide, reforzando sus líneas. Eran millares de guerreros que calan sobre los rebeldes, montando carros de batalla tirados por briosos caballos que se lanzaban en medio de las filas ya desorganizadas de los combatientes. Fue cosa de unos minutos. El número habla vencido al valor desesperado de los partidarios de Teti. La derrota era completa.

Her-Hor que habla presenciado impasible la batalla, estando encorvado en su carro, cuando vio desarmados a los rebeldes y apresados por las tropas reales, dijo:

—Que avance el jefe de estos miserables.

Ata que tenia brazos y *kalasiris* ensangrentados, por haberse batido ferozmente, dio unos pasos adelante lanzando sobre el sacerdote una mirada llena de desprecio.

—Soy yo el jefe —le dijo—. ¿Quieres mi vida? Quítamela, alguien ya me vengará y antes de lo que tú crees. El reino de Pepi, el usurpador va a caer para siempre.

Her-Hor fijó sus ojos en el valeroso egipcio, exclamando:

—Yo te conozco.

—Es posible —respondió Ata.

—Te he visto en la isla de las sombras.

—¡Ah! ¿Estabas allí tú también?

—¿Dónde está Nefer? —gritó el viejo rechinando los dientes.

—Búscala.

—¿Y Ounis?

—¿Quién sabe?

—¿Y Mirinri?

—¿Qué sé yo?

—Estaban contigo.

—Los he perdido por el camino —dijo Ata, hablando con acento de burla—. Si quieres encontrarlos búscalos a lo largo del Nilo. Pero te advierto, que el río es largo y que sus fuentes están escondidas en el reino de Ra y Osiris.

—¡Te burlas de mí! —gritó Her-Hor.

—¿Quieres mi vida? Quítamela, ya te lo he dicho. Ounis y Mirinri me vengarán.

—¡Ounis! —rugió el gran sacerdote, con un inequívoco acento de odio—. Lo quiero en mis manos, ¿me comprendes? ¡Más a él que a Mirinri!

—¿Por qué?

—Porque él es un enemigo más terrible. Sólo yo sé quién se esconde bajo ese nombre.

—Ve a cogerlo, pues.

—¿Dónde los has dejado?

—Ya te lo he dicho, viejo: en el Nilo.

—¿O tal vez están aquí?

—Sólo ellos pueden decírtelo. Ve a preguntarles.

—¿No temes la cólera del rey?

—Yo sólo he conocido a un gran rey: el gran Teti y nada tengo que temer de él, porque era amigo mío.

—¡Pasa, pues! —gritó Her-Hor furioso.

—¡Ah! Los verdugos del rey —dijo Ata—. Ya sé la suerte que me espera. ¡Aquí están mis manos!

Avanzó tranquilamente en medio de las hileras de soldados y ofreció sus brazas al primer verdugo, que le aguardaba con la daga en alto:

—Corta —dijo—. El alma del viejo guerrero no morirá por esto.

Por dos veces brilló la hoja y las dos manos del desgraciado cayeron al suelo, sin que se oyera ni un lamento.

—Dáselas al usurpador —dijo el valiente egipcio, salpicando con su sangre el rostro del gran sacerdote—. Ounis y Mirinri un día te harán pagar cara esta mutilación.

Un ayudante del verdugo lo había agarrado enseguida, sumergiendo rápidamente sus sanguinolentos muñones en un recipiente de aceite caliente, a fin de restañar la hemorragia.

—Adelante con los otros —dijo Her-Hor.

Seiscientos partidarios de Teti desolaron ante su carro y mil doscientas manos cayeron cortadas.

Media hora después sesenta carros de batalla abandonaban los alrededores de la pirámide, transportando a la corte aquellos sanguinarios trofeos.

EL DIOS APIS

Al día siguiente de la visita de Ata, Ounis, Mirinri y la muchacha, cogiendo cada uno un instrumento musical para fingirse músicos ambulantes, dejaban la casita hacia el mediodía, para dirigirse a la cita. puesto que tenían que atravesar la gran ciudad, que se extendía muchas leguas a lo largo de las orillas del Nilo, Se pusieron en camino con tiempo suficiente, contando con llegar a las proximidades de la pirámide no mucho antes del anochecer. Salidos del barrio de los extranjeros, se habían metido en calles tortuosas que conducían al centro de la ciudad, flanqueadas al principio por miserables casuchas, formadas por cuatro paredes de tierra batida, con una o dos habitaciones destinadas a guardar las provisiones y un pequeño patio que albergaba el lecho y la cocina, ya que los pobres solían dormir a cielo abierto; más tarde aparecieron palacios de aspecto severo y líneas muy sencillas. Los antiguos arquitectos egipcios no empleaban demasiada fantasía en las construcciones de los palacios, ni se preocupaban por darles una robusta solidez, como lo demuestra el hecho de que ni una sala de aquellas estancias, destinadas a los ricos y a los grandes del reino ha podido subsistir hasta nuestros días. Lo que los egipcios querían eternizar eran los templos y los sepulcros; los primeros porque constituían casi fórmulas mágicas o acciones de perpetua adoración, gracias a las cuales propiciaban al dios; las segundas porque protegían a las momias y a las imágenes de los muertos, que eran el refugio de las almas sobre la tierra y porque su mudo huésped no podía perecer mientras subsistieran sus restos inviolados en las profundidades del sepulcro. Si bien no daban validez a sus palacios, sí les conferían una elegancia, con hermosísimos peristilos formados por delicadas columnas de madera que se elevaban hasta la techumbre; decoraban los techos con dibujos complicados, incrustaban en las paredes de los salones malaquita y lapislázuli y adornaban a esos mismos palacios con terrazas y patios de pomposos mosaicos, sombreados por inmensos tenderetes y refrigerados con surtidores arrulladores. Mirinri, que nunca había visto nada igual en el desierto donde se había criado, miraba con creciente admiración el esplendor y la grandiosidad de los templos, la altura de los obeliscos brillantes por sus dorados, las inacabables hileras de los palacios, y la amplitud de las plazas donde se erguían colosales esfinges cuyas cabezas recordaban a los gloriosos reyes de las primeras dinastías.

—¿Qué es lo que piensas de tu capital? —le preguntó Ounis, que no parecía admirarse por nada, como si Menfis le fuese familiar.

—Mi capital —respondió Mirinri—. No lo es todavía.

—Mañana tú serás rey y el usurpador ya no se sentará en el trono que te ha robado. Cuando los partidarios de tu padre irrumpan como una avalancha irresistible, a través de la ciudad proclamando rey al hijo de Teti el Grande, el pueblo hará en seguida causa común con ellos. Este pueblo no puede haber olvidado a aquel que salvó a Egipto de las invasiones caldeas.

—Yo estoy dispuesto a guiar a los viejos amigos de mi padre —dijo Mirinri—. Ni siquiera me detendrá la muerte. ¿Está lejos la pirámide todavía?

—He bailado la danza fúnebre en torno a ella muchas veces. La bella Rodope amaba la música y la danza, y anualmente las muchachas más hermosas de Menfis van a alegrar a su momia.

—¡Rodope! ¿Quién era Rodope? —preguntó Mirinri—. ¿Una reina tal vez?

—Una pobre a la que Mekenri alzó a los honores del trono y que el pueblo adoró como una divinidad, por sus mejillas color de rosa, que estaba destinada a subir muy alto.

—¿Por qué? —preguntó Mirinri.

—Se cuenta que cierto día en que la muchacha estaba bañándose en el río, un águila se lanzó sobre una de sus sandalias que había puesto sobre la orilla del Nilo y la llevó hacia Menfis, dejándola caer a los pies del rey, que estaba sentado al aire libre. Sorprendido y maravillado por lo increíble del hecho y por la pequeñez de aquella sandalia, dio orden de que buscasen a su propietaria por todo el reino, imaginando que solo podía pertenecer a alguna bellísima muchacha. La encontraron: era Nitagrit. El rey se prendó enseguida de ella y la desposó, poniéndole el nombre más armonioso de Rodope y...

El lejano redoble de tambores interrumpió bruscamente a Nefer, seguido por una vivísima animación por parte de la gente que abarrotaba la calle. Hombres y mujeres habían apretado el paso, poniéndose incluso algunos a correr velozmente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Mirinri a Nefer y a Ounis.

—Alguna ceremonia religiosa —respondió la primera.

—Es posible —dijo el anciano—. Me parece que no nos encontramos lejos del templo de la esfinge.

—No te engañas —corroboró Nefer—. Esta es la amplia plaza sobre la que se levanta el antiguo templo del que se envanece el reino.

—Vayamos a ver —dijo Mirinri—. Conviene que conozca las ceremonias religiosas de mi pueblo.

Apretaron el paso mientras el ruido de los tambores se hacía cada vez más sonoro, acompañado por el penetrante sonido de las trompetas, de los cuernos y de las flautas. La multitud apresuraba su carrera, aunque en su mayoría fueran mujeres, puesto que los hombres ordinariamente se quedaban en casa haciendo las tareas domésticas. Muy pronto Mirinri, Ounis y Nefer se encontraron sobre una inmensa

plaza, ya repleta de gente, en cuyo centro se levantaba un inmenso templo. Era el famoso de la esfinge, uno de los más célebres de Menfis y también el único que ha escapado en parte a la formidable invasión de las arenas del desierto libio, que hizo desaparecer casi todo rastro de la inmensa metrópoli egipcia. Aquel era el monumento más antiguo del mundo, y por la sencillez de su arquitectura constituía el vínculo de unión entre las construcciones megalíticas y la arquitectura propiamente dicha.

Por una inscripción que data del reinado de Cheops, encontrada en su fachada hace algunos años por el egiptólogo Mariette, que lo desenterró de las arenas que lo cubrían, parece que había estado en tiempo más antiguo sepultado por oleadas de arena que el viento arrastraba a través del Nilo. Se atribuía, al igual que la gigantesca esfinge hallada en su interior, a los Schesou-Hor, o sea a los ascendientes de los Faraones, pueblo misteriosamente desaparecido y que sin embargo fundó la primera civilización en el valle del río gigante. Ese templo ocupaba un área enorme y podía encerrar entre sus muros, formados por gruesos bloques de piedra calcárea, a millares y millares de personas, quienes podían pasear libremente entre las innúmeras columnas cuadradas, formadas por masas enormes de granito y de alabastro superpuesto, sosteniendo la plataforma horizontal y la techumbre de las salas. En el momento en que Mirinri y sus compañeros llegaban a la plaza, un gran número de músicos, de ambos sexos, salía de la inmensa puerta, haciendo retumbar las trompetas de bronce, las flautas dobles y sencillas, las arpas, las liras, y agitando furiosamente los sistros sagrados, los *sekhem* y los *sesbesk* de bronce y porcelana. Nefer se había puesto muy pálida.

—¡Acompañan al dios Apis para que abreve en el Nilo! —exclamó refugiándose en Mirinri.

—En un toro, ¿no es cierto? —preguntó el joven.

—Sí.

—Veámoslo.

—Tengo miedo.

—¿De qué, Nefer?

—Mi profecía.

Mirinri se encogió de hombros.

—Sueñas con demasiada frecuencia —respondió con una sonrisa.

—¿Y si fuese...?

—¿Qué?

Nefer no siguió; miraba a Mirinri con suprema ansiedad, pero ya el joven Hijo del Sol había puesto su atención en el cortejo que salía del templo. Tras los músicos, que avanzaban entre un ruido ensordecedor, habían penetrado en la plaza, formando largas hileras, nubes de danzarinas vestidas lujosamente, con brazos y piernas adornados con riquísimas joyas. Eran las sacerdotisas del templo encargadas de hacer más atrayentes las ceremonias religiosas, ya que los egipcios gustaban de despilfarrar en sus templos un lujo enorme. Bastantes centenares de tañedoras y danzarinas habían desfilado entre la muchedumbre que abarrotaba la inmensa plaza, cuando salió de la puerta del templo, escoltado por dos escuadrones de guardias reales y por numerosos sacerdotes un hermosísimo toro completamente negro que llevaba sobre su cuerpo extravagantes jeroglíficos con los cuernos dorados. Era el famoso dios Apis, a quien estaba dedicado el templo de la Esfinge y al que todo Egipto adoraba como una emanación de Osiris y de Ptah. Por lo general era un animal joven escogido con gran cuidado por los sacerdotes, porque debía tener en su dorso determinados signos especiales, para dar a conocer a su origen divino: o sea el pelo negro, con una señal blanca en su frente en forma de triángulo, una mancha oscura a lo largo de su columna vertebral que debía representar a un águila, otra bajo la lengua que debía figurar un escarabajo y los pelos de la cola dobles. Estos signos particulares del cuerpo del toro eran cuidadosamente destacados por los sacerdotes, quienes se contentaban sin embargo con una leve predisposición de los mechones de pelo para indicar las figuras necesarias, pero tan a la ligera como las estrellas del cielo dibujan una osa, la lira, el centauro y cosas parecidas. La veneración que sentían los egipcios por aquel afortunado animal era igual a la que tienen en la actualidad los siameses por su elefante blanco y cuando el toro moría, se consideraba luto para todo Egipto. Pero no se le dejaba pasar de los veinticinco años y, aunque su muerte pudiese parecer dolorosa, los sacerdotes no dudaban en ahogarlo en una fuente que estaba consagrada a Osiris. Entonces se le equiparaba al dios del tétrico valle y su momia adoptaba el nombre de Osiris-Apis; luego su cuerpo, cuidadosamente embalsamado y aromatizado, era sepultado con grandes honores en un sepulcro al lado de sus predecesores.

La multitud de pronto se echó a tierra, golpeando su frente sobre las piedras de la plaza, mientras que el toro que parecía aturdido por el ruido ensordecedor que producían todos aquellos instrumentos musicales, mugía sordamente intentando emprender la huida. Lo seguían veinte carros de batalla, montados cada uno por dos personas; un auriga y un gran dignatario, que permanecía erguido, apoyándose en una larga lanza. Aquellos carros constituían la caballería egipcia, porque, según ya se ha dicho, los guerreros faraónicos no habían aprendido el arte de la equitación. Se componían de un gran canasto, que llevaba a ambos lados un astillero para armas y carcaj con centenares de flechas dispuesto todo ello sobre un eje para dos ruedas, adornado al igual que el carro con láminas de metal pintado con brillantes colores. Cada uno era arrastrado por dos vigorosos caballos, enjaezados con almohadillas de variados colores y llevando en la cabeza grandes cimeras de plumas. El efecto que producían esos carros, lanzados a la carrera desenfrenada a través de los campos de

batalla, era muy pintoresco. También los reyes combatían desde lo alto de aquellos carros, guiando siempre la carga en el momento supremo de la lucha.

Apenas habían desfilado ante la muchedumbre, cuando ésta, que tras el paso del toro se había puesto en pie, volvió a arrojarse precipitadamente al suelo. En el umbral del templo apareció un espléndido palanquín, todo él brillante de oro, sostenido por cuatro esclavos etíopes de elevada estatura, semidesnudos y con brazos y piernas adornados con brazaletes de precioso metal. Muellemente recostada sobre un largo cojín de lino azul, festoneado de esmeraldas y rubíes y semicubierta por un inmenso abanico de plumas de avestruz de mango muy largo que una joven etíope movía, se hallaba una hermosísima muchacha, que lucía largos collares de piedras preciosas en su cuello y anchos brazaletes de oro en sus muñecas; sobre la cabeza llevaba una extraña diadema formada por laminillas de oro y delante un gavilán, el símbolo de derecho sobre la vida y la muerte.

Tenía la piel blanquísima, los ojos hermosísimos, con la pupila de terciopelo, con una expresión imperiosa y dulce al mismo tiempo: los labios rojos como el coral y los cabellos de azabache, recogidos en un sinnúmero de tirabuzones que escapaban de la diadema de oro, esparciéndose por su espalda.

Apenas había puesto Mirinri los ojos sobre la muchacha, cuando un grito insostenible se le escapó de los labios:

—¡Mi Faraona!

Luego, antes de que Ounis hubiese podido pensar ni en detenerlo con una fuerza terrible echó por tierra a las personas que estaban delante suyo, así como la doble fila de arqueros, y se arrodilló ante la litera gritando con los brazos abiertos:

—¿Me reconoces? ¡Yo estreché entre mis brazos tu divino cuerpo!

La multitud y la misma guardia que seguía el cortejo, atónitos por aquella acción, permanecieron quietos y mudos, durante unos instantes: tampoco la joven Faraona, que al oír aquel grito se había alzado, mirando con profunda sorpresa al joven, pronunció palabra alguna.

De pronto, pueblo y guardias se lanzaron tumultuosamente sobre el atrevido con las dagas, las hachas de guerra y las mazas con intención de abatirlo.

Una orden imperiosa de la joven Faraona los detuvo:

—¡Quietos!

Mirinri no se había movido. Permanecía de rodillas ante el palanquín dorado, con los brazos extendidos, como en adoración, y los ojos fijos en la hermosísima hija del todo poderoso rey.

—¿Me reconoces? —repitió.

La Faraona hizo con su cabeza un ligero gesto afirmativo, mientras que sus mejillas enrojecían. Las armas habían bajado pero los arqueros formaron en torno a Mirinri y en torno a Nefer, que había avanzado valientemente hacia adelante, un doble círculo para impedirles escapar; parecía que solo aguardaban una señal para despedazarlos.

—Seguidme al palacio real —dijo por último la Faraona—. Nitokri reconoce en ti al valiente que un día me salvó de las fauces de un cocodrilo a orillas del Alto Nilo.

Mirinri lanzó un grito de alegría, al que hizo eco otro de dolor; el gemido de Nefer. El cortejo reemprendió su marcha, Mirinri pasó detrás del magnífico palanquín junto con Nefer, custodiado de muy cerca por una docena de guardias reales que lo miraban con poco agrado, en tanto que Ounis, lamentándose, se alejaba. Junto a un inmensa avenida el cortejo se dividió; el del buey Apis prosiguió hacia el Nilo, mientras que el de la joven Faraona, compuesto exclusivamente por algunos dignatarios montados en sus carros de batalla y por la guardia real, remontaba la calle hacia la parte oriental de la ciudad. Nitokri, la hermosísima hija de Pepi, volvió a acomodarse en el mismo cojín, mientras que la esclava etíope que caminaba junto a la litera, seguía refrescándola con el riquísimo abanico de las largas y coloreadas plumas, fijas en una gran placa de oro en forma semicircular. Parecía que ya no se ocupaba de Mirinri, pero en realidad, de cuando en cuando volvía lentamente la cabeza hacia atrás, alzaba dulcemente sus hermosos párpados y sus pupilas profundas y aterciopeladas se posaban, con la rapidez del rayo, sobre su salvador admirando tal vez la perfección de sus rasgos y su talla elegante y vigorosa al mismo tiempo y lo mismo con la hermosa Nefer que la seguía silenciosa con los ojos húmedos. Ciertamente sabía quién era el joven que la salvó de una muerte segura; tampoco ignoraba que por sus venas corría la misma sangre; que eran ambos de ascendencia divina y ambos Hijos del Sol.

El cortejo tras recorrer una amplia avenida sombreada por una doble hilera de espléndidas palmeras con enormes hojas, avanzó por un paseo de suave pendiente, flanqueado por soberbios jardines, en donde se alzaban gigantescos sicomoros que proporcionaban un delicioso frescor.

Después de cinco minutos, la litera y el cortejo llegaron ante la soberbia mansión de los poderosos Faraones.

Mirinri se había quedado quieto contemplando el imponente palacio en el que había nacido y donde reinara su padre, cuando se sintió improvisadamente tendido en el suelo. Siete u ocho guardias se habían arrojado sobre él y, tras echarlo a tierra, lo ataron y amordazaron antes de que pudiera oponer cualquier resistencia.

La Faraona y Nefer dijeron a la vez:

—¡No lo matéis! Es un Hijo del Sol.

Una voz que hizo estremecer a Nefer, se alzó de entre los guardias:

—Todavía no: más tarde.

—¡Her-Hor! —gritó la muchacha.

Miró a Mirinri, que no daba señales de vida, como si sobre la mordaza hubiesen puesto algún narcótico, luego se desplomó sin sentido entre los brazos de un guardián.

EN LOS SUBTERRANEOS DEL PALACIO REAL

Cuando Mirinri pudo reabrir sus ojos, en lugar del soberbio palacio de los Faraones egipcios, se encontró sumido en profundas tinieblas.

La espléndida visión había desaparecido juntamente con la dorada litera de la muchacha a la que había salvado, con el sol resplandeciente de la inmensa avenida y las luces que lo habían deslumbrado.

Por un momento se creyó ciego. ¿Por qué sus enemigos no podían haber aprovechado su imprevisto desvanecimiento para vaciarle los ojos con una bola al rojo vivo? Ounis le había explicado, más de una vez, castigos semejantes. No habría sido pues nada extraordinario que lo hicieran.

Aquel terrible pensamiento que le sobresaltó, pasó pronto, porque no sentía ningún dolor y sus párpados se levantaban y bajaban sin dificultad alguna.

"Quizá sea noche profunda" se dijo finalmente. "¿Pero dónde estoy? ¿En un sepulcro o en un subterráneo del palacio real? ¿Y Nefer? ¿Y Ounis? ¿Qué les habrá pasado? ¡Ah! ¡La siniestra profecía de la muchacha me lo había predicho! ¡Y era verdad!"

Se puso de rodillas, extendiendo sus manos. No tocó nada, sólo densas tinieblas le rodeaban.

"¿Donde estoy?" se preguntó por segunda vez. "Tal vez me hayan sepultado vivo en cualquier *mastaba* o en la pirámide de Rodope. ¡Que mi juventud y mis sueños de gloria y de poder deban terminar así tan miserablemente! ¡Ah, no! ¡Es imposible! ¡Yo no quiero morir, yo soy el hijo del gran Teti!"

Su voz, poderosa como una tromba de guerra, retumbó poderosa en la oscuridad.

—¡A mí! ¡A mí! ¡Salvad al hijo de Teti! ¡Libertadme, miserables! ¡Yo soy el rey de Egipto!

Un sordo gemido fue la respuesta a aquella invocación desesperada:

—¡Mi señor!...

Mirinri permaneció silencioso unos instantes, creyendo engañarse, después prorrumpió en un alarido:

—¡Nefer!

—¡Sí, mi señor!

—¿Dónde estás, pobre muchacha?

—Ando entre tinieblas, buscándote.

—Deja que mis manos te toquen.

—Sí, mi señor... no veo, pero te oigo... estoy aquí... estoy cerca.

Mirinri alargando los brazos consiguió alcanzar a la muchacha.

—Cerca de ti —dijo con voz alterada—, la muerte me parece más dulce... y yo te he arrastrado a la ruina, yo que me he servido de ti, buena y dulce Nefer.

—Bastan estas palabras, que nunca había oído en tus labios divinos para compensarme —dijo la muchacha poniendo sus manos sobre el rostro de Mirinri—. ¿Qué me importa la muerte? Estamos habituados desde la infancia a dar el último paso en la vida y miramos sin temblar la resplandeciente barca de Ra.

—¡Morir! —gritó Mirinri, presa de un terrible acceso de ira—. ¡Nosotros, tan jóvenes, decir adiós al Nilo y a las tierras que baña; a la luz y al mundo; sepultar aquí, dentro de estas tinieblas, la venganza y perder el reino que por derecho de nacimiento me corresponde! No, no quiero morir, antes de sentarme, aunque sólo sea por un instante, en el trono de los poderosos Faraones.

—Y ver a aquella que te ha perdido, ¿no es cierto, señor?

—¡Calla, Nefer! ¿Sabes tú donde estamos?

—En los subterráneos del palacio real, supongo.

—¿Es de día o de noche? No veo ni un ápice de luz por ningún sitio.

—El sol ya se ha puesto hace horas —respondió Nefer—.

Cuando yo he recuperado mis sentidos había todavía un poco de luz, pero no duró lo suficiente para darme cuenta de que estabas aquí.

—¿Te habías desmayado o te dieron a beber algo misterioso?

—Nadie me dio nada.

—¿Y cómo es que yo, apenas me pusieron aquella mordaza ya ni vi, ni oí nada?

—Seguramente aquella mordaza debía estar impregnada con algún narcótico.

—Nefer —prosiguió Mirinri, después de estar unos momentos silenciosos—. ¿Es grande este subterráneo?

—Me parece inmenso.

—¿Has visto bajar a alguien después de que te trajeron aquí?

—Me encontré solo cuando abrí los ojos.

—¿Nos han condenado a morir aquí de hambre y sed?

Nefer siguió muda, acurrucándose sobre sí misma. por el tintineo de sus brazaletes, el joven Faraón comprendió que temblaba fuertemente.

—Contéstame, Nefer —dijo Mirinri con angustia.

—No te lo puedo decir, mi señor. pero tengo miedo de aquel hombre que es casi tan poderoso como el rey.

—¿De quién?

—No ha muerto: aquel viejo maldito debe tener el alma bien fija en su esquelético cuerpo; sin embargo di el golpe de daga con mano bien segura.

—El sacerdote del templo de las sombras, ¿aquel que dijiste que había muerto?

—Sí. Está vivo. En el momento en que te detenían oí su voz.

—Debes estar equivocada: cuando se es viejo es difícil sanar de una puñalada. En el alboroto habrás confundido aquella voz con otra.

—Quisiera que así fuese, mi señor. también a mí me parece imposible que esté vivo.

—Es Pepi quien yo temo —dijo el joven Faraón—. No dudará en eliminarme antes que perder el trono.

—¿Y Ounis? ¿Y Ata? ¿Los has olvidado? La voz de tu detención correrá por la ciudad llegará a sus oídos.

—La angustia que me atormenta en este triste momento me ha hecho olvidarme de aquellos amigos leales hasta la muerte. ¿Qué harán ahora que han reunido a los viejos partidarios de mi padre? ¿Intentarán un ataque desesperado contra el palacio real o sublevarán al pueblo en mi nombre? ¡Ah, cuántas inquietudes siento en estas horas! ¡Caer, cuando ya casi no me era necesario más que alargar una mano para arrebatar a aquel miserable el símbolo del poder supremo! ¿Es que han mentido los pronósticos?

—No desesperes, mi señor, y aguarda a que llegue el alba. No sabes todavía lo que va a decidir Pepi. Junto a él tienes posiblemente una poderosa protectora.

Mirinri no respondió y se acurrucó en una gruesa estera, que había encontrado junto a él. Nefer lo imitó. Las horas transcurrían lentas y angustiosas para los dos desgraciados jóvenes. Ningún ruido llegaba hasta ellos, a excepción del monótono vibrar de algunas gotas de agua que caían sobre el marmóreo pavimento del inmenso subterráneo. Parecía que los centenares y centenares de personas que habitaban en el maravilloso palacio se hubiesen alejado, ya que no se oía ni siquiera los gritos que se intercambia la guardia entre sí o las patrullas nocturnas, y que otras veces había oído Nefer.

La noche finalmente pasó y una pálida luz, anunciando la pronta aparición del astro diurno, se difundió poco a poco por el subterráneo. Mirinri se levantó de golpe, mirando en torno suyo con extrema ansiedad. Se encontraba en un subterráneo enorme, con paredes, techo arqueado y suelo de mármol blanco y pulido. Por dos pequeñas ventanas, protegidas por enormes barrotes de bronce, abiertas cerca de los arcos, entraba una luz muy escasa, tan débil que no lograba iluminar todos los ángulos de aquella inmensa prisión.

—¿Esto es un subterráneo del palacio real? —preguntó Mirinri a Nefer, que se había levantado.

—Estoy segura —respondió la joven—. Recuerdo haber visitado de niña, jugando con los hijos de muchos príncipes, varias salas subterráneas del palacio, que recordaban ésta.

—Temía que nos hubiesen encerrado en alguna *mastaba* de la necrópolis o en el interior de alguna pirámide.

—¡Calla!

—¿Qué has oído?

—La voz del relevo de guardia.

—Nefer, busquemos una salida —dijo de pronto Mirinri—. Aquí hay una puerta de bronce.

—Que resistirá a todas tus fuerzas.

—Quizá de aquí salgan guardias que responden a mis llamadas. ¡Probemos!

Se aproximó a la puerta, que parecía de un grosor extraordinario y la golpeó con el puño varias veces. A la quinta vez oyó ruido de cerraduras, como si las cadenas y los pasadores fueran quitados y un viejo soldado que carecía de mano izquierda, pero

que en la derecha empuñaba una especie de hoz con la hoja muy larga, una de aquellas terribles armas que de un solo tajo separan la cabeza del cuerpo, apareció diciendo:

—¿Qué es lo que quieres, joven?

—Ante todo saber dónde me encuentro.

—En los subterráneos del palacio real —respondió el viejo soldado, con una cierta deferencia que no escapó a Mirinri.

—¿Qué cosa quieren hacer conmigo y con esta joven Faraona?

El soldado hizo un movimiento de estupor y miró detenidamente a Nefer, que se acercó silenciosamente a Mirinri.

—¿Esta, una Faraona, has dicho?

—¿Lo dudas? Mira pues.

Levantó el collar de colorines que la joven llevaba sobre la ligerísima camisa abierta por delante y puso su espalda al descubierto.

—¡El *ureo*! —exclamó el soldado al ver el tatuaje.

—¿Estas convencido ahora de que es una Faraona?

—Sí, porque nadie se atrevería a llevarlo si no fuese de estirpe real —respondió el soldado.

—Tú eres viejo —siguió hablando Mirinri—, y por ello debes haber tomado parte en muchas batallas, tal vez incluso en aquella que derrotó y expulsó para siempre a las hordas de los caldeos.

—En aquella batalla perdí mi mano izquierda, tronchada por un golpe de hacha —respondió el soldado—. Era Teti el Grande quien nos guiaba a la victoria.

—Así, pues, ¿tú lo conociste?

—Sí.

—Mírame a la cara; ¡yo soy el hijo de Teti!

El viejo guerrero sofocó a duras penas un grito:

—¡Tú! ¡El hijo del gran rey! ¡Sí, te pareces en todo! Sus mismos ojos llenos de fuego, los mismos rasgos, los mismos cabellos... el hoyo en el mentón...

—Dejó un hijo que después desapareció —dijo Mirinri.

—Lo sé, se dijo que había muerto.

—Mintieron: amigos leales de mi padre me raptaron, por temor a que Pepi me hiciera desaparecer.

—Ya he oído esa historia, señor, susurrada no sólo entre el pueblo sino también entre el ejército.

Entonces, postrándose de rodillas ante el joven, le dijo con voz profundamente conmovida:

—¿Señor, qué puedo hacer por el hijo del gran rey a quien todo Egipto debe su salvación y su prosperidad? Si mi vida puede servirte de algo, quédate con ella.

—Tú puedes serme más útil vivo que muerto —respondió Mirinri.

—¿Qué debo hacer?

—¿Sabes decirme ante todo con qué fin Pepi nos ha hecho encerrar aquí dentro?

—Lo ignoro, mi señor. Os trajeron aquí ayer tarde, un poco antes del crepúsculo, encargándome que os vigilara atentamente y os diera muerte en el caso de que intentarais huir.

—¿Estás solo?

—Hay una patrulla de guardia en lo alto de la escalera, detrás de la segunda puerta de bronce.

—¿Insobornables?

—Señor, son soldados jóvenes que no han conocido nunca al gran vencedor de los caldeos.

—Señor, has olvidado que en el palacio tal vez tienes una protectora —dijo Nefer, dirigiéndose a Mirinri—. ¿Y si este soldado pudiese advertirla secretamente?

—¿Quién es? —preguntó el soldado.

—La hija del rey —respondió Nefer—. Probablemente ella ignora a dónde nos han traído los guardias que nos detuvieron.

—Yo puedo hacer que se lo digan, porque tengo una sobrina en el palacio —repuso el guerrero.

—¿Puedes salir del subterráneo? —preguntó Mirinri.

—Yo soy quien manda la patrulla de guardia que vigila detrás de la segunda puerta de bronce. Puedo entrar por lo tanto en el palacio real. Dejaos encerrar, no llaméis, permaneced tranquilos y juro por Ra hacer llegar vuestras noticias a la hija de Pepi.

—¿Podemos confiar en ti? —preguntó el joven Hijo del Sol.

El viejo le entregó el arma que tenía en su mano, diciéndole:

—¿Quieres matarme e intentar la fuga? Aquí me tienes a tus pies, hijo del vencedor de los caldeos.

—Te creo: la prueba que me has dado me basta.

—Retiraos ahora, dejad que cierre la puerta y aguardad noticias mías.

Mirinri y Nefer se retiraron y el viejo veterano de Teti puso de nuevo en su sitio cadenas y cerrojos.

Los dos jóvenes quedaron uno frente al otro, mirándose con inquietud.

—Nefer —dijo Mirinri—, tú que todo lo adivinas, ¿qué predices al hijo de Teti?

La joven Faraona cubrióse los ojos con las manos, permaneciendo recogida durante algunos minutos.

—Siempre la misma visión —respondió después.

—¿Cuál?

—Un hombre joven que aterroriza a un rey poderoso, que le arranca de las manos el símbolo del poder supremo, un griterío inmenso que lo saluda como rey... y luego...

—Sigue.

—Una muchacha que cae, en medio de una sala inmensa, frente al trono de los Faraones, moribunda.

—¿Quién es esa muchacha?

—No le puedo ver el rostro. Hay como una niebla delante de ella, que nunca consigo atravesar.

—¿La hija de Pepi? —preguntó Mirinri con angustia.

—No lo sé.

—¡Mírala bien!

—¡Es imposible! No puedo verla.

—¡Siempre la misma respuesta! —gritó Mirinri con rabia—. ¿No puedes conocerla?

—No, la niebla se interpone obstinadamente entre mí y aquella muchacha.

—¿Es joven?

—Así creo.

—¿Morena?

—Me parece que sí.

—¿De sangre divina?

—Sí, porque en su espalda veo tatuado el *ureo*.

—¿La hija de Pepi, pues?

Nefer en vez de contestar, se descubrió los ojos y Mirinri vio que dos gruesas lágrimas descendían por las hermosísimas mejillas de la joven.

—¡Lloras! —exclamó—. ¿Por qué?

—No te preocupes, señor —respondió Nefer—. Cuando intento descifrar el futuro con tanta intensidad con frecuencia descubro mis ojos bañados en lágrimas.

—¿Debo creerte? —preguntó Mirinri, impresionado por la profunda tristeza que la muchacha mostraba en su rostro.

—¿Y por qué no? Tú sabes que soy una adivina y de ello te he dado numerosas pruebas hasta ahora.

—Es cierto, Nefer —respondió lacónicamente Mirinri.

Volvieron lentamente hacia la estera y se acurrucaron uno junto al otro. Mirinri aparecía vivamente preocupado y Nefer, pensativa. En el interior de la inmensa sala la luz seguía difundiéndose, al elevarse el sol cada vez más, pero seguía siendo una luz difuminada, casi cadavérica, que se reflejaba tristemente sobre las baldosas de piedra que cubrían el pavimento, el techo y las paredes. El ruidoso movimiento de la cerradura y las cadenas les animó. ¿Sería el viejo guerrero de Teti el Grande, que regresaba, o algún otro?

—Si tuviese por lo menos un arma —murmuró Mirinri.

La puerta de bronce se abrió y apareció el veterano de Teti, acompañado por cuatro guardias que llevaban canastos de hoja de palma probablemente con víveres.

—Comed —dijo el viejo cambiando con Mirinri una mirada muy significativa y señalando la última cesta de la derecha.

Después, sin añadir nada más, salió acompañado de sus hombres, cerrando tras de sí la pesada puerta de bronce.

—¿Has visto, Nefer, ese gesto? —le preguntó Mirinri, cuando estuvieron solos.

—Sí, mi señor.

—Además de las provisiones, debe haber algo más importante allí dentro —dijo el joven.

Levantó el trozo de lino que cubría la cesta señalada por el veterano de Teti y extrajo galletas de maíz, pescado asado y unos panecillos, sin encontrar lo que esperaba.

—Nada —dijo mirando a Nefer—. ¿Se burlaba el viejo de nosotros?

—Levanta el pedazo de lino que cubre el fondo de la cesta —dijo la joven.

Mirinri obedeció y recogió inmediatamente un pedacito de papiro, en el que una minúscula pluma había trazado unos caracteres con tinta azul.

—¿Se encuentra en el fondo de este canasto por azar o lo han puesto para nosotros?

Se acercó a una de las ventanas, ya que la luz era muy escasa, especialmente en el centro de la inmensa sala y consiguió, no sin cierto esfuerzo, a causa de la pequeñez extrema de los signos, descifrar lo que había escrito.

Nitokri vela por vosotros. No temáis nada.

Mirinri dejó escapar un grito de alegría.

—¡No me abandona!

Nefer inclinó la cabeza sobre su pecho sin pronunciar palabra alguna. Incluso su rostro, en vez de manifestar alguna alegría, se volvió más triste que de costumbre.

Tal vez hubiera estado más contenta de perecer juntamente al joven Hijo del Sol, que deber la vida y la libertad a la poderosa rival.

—Nefer —dijo Mirinri, sorprendido por no verla feliz—. ¿Has comprendido lo que nos han escrito?

—Sí, mi señor.

—Sí Nitokri nos protege, conseguirá salvarnos de las manos de su padre.

—Yo también lo creo así.

—Comamos. Nefer. Ahora que nuestra angustia ha terminado, podemos pensar en nuestros cuerpos.

El joven Hijo del Sol, que parecía no acordarse de la profunda tristeza de la pobre Nefer, vació los cestos, que estaban bien provistos de exquisitos manjares y se puso a dar trabajo a sus dientes con el apetito de sus dieciocho años. De pronto se interrumpió. Fuera se oyeron unos gritos, que cada vez se hacían más penetrantes, acompañados de un ruido estruendoso, como si carros de batalla abandonasen el palacio real.

—¿A lo mejor los conjurados asaltan el palacio? —pensó Mirinri.

—No cabe duda de que algo extraordinario ocurre —dijo Nefer, que escuchaba atentamente.

—¿O que llega Ounis con Ata? ¡Ah! ¡Si fuese cierto!

—Calla, mi señor.

Los gritos se alejaban, haciéndose cada vez más débiles, mientras que el ruido de los carros aumentaba. Parecía que fueran centenares y centenares los que salían de la planta baja del inmenso palacio. Mirinri, presa de una creciente ansiedad, escuchaba atentamente. El ruido que se alejaba no le parecía de buen augurio. Los conjurados, si es que lo eran, debían estar huyendo ante la carga de los carros. Miró a Nefer, pálido, agitado.

—¿Qué dices tú de esto, muchacha? —le preguntó con ansiedad

—No sé qué decirte.

—¿Habrá tenido lugar un combate?

—Es posible .... alguien viene.

El ruido de los cerrojos y las cadenas se volvió a oír; luego la puerta se abrió violentamente, y de nuevo apareció el veterano de Teti, solo y sin armas. Mirinri corrió a su encuentro.

—¿Es cierto que Nitokri nos protege? —gritó.

—Sí, mi señor. Y dentro de poco estará aquí.

—¿Para salvarnos?

—Así lo espero.

—¿Y su padre?

—Puede esperarse una gran desavenencia entre ella y su padre; al menos, así me lo dijeron.

—¿Y ese ruido de carros y los gritos? ¿Qué significaban?

—Un capricho del rey. Ha hecho representar una verdadera batalla entre la guardia para divertirse y comprobar la calidad de los caballos. Basta, mi señor. Tengo una orden que cumplir.

—¿Cuál?

—Hacer salir a esta muchacha y conducirla a una casa perteneciente al rey, donde encontrará siervos y esclavas.

—¿Por qué? —preguntó Nefer que tenía los ojos llorosos.

—No lo sé, mi señora —respondió el veterano. Esta orden me fue comunicada por un oficial de palacio y debo obedecerla, bajo pena de muerte.

Mirinri se tornó pensativo y miraba a Nefer con profunda piedad. Había comprendido cuán doloroso resultaba a la muchacha dejarlo en manos de Nitokri.

—Nefer —dijo de pronto con voz suave—. Tú, estando libre, me puedes ser de mayor utilidad que permaneciendo aquí.

—¿De qué manera, señor? —dijo la joven sollozando.

—Ocupándote de advertir a Ounis.

—¿Dónde lo encontraré?

—En la pirámide de la bella Rodope.

—La cita era ayer noche.

—Es posible que se encuentre allí todavía, con Ata. Este hombre te acompañará.

—Sí, mi señor —respondió el veterano—. La tomo bajo mi protección.

—Vete, Nefer —dijo Mirinri—. Espero que nos veamos muy pronto.

—Adiós; no te olvides demasiado pronto de mí.

LA BURLA DEL USURPADOR

El palacio real de los Faraones se alzaba fuera de la ciudad, en lo alto de una pequeña colina, la única que había en Menfis y que ocupaba un área inmensa, al estar toda ella rodeada de jardines magníficos que despertaban la admiración de los extranjeros. Era un gigantesco paralelogramo de techo plano, que tenía encima inmensas terrazas enlozadas de alabastro y cubiertas por enormes recipientes que contenían plantas olorosas, con cuatro puertas protegidas por bastiones sobre las que los arqueros montaban guardia por la noche. Visto de lejos tenía la apariencia de una enorme masa de piedra blanquísima, al estar construido con mármol blanco, aunque no tuviera más que una solidez ficticia, según se comprobó, puesto que no resistió la acción del tiempo, como las pirámides, y desapareció entre las arenas, derruido probablemente, sin dejar rastro alguno, pese a la afanosa búsqueda de los modernos egiptólogos. Se cuenta, no obstante, que disponía de salas inmensas, de maravillosa belleza, con las paredes y los techos incrustados de lapislázuli, los suelos de malaquita y las altas columnas cubiertas de láminas de oro e ilustradas con diseños de varios colores en su base y su capitel. Los cuatro esclavos nubios, al llegar al peristilo que custodiaban dos docenas de arqueros, depusieron en las brillantes losas el palanquín y descendió la hija de Pepi, ligera como un pájaro, penetrando en una amplia sala con el suelo de mosaico, las paredes de alabastro y el techo dorado, sostenido por cuatro columnas de jaspe. Una luz muy dulce, atenuada por cortinajes de colores que cubrían las ventanas, la iluminaba discretamente.

Nitokri la atravesó en toda su extensión y se detuvo delante de una puerta de bronce, ancha en su base y estrecha en lo alto, ante la que montaba guardia un guerrero, que sostenía en su mano un hacha muy pulida.

—¿Dónde está mi padre? —dijo la muchacha.

—En sus estancias.

—Que venga aquí en seguida.

—No le gusta que le molesten cuando trabaja, ya lo sabes, Hija del Sol.

—Es preciso que lo vea —dijo Nitokri, con voz imperiosa.

El guardia abrió la puerta de bronce y desapareció. Pocos instantes después, Pepi entraba en la amplia sala. No llevaba encima el riquísimo traje, del gran triángulo dorado, como cuando Mirinri y Ounis le vieron sobre el Nilo; lucía un sencillo *kalasiris* de tela verde anudado a los costados, con la punta central amarilla y adornada con flecos, una estrecha túnica azul sin bordados y en la cabeza dos pelucas y un pequeño *ureo* de oro que le caía sobre la frente.

Sin embargo los brazos y piernas desnudos estaban adornados con anchos brazaletes, finamente cincelados y llevaba al cuello una hilera de gruesas perlas rosáceas.

—¿Qué quieres Nitokri? —preguntó, mirando con profunda admiración a la jovencita.

—Lo he encontrado.

—¿A quién?

—Al que me salvó del cocodrilo.

—¡Al hijo de Teti! —exclamó el rey palideciendo.

—Sí, Mirinri. es así como se llama, ¿no es cierto? ¿Es él el joven que han arrestado?

Pepi no respondió: parecía fulminado.

—Está aquí —prosiguió Nitokri.

Pareció que un áspid hubiera mordido al Faraón en medio del pecho, porque dio unos pasos atrás con un gesto de pánico.

—¡Aquí! ¡En Menfis! —exclamó—. ¿De qué han servido, mis espías, mis guardias, mis naves a los que hice vigilar por todo el Nilo para detenerle? ¿Sólo para cortar unos pocos centenares de manos que podían molestarme un poco? ¿Es que ningún arquero tenía una flecha para matarlo?

—¡Matarlo, has dicho! —gritó Nitokri, mirándolo con terror—. Matarlo, ¿a él, que es hijo de tu hermano, de un gran rey, que es Hijo del Sol, que es, al igual que nosotros, de origen divino? ¡A él que ha salvado a tu hija, sin saber que yo fuese su prima! ¿Qué es lo que dices, padre?

—¿Y qué, quieres que yo deponga mi *ureo* que brilla en mi frente y lo ponga en la suya? ¿En qué te convertirías tú?

—Sería una Faraona y tal vez más todavía —replicó la muchacha.

—¿Qué es lo que intentas decir? —gritó Pepi.

—Que me ama.

—Que un hierro al rojo vivo me prive de mis ojos, que Apap el dios del mal me envuelva en sus espiras y me destroce la columna vertebral; que el fénix roa mi corazón! —maldijo el rey, lanzando sobre Nitokri una terrible mirada—, ¿Qué es lo que pretendes? ¿Que deje estallar una sangrienta guerra que nos deponga a ti y a mí juntos?

—Es el hijo de aquel que durante veinte años reinó sobre todo Egipto y que lo salvó de la invasión de los caldeos —respondió la joven.

—Teti está muerto y además olvidado —dijo Pepi con un gesto de desprecio.

—¡Muerto! ¿Has olvidado lo que ha hecho Her-Hor, el gran sacerdote del templo de Ptah?

—Ha soñado, o ha creído ver en aquel viejo a mi hermano.

—Pero te turbaste de la misma manera que te he visto ahora palidecer, ¿Y si Her-Hor no se hubiese engañado, como tú supones? Piénsalo, padre.

—No cederé el trono ni a él ni a su hijo; además, es imposible. El cadáver de mi hermano duerme ahora el sueño eterno en la pirámide que él mismo se hizo construir en los confines del gran desierto. Tuvo los honores que le correspondían, ¿de qué podría lamentarse? No volverá a la vida porque su alma anda errante ya desde hace años en la brillante barca de Ra. Los sacerdotes me lo han confirmado.

—¿Qué debo decir, pues, a Mirinri?

—¿A él? Basta con que dé yo una señal a los guardias que lo han arrestado y mañana irá a reposar como cualquier ciudadano de Menfis en la inmensa necrópolis.

—¡Su muerte! —gritó Nitokri, irguiéndose soberbiamente ante él—. ¿Mancharte con la sangre de ese joven, que es tu sobrino?

Un relámpago siniestro brilló en los ojos de Pepi.

—¿Qué querrías? —preguntó con acento irónico—. ¿Qué lo acogiese como el futuro rey de Egipto?

—Tiene derecho a ello.

—¿Lo amas?

—Sí, padre, lo amo.

—Sea; pero, ¿qué quieres hacer con aquella muchacha que capturaron con él?

—¿Cómo has sabido que Mirinri no estaba solo?

—Me lo dijo Her-Hor.

—El gran sacerdote de Ptah.

—Sí, fue más listo que tú.

—¿Tú sabes, padre, quién puede ser esa muchacha?

El rey hizo un gesto de enojo, después tras cierta agitación dijo:

—Lo sé.

—¿Es tal vez una amante de Mirinri? —preguntó Nitokri como quitándole importancia, pero enrojeciendo.

—No.

—Dime quién es.

—La llaman Nefer.

—No tengo bastante con eso.

El rey sufrió una nueva excitación; después respondió, encogiéndose de hombros:

—Cuando era niña jugábais juntas en el mismo palacio.

—¡Entonces es Sahur!

—Sí, la princesa misteriosa. Pero no quiero que entre en mi palacio con Mirinri. Esa muchacha me inquieta demasiado. Daré órdenes para que la conduzcan a una de nuestras casas de la ciudad y que sea tratada con la consideración que se debe a una princesa. Ahora vete: tengo importantes asuntos de estado que despachar.

—Tengo tu promesa, padre.

—Mañana recibiré a tu salvador, el hijo de Teti, si realmente lo es.

—Me aseguraré —respondió Nitokri—. Da las órdenes en mi presencia, así estaré más segura.

El rey se dirigió hacia el guerrero que estaba firme, como una estatua de bronce, ante la puerta, diciéndole:

—Mañana a mediodía harás sonar las trompetas de guerra convocando a la fanfarria real y reunirás a todos los grandes del reino, para que participen en un banquete que voy a ofrecer a un nuevo Hijo del Sol.

—¿Te basta? —preguntó dirigiéndose a Nitokri.

—Sí, padre —respondió la hermosísima Faraona.

—Vete.

Mientras la muchacha salía, Pepi la siguió con la mirada y una malvada sonrisa acudió a sus labios.

—Te arrepentirás —murmuró.

Al día siguiente, una hora antes del mediodía, cuando ya Nefer había abandonado el subterráneo, Nitokri, precedida por dos trompeteros y escoltada por ocho guardias, entraba en la celda del joven Hijo del Sol.

Mirinri, que tras la partida de la pobre Nefer se dejara caer en la estera, presa de un profundo desconsuelo, al ver aparecer inesperadamente a la hermosísima Faraona, se puso en pie lanzando un penetrante grito, luego dobló una rodilla en tierra, diciendo con voz conmovida:

—Mirinri, hijo de Teti el Grande saluda a su prima. Si yo te debo el estar todavía vivo, tú me debes también tu preciosa vida.

Nitokri enarcó sus largas y delicadas cejas, luego alzando un brazo hizo un gesto para que salieran la escolta y los trompeteros.

Cuando oyó que el ruido de pasos había desaparecido, volviéndose a Mirinri, que tenía su rodilla todavía en tierra y que la miraba con ojos ardientes, le dijo:

—Tú aseguras que cierto día me salvaste la vida en el Alto Nilo.

—Sí, Nitokri —respondió el joven levantándose—. Estreché entre mis brazos tu divino cuerpo, aunque el mío también lo sea.

—¿Cuándo?

—¿Es que no me reconoces? ¿Dudas por lo tanto de mí?

—Mi padre quiere una prueba.

—Muy bien, te la daré enseguida. Cuando te salvé, perdiste entre las hierbas de la orilla un *ureo* que adornaba tu cabeza y que encontré después de varias semanas.

—Es cierto —respondió la Faraona, mientras un vivo rubor se apoderaba de sus mejillas y sus dulcísimos ojos relampagueaban—. Ahora estoy segura de que me salvaste tú. Además, aunque haya pasado mucho tiempo, siempre he conservado en mi memoria el rostro de aquel joven que luchó y mató al cocodrilo.

—¿Así es que pensaste en mí muchas veces? —gritó Mirinri.

—Más de lo que puede creerse —respondió Nitokri bajando la cabeza—. La sangre de los Hijos del Sol se presintió.

—¡Yo soy hijo de Teti! ¿Lo sabes?

Nitokri, en vez de responder, cogió de una mano a Mirinri, diciéndole, con cierta emoción:

—Ven: tu puesto está en el palacio real. Tú eres un Faraón.

Mientras salían del subterráneo, en la grandiosa planta baja del palacio real se habían reunido el rey y sus ministros, entre el penetrante sonido de las trompetas de bronce y el redoble sonoro de los tambores.

De pronto, al oír la fanfarria real, una treintena de altos dignatarios, en su mayoría ancianos, ministros generales y grandes sacerdotes, a juzgar por sus vestidos y por la riqueza de sus collares, brazaletes y diademas, entraron en la sala acompañados de escuderos y de chambelanes de la corte, inclinándose humildemente ante el monarca.

—El gran Osiris ha restituido a Egipto a uno de sus divinos hijos —dijo el rey—. Vayamos a recibirle y acojámosle con el acatamiento que por nacimiento se le debe.

—¿Quién es? —preguntaron al unísono los grandes dignatarios.

—Lo sabréis más tarde. ¡Ah! Mis insignias reales.

Un chambelán se alejó corriendo y regresó poco después con una especie de látigo con el mango de oro, no más larga que un pie, con tres cordoncillos de cáñamo entretejidos de oro con hilos y un bastón con el mango muy curvo.

—Así comprenderá que sólo yo soy el rey de Egipto —murmuró Pepi con una sonrisa sarcástica.

Hizo una seña a los altos dignatarios del reino para que lo siguieran y se encaminó con paso majestuoso hacia el peristilo, en medio del cual se hallaba en aquellos momentos Mirinri al lado de la bella Nitokri.

—¡El rey! —exclamaron los soldados de la escolta, inclinándose hasta el suelo.

Una mano se posó en las espaldas de Mirinri, mientras que una voz le decía con tono amenazador:

—¡Inclínate! ¡Con la frente en el suelo! ¡Es el rey!

—Un hijo del Sol no se echa en el suelo como un miserable mortal —respondió fieramente Mirinri—. ¡Cuidado con esa mano! No eres digno de tocar mis carnes divinas.

Después, tras haber apartado violentamente al arquero que intentaba inclinarlo, se encaminó hacia Pepi que se había detenido y mirándolo atentamente le dijo:

—¿Eres tú el rey?

—Sí —respondió Pepi.

—Y yo soy el hijo de un rey: ¡te saludo!

—Yo sé quién eres —dijo Pepi— pero tú, en presencia de estos hombres que me siguen, no lo dirás por ahora. Sin embargo, como puedes ver, te recibo con los honores que corresponden a tu categoría. Ven: sé mi huésped en el palacio que un día habitó uno de los más grandes monarcas del reino.

Mirinri, admirado de aquella acogida bien distinta de la que esperaba y que echaba por tierra todos los recelos recibidos de Ounis y del suspicaz Ata, quedó en silencio, creyendo que había entendido mal.

—Eres mi huésped en casa de tus antepasados —repitió Pepi, que tal vez había leído sus pensamientos.

—Y yo te estoy muy reconocido —respondió Mirinri, que devoraba con su mirada ardiente a la hermosa Nitokri que se había situado detrás de su padre.

—Entra, pues, joven Hijo del Sol —dijo Pepi.

Mirinri paso a través de la guardia, que no osaba levantar su frente del suelo, tomó entre sus manos los dedos que la joven faraona le ofreciera animándolo con una adorable sonrisa y pisó las baldosas de la sala, a la vez que emitía un profundo suspiro de satisfacción. No pensaba con toda probabilidad en aquellos momentos en el fiel Ounis, ni en la desgraciada Nefer.

—Estás en tu casa —dijo Pepi, dirigiéndose hacia Mirinri que admiraba atónito la amplitud y la riqueza de aquella sala.

Luego, dirigiéndose a algunos escuderos, prosiguió:

—Ocupaos de este príncipe faraónico. lo aguardo en la sala del trono.

—¿No vlveremos a ver? —preguntó Mirinri a Nitokri.

—Sí, mi príncipe —respondió la muchacha—. También estaré yo.

Mirinri fue conducido a una sala de baños, toda ella también de mármol blanco y en la que reinaba un delicioso frescor, confiándose a los cuidados de jóvenes esclavos asirios.

Una media hora después salía escoltado por escuderos y chambelanes, bañado, perfumado, embellecido y vestido como un príncipe. Le habían puesto sobre una peluca el capuchón real, de tela blanca, con un pespunte de tejido rojo por detrás, adornado con largas cintas que le descendían hasta el pecho y bordado por delante con el *ureo* de oro; sobre las espaldas lucía una especie de capa corta de lino blanquísimo, cogido por delante con un riquísimo broche de rubíes y esmeraldas de un valor inestimable; en la cintura una *kalasiris* tejida de lentejuelas de metal, con un gran triángulo formado por una placa de oro, suspendido en la cintura y esmaltado con tintas multicolores. En los pies calzaba unas sandalias de papiro atadas con delicadas correas doradas.

Una docena de guardias reales, armados con hachas, con largas plumas de avestruz fijadas en los dos lados de las pelucas, lo aguardaban en el salón para rendirle los honores debidos a un príncipe de origen divino y para proporcionarle escolta.

—El rey te espera, Hijo del Sol —dijo el jefe del pelotón—. Los convidados se hallan ya en sus puestos.

Salieron de la sala, atravesaron una grandiosa galería, cuyos amplios ventanales se hallaban protegidos por espléndidas cortinas de finísimo tejido de franjas multicolores, bordadas con elegancia y penetraron en un segundo salón, dos veces más amplio que el primero y cuyo techo estaba sustentado por una doble fila de columnas de mármol rojo de la cadena libia. Mirinri se detuvo en el umbral, admirado por la grandiosidad de aquella inmensa sala. Las paredes eran de mármol verde con magnificas vetas, el pavimento de mosaicos de oro y el techo maravillosamente decorado. Cuatro inmensos surtidores, sostenidos por otros tantos enanos de piedra roja, colocados en los cuatro ángulos de la sala, lanzaban hacia lo alto gruesos chorros de agua perfumada, mientras que unas macetas enormes, de cuello muy ancho, de lapislázuli, sostenían colosales macizos de flores de loto y rosas que esparcían a su alrededor deliciosos olores. Treinta mesitas, dispuestas en doble fila, ocupaban el centro de la sala, cubiertas de lino de variados colores y repletas con bandejas de oro y de plata, de copas de todas las formas y tamaños maravillosamente cinceladas y de pequeñas ánforas que sostenían hojas de palma. Delante de cada mesa había tumbado sobre una alfombra, apoyándose en un cojín de forma redonda, un alto dignatario en espera de la comida, mientras que detrás jóvenes y hermosísimas esclavas agitaban abanicos de plumas de avestruz para refrescarlos. En una mesa un poco mayor, baja en relación con las otras y colocada en un extremo de la doble fila, se encontraban Pepi y Nitokri, recostados sobre pieles de pantera. Ocho grandes abanicos de larguísimos mangos estaban colocados dentro de altas ánforas de oro y en torno a ellos ocho esclavas, de pie cerca de las dos

primeras columnas, rociaban de cuando en cuando al monarca y a la joven con agua perfumada.

—Ven, príncipe —dijo Pepi, al ver que Mirinri no se aproximaba—. Tu puesto está junto a mí.

El joven Faraón, después de una breve excitación, atravesó las dos hileras de mesas, saludado por profunda inclinación por los grandes del reino, que se pusieron en pie inmediatamente, y se sentó delante del rey, también sobre una piel de pantera. Sus ardientes ojos, que parecía hubieran cobrado mayor negrura y profundidad de lo acostumbrado, aunque se fijaron en los de Pepi, se posaron también en los aterciopelados y dulcísimos de la muchacha.

—Esta es la vida que soñaba entre las arenas del desierto —dijo—. Es mi destino que se está cumpliendo.

Pepi tuvo un ligero sobresalto, después una sonrisa sarcástica le moldeó los labios.

¿Has vivido muchos años en el desierto?

—Sí —respondió Mirinri.

—¿Y soñabas con la grandeza y el fasto de Menfis?

El joven Faraón estuvo un momento pensativo, luego dijo:

—No, yo pensaba continuamente, más que en la fastuosidad de la corte faraónica, en los ojos de la muchacha que había salvado de la muerte y que entre mis brazos había sentido tal vez su primer estremecimiento.

Nitokri lo miró sonriendo.

—Tampoco yo te había olvidado —dijo—. En mis noches de insomnio te veía con frecuencia y una voz secreta me decía que un día te encontraría y que mi cuerpo no había sido estrechado por un hombre del pueblo. Nuestra sangre había latido al unísono: era sangre de dioses.

La frente de Pepi se frunció.

—Me contarás más tarde por qué has vivido tantos años lejos de los esplendores de Menfis —dijo.

Luego, dijo, volviéndose a las esclavas, que parecían aguardar alguna orden:

—¡Escanciad!

Dos jóvenes llevaron ánforas de oro y llenaron las copas que estaban sobre la mesa.

—Por ti, mi valeroso, que me has arrancado de la muerte y que has conservado para mi padre a su hija —dijo la Faraona ofreciendo la copa a Mirinri.

—Por ti, en quien he soñado durante tantos meses —dijo Mirinri ofreciéndole la suya.

Pepi había dejado la suya delante, sin alzarla. Es más, su frente se había arrugado más; lanzó sobre los dos jóvenes una mirada intensa llena de ira. En aquel momento un grupo de muchachas, magníficamente vestidas, hizo irrupción en la sala. Eran danzarinas y tañedoras a las que precedía un joven con una soberbia rosa.

Se detuvo ante la mesa, mirando a la joven Faraona y a Mirinri, y luego pulsando dulcemente la cítara y las arpas dijo:

—Osiris, Hijo del Sol, hastiado de los encantos y de los besos de Hator, la Venus egipcia, un día abandonó el astro diurno y descendió en un vuelo inmenso a nuestra tierra, en busca de nuevas aventuras. El encarnaba al amor. "Quiero una mujer" —dijo a la tirana de su corazón— "que se olvide del orgullo, de la divinidad, de todo, para amarme y que me ame a mí solo durante las doce horas del día y las doce horas de la noche".

—Emprendió el vuelo a través de los espacios celestes y cayó a orillas de nuestro Nilo. Aquí en las finas y aterciopeladas arenas de nuestro sagrado río, en medio de los papiros y de las flores del fragante perfume de los lotos, que penetran en los pulmones como una caricia, vio tendida sobre una piel de pantera a una criatura que dormía. Sus carnes parecían de bronce, porque era una hija del Alto Nilo, nacida allí donde Ra hace descender del cielo a través de nuestras fecundas tierras, el gran hilo de plata que da vida y grandeza a nuestro Egipto. Sus carnes eran de bronce y apretujaban la arena, moldeándola con su cuerpo, pero aquel bronce palpitaba de vida y respiraba sonriendo, como si siguiera las vicisitudes de un sueño delicioso.

"¡Oh, qué hermosa eres!", exclamó Osiris, fascinado por la belleza de aquella joven etíope.

"¡Oh, cuán hermoso eres!", respondió la muchacha, despertándose.

—Hathor, el astro maligno del cielo, que intentaba destruir a aquel que encarnaba al amor, vio desde lo alto las arenas aterciopeladas de nuestro Nilo, los papiros y las flores de loto entre las cuales reposaba dulcemente la hermosa joven y el agua de plata. Un grito de bestia herida resonó en el cielo.

"Dame, oh Ra", dijo, "uno de tus rayos que queman cuanto tocan".

—Aquel rayo atravesó el espacio e hirió a los dos jóvenes.

Sus carnes se quemaron de golpe, pero no pudo destruir los labios que se habían unido en un beso supremo. De aquel beso nació esta rosa y las puntas del rayo solar se convirtieron en espinas. Para ti, hija del gran Faraón... Es el beso de la muchacha broncínea y del Hijo del Sol.

Nitokri cogió la flor y en vez de ponérsela entre los cabellos se la entregó a Mirinri, diciéndole con una agradable sonrisa:

—De la misma manera que los labios de Osiris besaron a los de la doncella bronceada, que se unan un día los del salvador y los de la muchacha salvada. Para ti: guárdala en recuerdo mío.

Pepi lanzó sobre la muchacha una nueva mirada de enojo, pero no dijo ni una sola palabra.

—Dad paso a las rosas —dijo Nitokri.

Mientras las tañedoras sentadas en torno a las columnas entonaban una marcha deliciosa y las esclavas y esclavos servían a los convidados ánforas de vino blanco y negro, cerveza y dulces pasteles y guisados, desde lo alto de la sala, a través de orificios casi invisibles, descendían dulcemente, silenciosos y perfumados, miríadas de pétalos de rosas y de loto, que se depositaban en torno a los convidados.

Nitokri, a la que tal vez el vino delicioso de las colinas libias había animado, charlaba con Mirinri dando muestras de su espíritu y de su gracia; Pepi, por su parte, miraba profundamente por debajo de sus cejas al joven, y una sonrisa cínica, cruel, aparecía de cuando en cuando en sus labios. No debía ser sincera la hospitalidad que ofrecía al hijo del gran Teti.

Cuando el banquete, ciertamente opulento, porque a los egipcios del mismo modo que los romanos, les gustaba dar muestras de ostentación con muchos platos y exquisitas bebidas, terminó, el rey se levantó con gesto majestuoso e hizo una señal a los convidados, ya casi todos ebrios, para que se retiraran. Sostenidos por los esclavos y esclavas, los grandes dignatarios se pusieron en pie, encaminándose hacia las estancias vecinas a través de las numerosas puertas que daban salida hacia las vastas galerías y a los jardines.

—Tú también —dijo a Nitokri, que se había quedado acurrucada junto a Mirinri—. Lo que debo decir a este príncipe debemos saberlo sólo él y yo.

—¡Padre! —dijo Nitokri con angustia.

—Es un Hijo del Sol —cortó Pepi—. ¡Vete!

La muchacha tomó la rosa que estaba ante Mirinri y la besó.

—”Te amo”, dijo Osiris cuando bajó del cielo, a la muchacha bronceada y también aquel era Hijo del Sol.

— ”Te amo”, respondió el joven. “¡Cuán hermosa eres!” Era su frase —respondió Mirinri—. Y también ella era de origen divino como tú.

Pepi sonrió sarcásticamente; luego hizo un gesto imperioso a la muchacha.

—¡Vete! —dijo—. ¡Yo soy el rey!

Nitokri dejó la rosa y se fue lentamente, volviéndose hacia atrás para mirar al joven Faraón que le sonreía. Cuando la puerta de bronce se cerró tras ella, las facciones del rey cobraron un aspecto muy distinto.

—¿Eres tú —preguntó— quien te crees hijo del gran Teti y por eso mi sobrino?

—Sí. Yo soy el hijo de aquel que salvó a Egipto de la invasión de los caldeos.

—¿Tienes pruebas?

—Todos me lo han dicho.

—Te creo; ya has probado el fasto y la grandeza de los Faraones, ¿eso te basta?

—En el desierto donde viví no había visto nada semejante.

—Así es que ya has probado las alegrías del poder.

—Eso creo.

—¿Qué es lo que querrías ahora?

—El trono —respondió Mirinri audazmente—. Sabes que me pertenece.

—¿Por qué?

—Soy hijo de Teti y tú me has quitado el poder.

—Para reinar hay que tener súbditos leales y partidarios. ¿Tú los tienes?

—Tengo a los amigos de mi padre.

—¿Dónde están?

—Sólo lo sé y no puedo decírtelo por ahora.

—¿Quieres verlos? —preguntó Pepi irónicamente.

—¿A quiénes? —gritó Mirinri.

—A los partidarios de tu padre, esos que debían ayudarte a arrebatarme el trono.

—¿Qué es lo que dices?

En vez de responder, Pepi se levantó sosteniendo en la mano el látigo con las correas doradas, que era el símbolo del poder y lo hizo restallar. Un viejo entró al punto por una de las numerosas puertas de la enorme sala y se inclinó ante el rey.

—¿Tú eres el embalsamador oficial de la corte, no es cierto? —le preguntó Pepi.

—Sí, rey —respondió el anciano.

—Abre aquel balcón.

Luego volviéndose hacia Mirinri, que parecía presa de una profunda agitación le dijo:

—Mira a los amigos de tu padre; están todos allí, en el patio rojo.

Y como Mirinri parecía no comprenderle, añadió:

—Anda, acércate a aquel balcón: tal vez te saludarán como rey de Egipto... si es que les queda todavía voz bastante.

—¿Qué es lo que dices? —gritó entonces Mirinri, que parecía despertar de un largo sueño e intuir el peligro.

—Mira a tus partidarios —repitió Pepi con una triste sonrisa—. Están allí.

El joven se lanzó hacia la ancha ventana que el anciano había abierto y un grito de horror salió de su garganta. En un ancho patio había sentados quinientos o seiscientos hombres, privados todos de sus manos y con los muñones vendados, manchados de sangre todavía. Delante de todos, en medio de dos enormes montones de manos, Mirinri vio a Ata.

—¡Miserable! —exclamó el joven Faraón, retrocediendo.

—¿De qué podrán servirte ahora tus partidarios, si no pueden empuñar un arma? —dijo Pepi con voz burlona—. Bastarían solamente diez de mis arqueros para ponerles fuera de combate.

Es posible que Mirinri ni siquiera lo oyera. Miraba con los ojos dilatados por el terror a aquellos desgraciados, con los que tanto había contado para derrocar al usurpador y reconquistar el trono que por derecho le correspondía.

—Todo se hunde a mi alrededor —dijo por último con voz ahogada—. Mi gran sueño ha concluido.

Luego, dirigiéndose impetuosamente hacia el rey, preguntó:

—¿Y qué intentas hacer conmigo? Recuerda que soy un Hijo del Sol y que mi padre fue uno de los más grandes monarcas que gobernaron Egipto.

—Oigamos primero al embalsamador —contestó Pepi con una sonrisa—. Veremos cómo va a tratar a tu cuerpo.

LA NECROPOLIS DE MENFIS

Mirinri, cuyo cerebro, tras la visión del horrendo espectáculo, parecía haberse ofuscado, se quedó inmóvil, mirando con una insensibilidad imposible de describir ora a Pepi ora al embalsamador oficial de la corte. Seguro que no había comprendido el plan del rey. este, que lo contemplaba sonriendo maliciosamente, como si intentase captar el efecto que habían producido sus palabras en el ánimo del joven, al ver que permanecía inmóvil, como fulminado, repitió:

—Oigamos antes que es lo que nos va a decir el embalsamador.

—¡El embalsamador! —exclamó finalmente Mirinri, como si en aquel momento se despertase—. ¿Qué tiene que ver ese hombre con mi destino?

—¿Con qué destino? —preguntó Pepi siempre irónico.

—Con el mío.

—¿Y qué es lo que te decía tu destino? Será curioso saberlo.

—Que reconquistaré el trono de mi padre.

—¿Quien te lo predijo? —gritó Pepi, que no pudo menos de sobresaltarse.

—El cielo, la tierra y una hechicera —respondió Mirinri.

—¡Ah! ¡Tonterías!

—No; cuando salí de la menor edad, un cometa apareció en el cielo; cuando una mañana antes del alba, apoyé mis oídos en la estatua de Mennon, la piedra crepitó y sonó repetidamente; cuando tuve así entre mis manos la flor de la resurrección, que estaba encerrada en la pirámide construida por mi padre, abrió sus pétalos; cuando encontré a una muchacha que predecía el porvenir, me dijo que un día sería repuesto en el trono de mis antepasados, y aquella muchacha era ¡Nefer!

—¡Nefer! —gritó Pepi aterrorizado—. El cielo, Memnon, la flor y aquella joven!

Ahora no era Mirinri quien parecía fulminado, era el poderoso rey de Egipto quien parecía atónito y quien miraba con profunda consternación al joven.

—¡Nefer! —repitió—. ¡El cometa, la flor, Memnon!

Luego, dirigiéndose hacia el embalsamador, le dijo casi con ira:

—¿Has oído?

—Sí, rey.

—¿Tú eres hábil, verdad?

—Así lo creo.

—¿Cómo embalsamarías a un gran príncipe? No lo he sabido exactamente. Explícamelo y ten cuidado, porque se trata de un hombre de estirpe divina.

—¿Es el embalsamamiento grande, el rico, el que tú quieres, rey?

—El más caro, para que la momia pueda resistir siglos y siglos, mejor si fuese hasta el fin del mundo.

—Han transcurrido veinte siglos y los que han sido embalsamados según nuestro sistema no presentan hasta ahora ningún deterioro; por consiguiente, es seguro, oh rey, que la operación que yo haga resulte perfecta.

Mirinri, apoyado en una columna de la inmensa sala, escuchaba, pero sin entenderlo todo.

—Sigue y explícate mejor —pidió Pepi.

—Ante todo con un hierro curvado extraemos pedazo a pedazo el cerebro del cadáver que nos es confiado y destruimos los residuos por medio de drogas que solo nosotros conocemos y sabemos emplear.

—Prosigue —dijo Pepi.

—Extraído el cerebro, que es el primero en corromperse y que puede comprometer el éxito del embalsamamiento, hacemos una incisión en el costado con una de aquellas piedras cortantes que venden los etíopes, porque no se encuentran en los demás países y a través de aquella cavidad sacamos los intestinos, que inmediatamente lavamos con vino de palma y sumergimos en aromas.

—El oficio no es demasiado agradable —dijo el rey, que no apartaba su mirada de Mirinri.

—A continuación rellenamos el vientre con mirra pura triturada, canela y otros aromas, eliminando por completo el incienso, porque podría ser perjudicial al proceso.

—¡Ah! —dijo Pepi.

—Cosida la incisión, cubrimos el cadáver con sal y diversas sales alcalinas y así lo dejamos durante setenta días, después de lo cual lo lavamos, lo envolvemos

totalmente en vendas cubiertas de goma arábiga y el trabajo está terminado. tratado así, el cuerpo podrá desafiar impunemente el tiempo.

—Entonces tu te encargarás de embalsamar con tu maravilloso método...

—¿A quién? —preguntó el viejo, atónito.

—A ese joven, cuando se muera —dijo Pepi, señalando con el dedo índice de la mano derecha hacia Mirinri—. Así no podrá quejarse de mi generosidad.

El joven Faraón se movió de pronto, apartándose de la columna contra la que se había apoyado hasta entonces.

—¡A mí! —gritó.

—Sí —respondió Pepi—. Cuando tú hayas muerto en el interior de la gran necrópolis de Menfis, este hombre se encargará de embalsamarte como a un gran Faraón, como a tu padre.

—¡Mi padre! ¡Malvado! ¡Yo he arrojado a los chacales una momia que no era la suya! ¡Ah! ¡Tengo que matarte!

Con un salto imprevisto, el joven se abalanzó al igual que un león lo hace sobre su presa, contra el rey, echándolo en tierra de un golpe. iba a estrangularlo cuando, debido a un grito muy fuerte del embalsamador, se abrieron de golpe las doce puertas que daban paso a la inmensa sala y penetraron furiosamente cincuenta guardias reales, armados con hachas de guerra y con dagas, gritando:

—¡Salvemos al rey!

Mirinri, al oír aquel griterío y comprendiendo que un grave peligro lo amenazaba, dejó a Pepi.

—¡Ah! ¡Me querías matar! Así me acoge el hijo, miserable del gran Teti!

Se precipitó hacia la mesa mas cercana, asió una pesada ánfora de bronce medio llena de vino todavía, y luego apoyóse contra una de las columnas, aguardando valientemente el ataque.

Parecía un joven león rugiente, dispuesto a morder y a herir a zarpazos.

—¡Cogedlo vivo! —gritó Pepi, con voz ahogada.

El primer guardia que llegó junto a Mirinri e intentó asirlo por la cintura, cayó fulminado con la cabeza hendida.

El ánfora cayó sobre él como una maza, derribándolo y causándole la muerte instantánea. un segundo soldado, un tercero y un cuarto intentaron hacerle caer, pero Mirinri, que parecía una fiera salvaje y cuya fuerza era hercúlea, fue tendiéndoles en el suelo ante la columna uno tras otro. el ánfora manejada formidablemente por el hijo del desierto iba a causar un estrago terrible entre los asaltantes, cuando éstos, que habían dejado caer las hachas y las dagas, lo asaltaron a la vez con ímpetu irresistible. superado por el número, el joven resistió durante un instantes aquella masa humana, pero vencido por el esfuerzo cayó de rodillas. ¡Cayó preso! Dos largas estacas le fueron puestas a la espalda y diez manos lo ataron fuertemente, impidiéndole cualquier movimiento.

—¿Debo matarlo? —preguntó el jefe de la guardia, alzando su hacha sobre Mirinri y mirando a Pepi, que se había puesto en pie.

—Ninguno de vosotros es digno de derramar la sangre faraónica —respondió el rey.

—Entonces, ¿qué debemos hacer?

Pepi permaneció silencioso unos momentos; después dijo:

—Metedlo en un palanquín totalmente cubierto y encerradlo en la gran necrópolis, con una de aquellas sólidas piedras que colocamos a la entrada de nuestras pirámides. de ahora en adelante mis súbditos se construirán otro subterráneo si quieren hacerse sepultar. terreno no falta en Egipto para excavar *mastabas*.

—¡Miserable! —aulló Mirinri, haciendo un esfuerzo supremo para liberarse de las ligaduras que lo sujetaban.

—Cuando la muerte lo sorprenda —sorprendió Pepi, fríamente— nuestro embalsamador oficial se encargará de preparar su cuerpo como si fuera el de un rey o el del hijo de un rey. ¡Obedeced!

—¡Alguien me vengará! —gritó Mirinri.

—¿Quién —preguntó Pepi irónicamente.

—Ounis, que está libre todavía.

Al oír aquel nombre un pánico terrible se apoderó del rostro del poderoso monarca y un temblor sacudió sus miembros. parecía presa de vivísima emoción, de profunda angustia.

—¿Está también él en Menfis? —balbuceó.

—Sí y será él quien me vengue y hunda su daga en tu corazón.

—Sabré evitarlo —dijo Pepi, como hablando para sí.

Cuatro arqueros trajeron entonces un palanquín cubierto por una cortina negra.

—¡Deprisa! ¡Lleváoslo deprisa! ¡Quitadlo de mi vista! —gritó el rey, que parecía enloquecido.

Mirinri fue levantado en vilo, metido en el palanquín, y los ocho guardias que se habían colocado junto a las varas salieron casi corriendo.

—Marchaos todos —dijo Pepi mostrando las puertas de bronce.

Cuando estuvo solo se dejó caer pesadamente ante la mesilla donde Mirinri había comido en su compañía, cubriéndole casi las hojas de rosas que había sobre la piel de pantera.

—Soy un miserable —dijo, pasándose una mano por la frente bañada en un sudor frío—. Y sin embargo la paz de Egipto lo exige.

Cogió un ánfora medio llena de vino y llenó una copa que vació de un trago.

—Olvidémonos —dijo después.

—¿Qué? —preguntó una voz detrás suyo.

Pepi se volvió de golpe, asiendo una de las dagas dejadas caer por sus guardias. Her-Hor, el gran sacerdote del templo de Ptah, había entrado silenciosamente en la inmensa sala y estaba ante él.

—¿Qué rey! —repitió Her-Hor.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó Pepi.

—Ponerte en guardia —respondió el sacerdote.

—¿Contra quién? Ya se lo han llevado a la necrópolis y dentro de unos minutos la lápida de piedra cerrará para siempre el pasadizo.

—Mirinri, tu sobrino no está solo en Menfis.

—Sí, hay también aquel que se hace llamar Ounis, ¿no es cierto? —inquirió Pepi con amargura, disimulando un suspiro.

—Quizá ese sea más peligroso que Mirinri —respondió el sacerdote.. Además hay otra persona a la que tu hija ha concedido esta mañana imprudentemente la libertad.

—¿Sahur?

—O mejor Nefer, ya que le pusimos ese nombre.

—¡Bah, una muchacha!

—Tan peligrosa como Ounis, por no decir que más.

—¿Qué me aconsejas hacer?

—Destruirlos a todos.

—¡A todos! —exclamó Pepi con repulsión—. ¿También a Sahur?

—La tranquilidad del reino lo exige; además yo odio a Nefer.

—¿Todavía?

—No he olvidado el golpe de daga que me propinó en la isla de las sombras.

—¿Tú sabes dónde se encuentra Ounis?

—He lanzado tras sus huellas a los más hábiles agentes de tu policía. se dice que se encontraba juntamente con Mirinri en el momento en que conducían al buey Apis a abrevarse en el Nilo.

—¿Qué esperan a detenerlo?

—Están ya sobre sus pasos.

—¿Qué voy a hacer luego con él?

—Será muerto —respondió Her-Hor.

—¡Una nueva infamia!

—La tranquilidad del Estado lo exige, rey.

—¡Pero a él, también a él!

—El pueblo cree que ha muerto desde hace años.

—Temo que semejante delito me cueste el reino, Her-Hor. El sacerdote se encogió de hombros.

—El *ureo* está demasiado seguro sobre tu frente, rey —dijo después.

—¿Cuál será la mano audaz que se atreverá a quitártelo?

—Y sin embargo —respondió Pepi, tras un breve silencio—, tengo vagos presentimientos. no me siento tranquilo como antes y esta última noche no he dormido como otras veces.

—Los gritos de Mirinri hambriento, agitándose como bestia feroz en las tenebrosas galerías de la *mastaba* no turbarán demasiado tiempo tus sueños, rey —dijo Her-Hor—. Cinco, seis, tal vez siete días, o quizá pueda resistir más porque me parece muy robusto; pero dspues todo habrá terminado y ya no volverás a oír su voz y volverá a ti el sosiego.

—¡En sus venas corre mi misma sangre! —gritó Pepi.

—No es tu hijo —respondió fríamente el sacerdote.

—Es hijo de mi hermano.

—Ya, casi un extraño.

—¿Quién te ha creado a ti? ¿El genio del mal?

—La diosa de la venganza.

—No existe semejante divinidad en nuestra religión.

—Existirá un día.

—Eres más terrible que yo.

—Intento llevar a cabo un sueño.

—¿Cuál?

—Hendir el corazón de aquel que hizo de mí, gran saerdote del templo de las esfinges, casi un miserable.

—¿Vengarte de Teti?

—Sí, de tu hermano —dijo Her-Hor, con acento feroz—. ¿Si no hubiese encontrado en ti un protector, qué sería yo ahora? Un miserable hambriento peor quizá que uno de esos desgraciados que para comer gastan sus fuerzas en la erección de nuestras colosales pirámides.

—Pero tú dilapidaste las riquezas del templo.

—Lo dijeron mis enemigos —dijo Her-Hor furibundo—. Y tu hermano los creyó a ellos y no a mí.

Después de hacer un gesto de rabia, prosiguió:

—Yo no he venido aquí para discutir sobre mi persona, sino a salvar a tu reino y a tu pueblo, rey.

—¿Qué me aconsejas que haga? —preguntó Pepi con voz tenebrosa.

—Matar sin piedad —respondió Her-Hor— si te lo exige la tranquilidad de tu reino.

—Dudo en alzar la mano sobre él.

—Un rey no debe dudar nunca.

—Todavía no está preso.

—Esta noche estará en nuestras manos. ya te he dicho que los guardias están sobre sus pasos.

—Que no lo vea yo. no podría resistir su mirada penetrante: sería una acusación que pesaría demasiado para mi corazón.

—Un golpe de daga de un soldado fiel y ¿qué se sabrá de él?

—Hablarán sus partidarios.

—Que empuñen las armas, ahora que no tienen manos —respondió Her-Hor irónicamente—. Si después...

El ruido de una de las puertas de bronce que se abría impetuosamente lo interrumpió de golpe. Nitokri, la hermosa princesa, penetró apresuradamente en el inmensa y magnífica sala, con el rostro alterado, los ojos llameantes y los vestidos desarreglados. tendió, con un gesto imperioso sus desnudos brazos, adornados con espléndidos brazaletes de oro hacia el gran sacerdote, diciéndole con voz autoritaria:

—¡Sal, genio maligno!

—¡Nitokri! —gritó Pepi asustado por la ira que demostraba el rostro de la muchacha.

—¡Vete! —repitió la joven Faraona, sin mirar a su padre e indicando con gesto enérgico a Her-Hor las puertas de bronce.

—Olvidas, señora, quién soy yo —dijo el sacerdote, frunciendo el ceño.

—El gran sacerdote del templo de Ptah, ya lo sé —respondió Nitokri con voz que retumbó siniestramente en la sala—. ¿Te basta? ¿Y tú sabes quién soy yo? Una Faraona que un día reinará sobre Egipto y que con una sola señal castigará a todos los que la fastidien. ¡Vete, ahora!

—Todavía no eres reina, muchacha.

—¡Cuando la voz de una Faraona truena aquí dentro, en el palacio real, del primero al último súbdito deben obedecer! —gritó Nitokri, irguiéndose ante Her-Hor—. ¡Vete!

—Cuando me lo mande tu padre, ya que es él solo quien reina en estos momentos y quien puede ordenármelo —respondió el viejo sacerdote, que se había puesto lívido. Luego dirigiéndose hacia Pepi le preguntó:

—¿Debo obedecer a tu hija?

El rey pareció no haber comprendido nada. se hallaba apoyado contra una columna y miraba atónito, como aniquilado, a su hija.

—¿Debo obedecer? —volvió a preguntar Her-Hor.

Pepi hizo con la cabeza un gesto afirmativo.

—Bien —dijo Her-Hor con ironía—. No te olvides Pepi que tú eres el rey y que tu reino se encuentra al borde de un abismo, pero que todos los sacerdotes están contigo para la salvación, la tranquilidad y la grandeza de estas tierras, que el gran Osiris bendice y que RA fecunda.

Lanzó sobre Nitokri una mirada que semejaba desafío, luego atravesó lentamente la sala, sin apresuramiento y salió por la misma puerta de bronce por la que había entrado la muchacha. la princesa aguardó a que se cerraran las hojas de las puertas, y luego dirigiéndose impetuosamente hacia Pepi, le preguntó con voz agitada:

—¿Qué es lo que has hecho, padre, con Mirinri, el joven a quien debo la vida? ¡Dímelo! ¡Quiero saberlo!

—Ha escapado —respondió el rey.

—¿Dónde?

—No lo sé. Talvez no quería ser recompensado por mí.

—¡Mientes! —gritó la joven con el ímpetu feroz de una joven leona que se revuelve hacia el cazador que la ha herido—. Ha sido detenido por la guardia y se lo han llevado afuera.

—Pero no...

—¿Quién ha muerto a aquellos hombres que yacen con el cráneo hendido, en torno a aquella columna? —preguntó Nitokri indicando a los guardias que nadie había pensado todavía en sacar de allí—. El brazo poderoso de aquel que mató al cocodrilo que iba a devorarme en las frescas aguas del Alto Nilo, donde mi cuerpo divino se estaba bañando.

—Esos eran traidores, aliados de aquellos rebeldes que mis fieles soldados sorprendieron en la pirámide de Radope.

—¡Estás mintiendo! —repitió la princesa con mayor furia—. Esos desgraciados han sido ajusticiados por Mirinri.

—¿Quién te lo dijo? —preguntó Pepi.

—Lo he sabido yo. ¿Dónde? ¿Dónde lo has llevado? Sé que hace muy poco una litera cubierta con un gran toldo negro ha salido de este palacio escoltada por un escuadrón de tus arqueros. ¿Quién iba dentro?

El rey permaneció durante unos instantes mudo; luego, haciendo un supremo esfuerzo, dijo:

—¿Acaso no sigo siendo rey de Egipto? ¿Mandas tú o yo?

Si alguien me estorba, me libro de él. ante todo pienso en la tranquilidad del reino.

—¿Lo has hecho matar? —gritó Nitokri, lanzándose contra Pepi y golpeándolo violentamente.

—¿A quién?

—A Mirinri.

—No... ¿qué es lo que temes? —dijo Pepi con aire embarazado.

—¡Que me lo mates!

—Me lo...

—¡Mates! —gritó Nitokri mientras dos lágrimas le bañaban el hermoso rostro.

—¿Lo amas, tal vez? —preguntó asustado Pepi.

—Sí, lo amo —respondió la muchacha.

Pepi se pasó por dos o tres veces la mano por la frente, luego dijo, como si hablara para sí, mientras un escalofrío sacudía su cuerpo:

—El sí... tal vez... ¿pero el otro? Se derrumbaría todo y ¿yo qué sería?

—¡Padre! —gritó Nitokri—. Yo lo amo.

Pepi se apoyó en una columna y se cubrió con ambas manos el rostro, repitiendo con voz sollozante:

—Es el fin... todo se hunde en torno a mí... Es el castigo... Luego, irguiéndose con un esfuerzo supremo dijo:

—El... no... nunca... Her-Hor lo capturará... el pueblo lo ha olvidado... murió contra los caldeos... desaparecerá nuevamente...

—¿Qué estás diciendo, padre? —preguntó Nitokri, que lo miraba con angustia.

—Manda a uno de mis capitanes a la necrópolis donde he hecho encerrar vivo a Mirinri —dijo Pepi—. La piedra fatal no habrá sido colocada todavía... y si lo fuese haz derrumbar los muros... que viva y sé feliz ya que lo quieres y te salvó la vida... y reinad... pero después de mí.... el pueblo egipcio me quedará reconocido... es un Hijo del Sol.

—¿Has dicho en la necrópolis, padre?

—Sí, vete, ordénalo... te lo doy...

—¡Mirinri es mío! ¡Oh, la suprema felicidad!

—¡Calla! Tal vez sea la ruina de Egipto. ¡Vete!

Nitokri salió, casi corriendo. Apenas había desaparecido cuando Her-Hor entró de nuevo en la sala. una luz maligna iluminaba sus ojos. Pepi llenó una copa y la vació sin mirarlo.

—Rey, has cedido, ¿no es cierto? —le preguntó el gran sacerdote.

—Lo ama —respondió secamente Pepi, dejando la copa vacía— y Nitokri es mi hija, carne de mi carne.

—Y él está detenido.

—¿Quién? —preguntó Pepi agitándose.

—Ounis.

—¡Él!

—¿Lo salvarás?

—Mañana sueltan a mi león favorito, en el gran embalse del Nilo... Veremos si el vencedor de los caldeos sabrá vencer también al terrible hijo de las arenas libias... al hijo lo salvo, pero a él no... ¡Además el pueblo lo ha olvidado!

LA CAPTURA DE OUNIS

Ounis, según se ha dicho, tras la captura de Mirinri escapó maldiciendo, confundido entre la multitud que llenaba la inmensa plaza. Daba la impresión de que aquel hombre, que parecía vigoroso como un roble a pesar de su avanzada edad, hubiese envejecido diez años en pocos minutos. Había tomado una calle, luego otra y por último una tercera, casi corriendo, hasta que se detuvo en la magnífica avenida que bordeaba el Nilo, dejándose caer abatido, pálido, deshecho, sobre una de aquellas enormes piedras que servían para la construcción de colosales diques, que hoy, después de cinco o seis mil años, muestran todavía sus ruinas.

Un profundo lamento mostraba el dolor del pobre anciano.

—¡Preso! —murmuró—. Ese amor fatal lo ha perdido, cuando la luz se alzaba para él radiante, proyectada por Ra y por Osiris. ¿De qué han servido tantos años de exilio en las arenas ardientes del desierto y tantos sacrificios? ¡Yo, que habría podido brillar como el astro que irradia esta tierra que el Nilo fecunda y que los dioses protegen! ¡Yo, que con un gesto habría podido hacer temblar los pueblos a ambos lados del mar Rojo! ¡Todo se ha perdido! ¡Hay una gran desgracia a mi alrededor! ¡Hubiera sido mejor que hubiese muerto allí, donde luché y vencí, bajo la enorme avalancha de caldeos a los que mi daga puso en fuga y mi carro de batalla había pisoteado! ¿Qué soy yo ahora? La sombra de un poderoso que ya no tendrá ni siquiera los honores del embalsamamiento, ni una pirámide como tumba... ni una momia... me quedan sin embargo para mi cuerpo las aguas de este río, que descienden del cielo. Ra me acogerá en su barca resplandeciente...

Se levantó de repente, fijando sus ojos en las crecidas aguas del río que mugían sordamente, rumoreando contra los colosales diques.

—¿Desaparecer del mundo, sin haberme vengado de Pepi? —dijo de pronto, retrocediendo—. ¿Qué iba a ganar yo? ¿Un viejo guerrero eliminándose ante el peligro? No, todo no puede acabar así. ¿Y... Ata? ¿Y mis amigos, los viejos partidarios de Teti el Grande? ¿Es que no me esperan en la pirámide de Rodope? ¡Ata! mi mente se había trastocado, al hacerme olvidar a aquellos valerosos que no esperan otra cosa que mi señal para entrar a hierro y fuego en Menfis. Sí, lo arrasaremos todo, y pasaremos como un huracán devastador a través de Egipto, si Pepi quiere luchar contra nosotros. Mi grito de guerra, ese grito que un día hizo huir tropas escogidas, víctimas de sangre y destrucción, hará crujir las cien columnas del palacio real y mi mano arrancará el *ureo* que brilla sobre la frente del usurpador. Menfis la orgullosa se rendirá o caerá destruida con sus templos y sus monumentos. Si matan a Mirinri, yo haré pasar a cuchillo los trescientos mil habitantes de la ciudad y no dejaré una sola piedra que pueda recordar la existencia de esta metrópolis que es la maravilla del mundo. vayamos: ¡Yo no soy ya Ounis, vuelvo a ser el que fui un día!

Dejó el parapeto y se puso a seguir el Nilo, encaminándose hacia la parte septentrional de la ciudad, donde se alzaba imponente, entre un atardecer de color de fuego, la pirámide en cuyo interior dormía la momia de la hermosa Rodope, en su sarcófago de mármol azul. La inmensa avenida, a la que daba sombra una doble hilera de palmeras, estaba casi desierta, ya que la población había ido en masa hacia el curso inferior del río, donde los sacerdotes habían conducido con gran pompa, al buey sagrado para que abrevase. Ounis caminaba rápidamente, pero hasta el atardecer no llegó al lugar donde debía reunirse con los conjurados.

—Es aquí donde descansar Rodope —murmuró el anciano.

La pirámide se alzaba majestuosamente ante él, a menos de trescientos pasos, toda ella rojiza bajo los últimos rayos del sol de aquel día. En su alrededor no se veía a nadie. Solo dos chacales de pelaje oscuro dormitaban uno junto al otro, bajo la sombra que proyectaban las hojas de la palmera.

—"¿Dónde estará Ata? —se preguntaba Ounis. Yo no sé dónde está la entrada que conduce a la *serdab*. solo hay silencio aquí. Me causa impresión esta calma. Aquí debería palpitar el corazón del futuro reino y en vez de ello me parece que sea dentro del mío donde esté ocurriendo algo. ¡Ah! ¡Genio maligno! ¡Aquí hay sangre!"

Ounis se inclinó hacia el suelo y con el dedo removía la arena que los vientos cálidos del cercano desierto líbico habían depositado en torno a la gigantesca pirámide.

—¡Sangre! —repitió con voz profunda—. ¡La arena aquí es roja!

Luego alzó su mirada hacia la pirámide.

—¡Flechas! —exclamó luego, dando una mirada de desánimo a su alrededor. Han sido cogidos.

Se quedó silencioso: era un silencio trágico.

Tuvo un imprevisto desvanecimiento y cayó al suelo como fulminado, quedando inerte. Una voz bien conocida por él lo hizo volver en sí después de muchísimas horas. La noche había desaparecido y el sol en cambio aparecido, tal vez desde hacía mucho tiempo, porque se hallaba casi a mitad de su camino.

—¡Nefer! —exclamó Ounis.

—Sí, soy yo, mi señor —respondió la joven—. ¿Qué te ha sucedido? Te hemos encontrado sin sentido.

Ounis se pasó varias veces la mano por la frente, para poner en orden sus ideas todavía revueltas.

—No lo sé —dijo después—. Me pareció como si hubieran descargado un golpe en mi cabeza y perdí el conocimiento... ¡Es de día! ¿Cuánto tiempo llevo sin sentido?...

Después mirando a Nefer con cierta sorpresa, dijo:

—¿Cómo te encuentras tú aquí? ¿Quién es ese viejo soldado que te acompaña? ¿No estaban con Mirinri?

—Sí, mi señor.

—¡Mirinri! —gritó Ounis—. ¿Dónde se encuentra?

En manos de Pepi.

—¡Ah! ¡Desgraciado! ¡Está perdido!

—Sí, perdido —sollozó Nefer—. Para ti y para mí.

Ounis se levantó de golpe, como si hubiese recuperado de pronto todas sus fuerzas.

—Cuéntame lo que ha ocurrido —dijo con voz adusta.

Nefer en pocas palabras le informó del arresto y la prisión en los subterráneos del palacio real, de su liberación y de las promesas de Nitokri de proteger a Mirinri. Una amarga sonrisa contrajo los labios del pobre anciano.

—¡Nitokri! Es la hija del usurpador y no es ella quien manda. Todo ha terminado, muchacha: Mirinri no saldrá vivo de aquel subterráneo. Conozco bien a Pepi.

Permaneció algunos momentos silencioso, después preguntó:

—¿Estabas segura de encontrarme aquí?

—Tenía alguna esperanza —repuso Nefer—. Así que, apenas estuvo libre, me hice conducir por este soldado, puesto para mi protección.

—Ahora ya no tienes necesidad de él: despídelo.

—Vete, amigo y aguárdame en la casa que el rey ha puesto a mi disposición —dijo la joven al veterano—. Nos veremos pronto.

El viejo guerrero se inclino profundamente sin decir palabra y se alejó con paso lento.

—Nefer —dijo Ounis cuando estuvieron solos— los viejos amigos de Teti han sido hechos prisioneros. La pirámide ha sido asaltada y tal vez a esta hora ya no haya ninguno vivo.

—¿Así es que estamos malditos?

—Sí —repuso Ounis—. El trono al que aspiraba Mirinri se ha perdido y la venganza escapa de mis manos cuando creía tenerla bien segura en mi puño... y a ti mi pobre muchacha, ¿qué te espera?

—La muerte —dijo Nefer con un sordo sollozo.

—Caminemos, pues, hacia la muerte— dijo Ounis—. Allí, en las arenas del desierto, en las que se halla todavía impresa la huella de aquel que debía destruirlo todo, encontraremos un poco de tranquilidad. Ven, muchacha, remontaremos el Nilo y en la gran pirámide donde él vivió y pasó su primera juventud y bajo los bosques de palmeras en los que soñó y durmió encontraremos la calma que el aire infecto de la orgullosa Menfis ha destruido. Regreso a aquella tierra de exilio, yo que habría podido reinar aquí y más poderoso y más fuerte que Pepi.

—¿Quién eres tú? ¡Dímelo, siquiera por una sola vez! —gritó Nefer.

—El león del desierto libio —respondió Ounis—. ¿Dónde nací yo? ¿Que llegué a ser antes? Solo yo lo sé. Ven, muchacha, vayamos a respirar el aire que vivificó los pulmones de Mirinri, vayamos a oír el suave murmullo de las aguas que él escuchaba durante horas y horas bajo la fresca sombra de los *dum*. Vayamos a ver de nuevo los lugares donde él vivió. ¡Ha muerto! ¡Maldita Menfis! ¡Cómo te destruiría! ¡Osiris ya no irradia al cielo con sus rayos! ¡Ha abandonado al Hijo del Sol! ¡Que su barca se hunda bajo las llamas de Ra! ¡Sean malditos todos los dioses de Egipto! Que la sombra tenebrosa de la noche eterna los elimine a todos. ¡Ven, Nefer! ¡Ven al desierto! ¡Tú serás mi hija!

Cogió de la mano a la muchacha, que seguía sollozando continuamente, y se encaminó hacia el Nilo. Iban a acercarse a una barca que se encontraba anclada junto a los diques, cuando cuatro guardias reales que estaban escondidos detrás del parapeto, se le arrojaron improvisadamente a su lado con las dagas en alto, derribándolo. El viejo, con un movimiento fulminante, cogió por la muñeca al hombre que estaba más cercano a él, arrebatándole el arma.

—¡Largo, miserables! —atronó, con voz formidable—. Cientos de caldeos no me asustaron y cayeron todos bajo mi brazo. ¡A ti, el primero!

Con gran agilidad maravillosa que cualquier joven le habría envidiado, se puso en pie gritando:

—¡Retírate, Nefer!

La daga, un arma sólida y afilada, se balanceó un momento en el aire y desapareció por completo dentro del cuerpo del guardia.

Los otros tres se avalanzaron sobre el viejo gritando:

—¡Ríndete!

—Así se rinde el que venció a los caldeos —respondió Ounis.

Tres veces brilló la hoja ya ensangrentada y los tres hombres cayeron, uno sobre otro, contorsionándose entre espasmos de muerte. Ounis iba a emprender la huida cuando una patrulla de guardia, apareciendo por una calle lateral, lo rodeó. Eran cuarenta o cincuenta hombres vigorosos, armados de hachas de guerra.

Ounis arrojó la daga ensangrentada, diciendo con ironía:

—Yo no mato a mi pueblo. ¿Quién me busca?

—El rey —dijo un viejo arquero, adelantándose.

—¡Ah! —dijo Ounis.

Luego dirigiéndose a Nefer, añadió.

—Ni siquiera el desierto nos quiere. Es la catástrofe completa. ¡Es el fin!

A continuación, mirando irónicamente a la guardia, preguntó desdeñosamente:

—¿Ante quien me lleváis?

—Ante el rey —respondió la guardia.

—¿Así es que me seguíais?

—Sí —respondió el viejo arquero que mandaba la patrulla.

—¿Y qué harás con esta muchacha?

—No tengo órdenes respecto a ella: ¿quién se va a preocupar de una vagabunda?

Un grito de bestia feroz salió del pecho del viejo Ounis.

—¡Miserable! —gritó, liberándose con un movimiento violento de los guardias que lo sujetaban por las muñecas—. ¡Esa una vagabunda! ¡Es una Hija del Sol sobre la que te guardarás de poner tu vil mano!

La mano del anciano cayó sobre el rostro del arquero como un terrible latigazo, haciéndole dar dos vueltas sobre sí mismo.

—Inclínate ante esta muchacha que tiene en su cuerpo divino el tatuaje del *ureo*. ¡Enseguida, o te mano! ¡Si Pepi no te degüella, ya habrá quien t castigue por no obedecer! ¡Enseguida! ¡Tú no sabes quién te lo está mandando!

Hubo entre los soldados un momento de estupor difícil de describir. Aquel anciano que había dado muerte a cuatro hombres y que mandaba con la autoridad de un rey, los había impresionado a todos.

—¿Es tu hija? —preguntó el jefe de los arqueros con voz alterada.

—Ahora no importa eso —dijo Ounis—. Es una Faraona y eso te basta. ¡Mira, vil esclavo de un rey ladrón!

Con un gesto rápido arrancó a la muchacha la ligera túnica que le cubría el hombro y puso al descubierto en su espalda el símbolo del derecho sobre la vida y la muerte.

—¿Lo véis? —dijo—. ¡Es una Faraona! ¡Inclínate, tú, que la has ofendido, porque es de origen divino!

El arquero cayó de rodillas, mientras que los otros habían hecho más amplio el círculo.

—Y ahora —dijo Ounis— conducidme ante Pepi. Deseo verlo.

—¿Y yo? —preguntó Nefer.

—Sígueme —respondió el anciano—. Allí en el palacio de las cien columnas vamos a dar la última batalla. Tal vez no se haya perdido todavía y cuando le eche en cara su infamia, es posible que renazca el ave fénix y que al igual que un famélico cocodrilo, logre clavar mis dientes en su alma. Ven, Nefer, ven, muchacha. El ala dorada y roja del ave fénix nos protegerá.

Los arqueros se habían situado en torno a ellos y el jefe había soltado el cíngulo que ceñía su *kalasiris* para atarle las manos a Ounis.

—No es preciso —dijo el anciano—. Ya no tengo daga para mataros a todos. ¡Adelante! El palacio real y yo nos conocemos.

Ounis, sombrío, pensativo, caminaba entre los guardias y Nefer lo seguía con la cabeza inclinada sobre el pecho, como una sombra que vagara. Salieron a la avenida que conducía al palacio real, sin que ninguno ni él, ni ella, ni nadie de la escolta hubiese pronunciado palabra. Pero cuando llegaron al peristilo de mármol hubiérase dicho que Ounis despertaba de un largo sueño. Miró como aturdido las inmensas puertas, las altas terrazas fortificadas, las columnas refulgentes de oro que se

erguían majestuosamente a través de la inmensa sala, donde había sido recibido Mirinri, y aspiró profundamente el aire.

—Hace dieciocho años —dijo, deteniéndose bruscamente—. Y vuelvo a sentirlo, ¡pero ya no es mío!

Se volvió hacia la guardia, como si quisiera lanzarse contra ella o como si quisiera gritarles algo a la cara, pero, se detuvo y dijo:

—¿Dónde está el rey?

—Lo verás mañana —respondió el jefe de los arqueros.

—¿Y su hija Nitokri, donde está? —preguntó Nefer, con ímpetu.

—¿Es que no soy yo también una Faraona? —preguntó la muchacha—. ¿No has visto el tatuaje y no lo ha demostrado mi hombro hace poco a los arqueros? ¡Vete a decirle que una Hija del Sol quiere verla enseguida! ¿Me has entendido?

—Es la hija del rey —observó humildemente el jefe de los arqueros.

—¿Y yo quién soy, si el *ureo* está marcado en mi cuerpo?

—Nefer —dijo Ounis—. ¿Qué es lo que quieres hacer?

—En las cien columnas daremos la batalla, aunque sea la última —dijo la muchacha sollozando—. ¡Voy a mi destino! Adiós, señor, espero verte pronto.

Ounis meneó triste su cabeza y siguió a los arqueros que habían abierto una puerta por la que daba la impresión que se descendía a los subterráneos. El jefe, entretanto, habíase alejado subiendo por una escalinata de mármol, que partía de un inmenso tenderete entretejido con cortinajes de oro y largas cintas de variados colores, brillantes todos ellos. Nefer, al quedarse sola en la inmensa sala, se apoyó en una taza de lapislázuli que servía en determinadas ocasiones de surtidor, escondiendo el rostro entre sus manos.

Unos pasos muy ligeros, acompañados por el roce de un vestido, arrancaron a Nefer de su desesperación. Nitokri, la hija de Pepi, estaba ante ella. las dos jóvenes se miraron largo tiempo, sin hablar, luego fue Nitokri, quien dijo:

—¿Eres tú la que llaman princesa de la isla de las sombras?

—Yo soy Nefer.

—O Sahur mejor —ese era el nombre que tenías cuando te sacaron de aquí.

—No lo recuerdo —respondió Nefer—. Era una niña todavía.

—¿Qué es lo que quieres, muchacha?

—Sabes lo que le ha pasado a Mirinri, el hijo del gran Teti —respondió Nefer, estallando en sollozos—. Tú, que eres todopoderosa, protégelo, señora, de las iras de tu padre... Yo, que lo amo intensamente, lo dejo en tus manos para que le salves la vida.

—¿Mirinri... lo amas? ¿Y él a ti? —gritó Nitokri.

Nefer denegó tristemente con la cabeza.

—El solo soñaba y veía a la muchacha que salvó a orillas del Alto Nilo. Nefer había nacido bajo el rayo funesto de Ra: el rayo azul que lleva la desgracia a todos aquellos a quienes toca.

Nitokri se había quedado silenciosa. Una profunda compasión podía apreciarse en sus hermosísimos ojos.

—Pobre Sahur —dijo después suspirando—. Aunque hayas nacido en los peldaños de un trono igual que yo, a ti te han vedado la felicidad.

De pronto se agitó.

—¿Corre Mirinri algún peligro? —gritó.

—Sí, tal vez en estos momentos haya sufrido la suerte horrible de los partidarios de su padre. He visto su sangre en las arenas que rodean la pirámide de Rodope.

—¡Mirinri amenazado! ¡Muerto tal vez! ¡Escúchame muchacha! ¡Ay de mi padre, si se ha atrevido a alzar su mano sobre él! ¡Sería demasiado! Hermana, unamos nuestras fuerzas contra los malvados consejeros de Pepi: ¡Seamos dos Faraonas!

EL TRIUNFO DE TETI

Algo mas allá de Menfis, al oeste del Nilo, en el lugar donde la cadena libia comienza a alargarse, formando un pintoresco oasis que se llama todavía Faygoum, se abría aquel famoso dique hecho construir por Amenemhat III, que durante siglos y siglos causo la maravilla de los asirios, de los caldeos y de los navegantes griegos y cuya finalidad era recibir las aguas sobrantes del río y regular la irrigación en las tierras colindantes.

Era una obra maravillosa, un embalse inmenso que tenía diques de cincuenta metros de espesor y una longitud de varias decenas de kilómetros, como puede comprobarse por los restos que todavía subsisten, después de millares y millares de años que fueron erigidos. Era a orillas del famoso lago de Moeris, como se llamo por los griegos que lo visitaron mas tarde, donde se levantaba el Laberinto, el mayor palacio del mundo, con mas de tres mil cámaras, y la fachada de mármol blanco, que se reflejaba en las aguas, como el de Paros y en medio las dos colosales estatuas de Amenemhat III y su esposa. En aquel maravilloso dique, veinticuatro horas después de la captura del desgraciado Ounis, se habían reunido mas de cien mil personas, lanzándose sobre los gigantescos diques que forman como un inmenso anfiteatro.

Por la mañana mil heraldos habían hecho sonar sus trompetas por las calles de la soberbia metrópoli, anunciando un espectáculo emocionante e invitando a sus habitantes a reunirse en el dique, que las aguas del Nilo no habían invadido todavía, ya que el río no había alcanzado su máximo nivel; millares y millares de personas se habían reunido en los diques, aunque ignorasen todavía de que cosa se trataba. Sin embargo la noticia de que también el rey, seguido de su brillante corte, tomaría parte, bastaba para arrastrar al festejo a los habitantes de Menfis con todas sus familias. La hora del espectáculo se había fijado tres horas antes de la puesta del sol, aunque cuando el sol comenzaba a declinar rápidamente y el aire a refrescar, se habían cubierto de espectadores todos los diques que se extendían frente al maravilloso palacio del Laberinto y a las dos gigantescas estatuas de Amenemhat y su consorte, que se erguían soberbiamente en espera a que el oleaje del sagrado Nilo, bajando del cielo, bañasen sus pies extendiéndose en torno a ellos con suave murmullo, como un gran monstruo sojuzgado por sus poderosos vencedores. Pepi se hallaba a la hora fijada seguido por toda su corte, compuesta por grandes dignatarios, chambelanes, sacerdotes, arqueros, guardias reales, músicos y danzarines, que hacían sonar ruidosamente sus variados instrumentos musicales y un gran numero de jóvenes esclavos, que movían enormes abanicos resplandecientes de oro y adornados con magnificas plumas de avestruz con diferentes símbolos religiosos de metal precioso. Ante la blanca fachada del Laberinto se había levantado para él y sus dignatarios un estrado grandioso de colores brillantes, cubierto por un enorme toldo de finísimo lino con grandes franjas multicolores y que había ocupado prontamente, sentándose sobre una especie de trono muy elevado, desde donde podía dominar todo el embalse y los gigantescos diques.

El pueblo había notado pronto, con cierto estupor que Nitokri no lo había acompañado. Desconocía que en aquel mismo momento la joven Faraona, acompañada por Nefer y por un grupo de esclavos y de guardias se encaminaba hacia la necrópolis para despedazar la durísima piedra de la *serdab* principal, donde había sido encerrado Mirinri. Un profundo silencio reinaba allí, roto únicamente por el monótono rumor de las aguas que se escurrían a lo largo del dique, impaciente por precipitarse en el inmenso embalse y fecundar las tierras bendecidas por el sol. Daba la impresión de que aquellos millares de personas contenían la respiración. Una larga llamada de trompas, seguida inmediatamente por los primeros sones de la fanfarria real, advirtió a la multitud que el espectáculo anunciado iba a comenzar. Unos cuantos guardias, salidos del palacio del Laberinto, habían avanzado hasta el dique de poniente subiendo la escalinata que conducía al fondo del embalse. Escoltaban a un anciano de aspecto majestuoso, con miembros todavía robustos, cubierto solo por un corto *kalasiris* ceñido a la cintura. Tenia un escudo semioval, semejante al que usaban los guerreros de la época e iba armado con una daga de bronce de hoja muy ancha y pesada; era Ounis. El anciano, aunque ignorase todavía contra quien había dispuesto el usurpador que se enfrentase andaba tranquilo, con la cabeza erguida, empuñando la daga fuertemente, despertando la admiración de los espectadores que se habían levantado para verlo mejor. Cuando llegaron entre las dos gigantescas estatuas los guardias se retiraron corriendo y dejándolo solo.

Casi en el mismo instante de una de aquellas galerías subterráneas que servían de canal para las aguas del Nilo, se vio avanzar, saliendo con un salto inmenso un majestuoso león libio de poderosa estampa con una larga crin casi negra. Un inmenso grito, semejante al rumor siniestro de una enorme marea o al rumo de un maremoto, se alzó de entre los millares de espectadores. ¿Se rebelan contra la ferocidad de su rey, que exponía a un anciano, probablemente un guerrero, para enfrentarlo de ese modo con un ligero escudo y su valiente acción o bien saludaban al león? Ounis, inmóvil, con la daga enhiesta y el cuerpo agachado hacia delante para ofrecer menor superficie a las terribles garras del carnívoro, aguardaba valientemente el ataque, con una extraña sonrisa en los labios.

La fiera, que probablemente estaba en ayunas desde hacia días, al oír el griterío de la multitud se detuvo, pero viendo a la presa ante ella, aguijoneada por el hambre intento un segundo salto, cayendo a cinco o seis pasos de Ounis. De pronto, cuando iba a emprender el ultimo ataque, se detuvo mirando al cielo y lanzo un profundo rugido que resonó como un trueno por los gigantescos diques. Los espectadores, impresionados, se pusieron nuevamente en pie, mirando también hacia lo alto. Un terror repentino parecía haberse apoderado de todos: hombres y bestias. ¿Que extraño fenómeno ocurría? El aire se torno rápidamente oscuro, los diques cambiaron de aspecto, el palacio del Laberinto, totalmente blanco como el alabastro al principio, había tomado un cariz grisáceo, el cielo en el horizonte tomaba un tono verduzco, los rayos del sol se esfumaron: la naturaleza toda parecía que iba a desaparecer. Los pájaros y los ibis, que al principio daban vueltas en gran numero por encima del embalse, se dejaban caer al suelo, como si unas flechas invisibles los abatieran; En lontananza los bueyes, que abrevaban en el Nilo, mugían

siniestramente, los perros ladraban lúgubremente y los rostros de los espectadores asumieron un todo cadavérico.

Parecía que algún siniestro acontecimiento iba a sucederle a Egipto. De los cuatro puntos cardinales, densas tinieblas aparecieron, invadiendo el cielo a una velocidad fantástica, mientras que el sol desaparecía dentro de una inmensa mancha negra. Un terror inenarrable apoderado de los espectadores. Incluso Pepi se puso en pie, observando al astro diurno al que dominaban las tinieblas. Luego un gran grito se mezcló a los mugidos de los bueyes y a los aullidos de los perros.

—¡Ra huye!

El rugido del león actuó como un eco. El formidable carnívoro parecía que no se acordase ya de la presa humana que tenía ante él. Se había acurrucado, encogiéndose en sí mismo, como si hubiese perdido su instintiva ferocidad. Ounis, sin embargo, no le había olvidado. Hombre de elevada cultura, comprendió en seguida que aquel fenómeno no era otro que un eclipse total de sol y aquellas tinieblas que caían sobre la tierra no lo asustaron en absoluto. Ra, el disco solar, venía en aquel momento culminante en su ayuda y se aprovechó de ello. De un salto se echó sobre el león, su daga se movió en el aire y se hundió toda ella en el pecho de la fiera.

El rugido formidable que salió de las fauces doloridas de la fiera, arrebató bruscamente al público de su terror. Dirigió sus ojos hacia el fondo del embalse y en la penumbra pudo distinguir al anciano con un pie sobre la fiera ya agonizando y la daga sangrienta en su mano.

—¡Pueblo! —gritó entonces Ounis, con voz sonora—. Ra se ha oscurecido para no asistir al asesinato de uno de sus hijos. ¿Es que no reconocéis pues a Teti, el vencedor de los caldeos, aquel Teti al que un día llamásteis "Grande" y que mi hermano, aquel hombre que se sienta en el palco real y que empalidece ante mi mirada, os hizo creer que había muerto? Pueblo, vuestro rey está vivo y ha vuelto a esta orgullosa Menfis, donde un día reinó. ¡Lo véis en la señal con que Ra ha mostrado mi origen divino! ¡En la muerte de este león véis el valor del antiguo guerrero que derrotó las hordas asiáticas! Y ahora miradme bien; y si me reconocéis, ¡venid conmigo a arrebatar de la frente de mi hermano, ese que me quitó el poder, el símbolo del poder sobre la vida y la muerte, para dárselo a mi hijo que durante dieciocho años he escondido y criado en el desierto!

Un profundo silencio reinó durante algunos instantes entre los cien mil espectadores. La oscuridad que se había extendido, el valor del anciano guerrero que había dado muerte al león, la acusación terrible que había lanzado contra el usurpador, la inquietud que se manifestó de pronto en el palacio real, el recuerdo del gran rey que había salvado a Egipto y que mil voces quedamente habían afirmado que estaba vivo, produjeron un efecto imposible de describir en aquella multitud.

Luego, de pronto, comenzaron a alzarse voces aisladas:

—¡Sí, ese es Teti! ¡Ayer hizo cortar Pepi las manos a sus partidarios! ¡Viva el vencedor de los caldeos! ¡Pueblo, sigámosle!

Parecía que un rugido, emitido por millones de fieras, hiciese retumbar los inmensos diques del embalse. El pueblo se precipitaba a oleadas terribles, bajando por las escalinatas, mientras que Pepi con su corte abandonaba precipitadamente el palco real, huyendo hacia Menfis.

En aquel momento reaparecía radiante el sol y las tinieblas se disipaban.

—¡Es Ra que vuelve! —tronó Teti—. ¡Él ilumina el camino! ¡Venid, pueblo! ¡Vuestro rey os llama!

—¡Al palacio real! —gritaron millares de voces— ¡Viva Teti!

El anciano que sostenía todavía el escudo y empuñaba la daga ensangrentada, saltó por encima del león y se dirigió hacia el Laberinto. Los cien mil espectadores, guiados por algunos partidarios del viejo rey, lo seguían en compacta masa, entre un griterío ensordecedor. Teti subió la escalinata y ya, en la cima, con su poderosa voz dominó el griterío y alzando la daga, gritó:

—¡Al palacio real! ¡Menfis tendrá hoy otro rey!

—¡Viva Teti! —respondió la multitud, que parecía presa de un verdadero delirio.

Cuando la inmensa columna penetró en Menfis, la ciudad bullía. El rumor de que había aparecido Teti, de cuya muerte muchos habían dudado, se divulgó con la rapidez del rayo y los habitantes acudían armados a las calles, dispuestos a dejarse matar en defensa del salvador de Egipto.

El grito de: "¡Viva Teti el Grande!" sonaba en todos los barrios de la metrópoli, desde las márgenes del Nilo a los lindes del desierto y nuevos grupos se añadían a los ya formados, llegados del gigantesco embalse. Una especie de guardia real se había formado, protegiendo a Teti que avanzaba a la cabeza del pueblo, en lugar preferente. Cuando las tropas llegaron ante el palacio real, encontraron las puertas abiertas de par en par. Guardias, arqueros, dignatarios y favoritos habían huido cobardemente.

Teti se detuvo un momento a contemplar aquella grandiosa construcción donde había reinado como gran monarca, luego entró en el ancho peristilo y subió la escalinata de mármol, penetrando valientemente en la inmensa sala del trono que nadie defendía. Por las veinticuatro puertas de bronce, que no estaban cerradas, había ido entrando el pueblo con terrible clamor.

Al fondo de la sala, acurrucado sobre el resplandeciente trono de oro, cubierto con las vestiduras regias y estrechando en sus manos las insignias del poder, lívido, aterrorizado, se hallaba Pepi, el usurpador.

El pueblo se detuvo y enmudeció. Los símbolos del supremo poder, que el rey sostenía en sus manos y sobre todo el *ureo* que le brillaba en la frente así como la majestuosidad del trono se impusieron una vez mas a aquellos esclavo del poderío faraónico. Teti, afortunadamente, no se asustó. se fue directamente hacia su hermano, que lo miraba con temor, subió los peldaños del trono y, luego con un movimiento rápido, le arrancó el *ureo* que llevaba en la frente y lo echó al suelo con desprecio, gritando:

—¡Ya no eres rey!

Después tiró el escudo, lo asió por el brazo y lo arrastró en medio de la sala, sin que el otro opusiese resistencia y lo derribó sobre las brillantes losas del pavimento. alzó sobre él la daga, diciendo:

—¡Este arma ha dado muerte a un león —dijo— y ahora nos librará de un usurpador, de un ladrón!

LA VENGANZA DE HER-HOR

Mientras en la ancha laguna del Nilo, Pepi jugaba la ultima carta contra su hermano para intentar salvar el trono que ya se le escapaba, un escuadrón de arqueros salía del palacio real escoltando una litera totalmente cubierta por cortinajes de variado color y sostenida por cuatro gigantescos esclavos nubios. En ella iban Nitokri y Nefer. Conseguida de Pepi la gracia de Mirinri, se encaminaban hacia la necrópolis para liberar al desgraciado, encerrado vivo en el inmenso cementerio subterráneo, que ocupaba casi la quinta parte de la opulenta ciudad. Nitokri parecía contenta; Nefer en cambio, que sabia que había perdido ya para siempre al hombre que había amado intensamente, pese a no ser correspondida, estaba triste y hacia esfuerzos enormes para detener las lágrimas que temblaban en sus pestañas.

—Hermana —decía Nitokri— las terribles pruebas que Mirinri ha sufrido, tocan ya a su fin. A partir de ahora ya no correrá ningún peligro porque yo velare por él y mi padre no se atreverá a hacerle nada. Será el orgullo de la corte y cuando mi padre, que ya es viejo, muera, el pueblo le aclamara como rey de Egipto.

—¿Va a aceptar el aguardar tanto tiempo? —preguntó Nefer—. Ha dejado el desierto y ha descendido por el Nilo para sentarse en el trono de tu padre.

—Mi padre no puede abdicar así, de un golpe. Tal vez mas tarde pero no ahora.

—Te repito, Nitokri, ¿aceptará?

—No insistirá por mí; me quiere demasiado.

—¡Ah! Es cierto —murmuró Nefer, sofocando un sollozo—. Tú has sido su eterna visión, en el desierto, en el Nilo y aquí.

—¿Hablaba siempre de mí? —inquirió Nitokri, mientras en sus bellísimos ojos se encendía una llama.

—¡Siempre!...¡Siempre!...

—Tampoco yo había olvidado a aquel valeroso joven, que para salvar mi vida, expuso fríamente la suya con el coraje de un león. Había algo dentro de mí que me decía que él no debía ser un hombre corriente. Nuestra sangre, de origen divino, debía hacerlo.

“Pero no tenía en cuenta la mía” murmuró para sí Nefer.

La hija de Pepi levantó un faldón del tenderete y miró fuera.

Habían abandonado ya la ciudad y los nubios apresuraban el paso, dirigiéndose hacia las ultimas ondulaciones de la cadena libia, donde se alzaba un número infinito de

pirámides más o menos altas, que ocupaban una enorme extensión de terreno. Era la inmensa necrópolis de Menfis, el mayor cementerio del mundo, donde ricos y pobres, unos dentro de *mastabas* y otros a lo largo de subterráneos infinitos que serpenteaban hasta el extremo del delta del Nilo, dormían ya siglos y siglos, ininterrumpidamente. Nefer, advirtiendo en medio de aquel caos de pirámides una muralla alta formada por bloques de basalto gris, había sentido un fuerte sobresalto.

—¿Es allí, dentro de aquella muralla donde él se encuentra, verdad? —había preguntado.

—Sí —respondió la hija de Pepi.

—¿Estará vivo todavía?

—Solo son unas pocas horas las que ha estado encerrado dentro.

—¿Y si, en un momento de desconsuelo, se hubiese dado muerte?

—¡Calla, Nefer! —exclamó Nitokri con inquietud—. Además, ¿cómo se mataría? No hay armas allí dentro.

—Démonos prisa.

—Sí, ¡a la carrera! —gritó Nitokri a los nubios.

Los esclavos se pusieron a correr, obligando a los arqueros a hacer lo mismo. La litera avanzaba ahora entre aquella multitud de pirámides y montículos de piedra, que en parte cubrían las arenas del vecino desierto, aquellas terribles arenas que más tarde iban a cubrirlo todo. Ningún ser humano se encontraba entre aquellas tumbas, porque los egipcios, exceptuando las grandes fiestas, se mantenían alejados de las necrópolis, como si tuvieran temor de turbar el reposo de sus muertos. La comitiva se detuvo ante la alta muralla de basalto que se alzaba en forma de pirámide e indicaba la entrada de la necrópolis subterránea. Los nubios pusieron en tierra la litera y Nitokri y Nefer descendieron.

—¿Dónde está la piedra? —preguntó la hija de Pepi que mostraba ser presa de una vivísima emoción.

—¡Hela aquí! respondió un arquero, mostrando con la mano un bloque de mármol más oscuro—. Es la quinta.

—Que actúen los obreros.

Seis hombres, que estaban vestidos de soldados y llevaban barras de bronce y una especie de pesadísimos martillos en forma de cuña, dieron unos pasos adelante.

—No perdáis tiempo —les dijo Nitokri—. Y vosotros —prosiguió dirigiéndose a los arqueros— preparad las antorchas.

La piedra, una enorme pieza de dos metros cúbicos por lo menos, escogidas entre las más duras de la cadena líbica, fue golpeada prontamente con enorme vigor, pero no resultaba fácil romper su juntura. Tres horas de titánicos esfuerzos transcurrieron antes de que la argamasa que las unía a las otras cediese y la pieza comenzase a moverse. Durante aquel tiempo Nitokri había hecho detener el trabajo varias veces para apoyar su oído a la piedra, con la esperanza de oír un grito o cualquier otro indicio de Mirinri, pero sin ningún resultado. El desgraciado joven se habría extraviado en las tenebrosas galerías de la *serdab*, intentando encontrar en algún sitio una abertura o tal vez en un acceso de desesperación habría estrellado su cráneo contra las paredes.

Una vivísima ansiedad se había apoderado de todos. La piedra había sido ya separada de las otras y comenzaba a moverse bajo las estacas de bronce; ningún grito se oía todavía, pero la luz entraba y podría distinguirse incluso desde lejos. Nitokri miraba a Nefer, que parecía muerta, como si toda su sangre le hubiese huido de sus venas.

—¿También tienes miedo, hermana? —le preguntó.

—Sí, lo tengo.

—¿De qué se haya matado?

—O de que se haya perdido.

—Lo buscaremos: los *serdab* no tiene ninguna salida.

—¿Y si hubiese ocurrido algún desmoronamiento?

Nitokri miró a los arqueros que ayudaban a sacar la losa a los obreros.

—Vosotros acompañásteis a Mirinri, aquel joven que mi padre hizo encerrar, ¿verdad?

—Sí —respondió el jefe de la tropa.

—¿Se hallaba la necrópolis bien conservada?

—Ayer recorrí todas las galerías y no vi ningún derrumbamiento.

—¿Se rebelaba el joven cuando lo encerrasteis aquí dentro?

—No.

—¿Se hallaba abatido?

—¡Oh, sí!

—Encended las antorchas.

—Ya están dispuestas.

—Entremos: ven, Nefer.

Subieron los cuatro peldaños inferiores y penetraron en la necrópolis, precedidas por cuatro arqueros que llevaban teas hechas con una materia resinosa que, al arder proyectaban en su torno una luz vivísima, casi blanca. Mas allá de la abertura había una escalera que conducía debajo de tierra, formada por peldaños de piedra muy altos y anchos, que llevaban a una inmensa galería arqueada, flanqueada por un número infinito de animales embalsamados, dispuestos ordenadamente en doble fila. Había gatos, ibis, cocodrilos, terneros y toda clase de bestias, que según se ha dicho, si no eran adorados, eran por lo menos muy respetados por los viejos egipcios. Nitokri y Nefer, precedidas por la escolta, penetraron en la galería que se hallaba impregnada por un olor poco agradable, producido por millones y millones de momias que, pese al embalsamiento, se iban corrumpiendo lentamente, tratándose de gente pobre que no podía permitirse el lujo de dar a sus cuerpos un tratamiento igual al de los ricos y al rey. después de recorrer dos o trescientos pasos, Nitokri se volvió a la escolta y dijo:

—Gritad fuertemente y que repercuta en las profundidades de los *serdab*. El joven que encerrasteis debe haberse extraviado.

Los arqueros se reunieron en círculo e hicieron retumbar las profundas e infinitas galerías, que a lo largo de leguas se sucedían bajo la última llanura del delta, con un sonoro:

—¡Wohé!...

Cuando cesó el eco, perdiéndose en lontananza, se pusieron todos a escuchar.

Transcurrieron varios instantes de angustiosa espera; después un grito muy débil, que venía quién sabe de dónde se dejó oír.

—¡Es él! —dijeron al unísono Nitokri y Nefer, impresionadas.

—Sí, la que ha contestado es una voz humana —dijo el jefe de los arqueros.

—¡Busquémoslo! ¡Busquémoslo! —gritó la princesa.

Se habían detenido en su marcha, desfilando entre aquellas inmensas e interminable hileras de animales embalsamados y entre paredes de granito que mostraban pequeñas lapidas con el nombre grabado de los muertos sepultados o encima o debajo de la galería. De cuando en cuando aparecían ramificaciones. Eran otros *serdab* tenebrosos que se dirigían en otras direcciones. La escolta gritaba, a pleno pulmón, un nuevo y potente grito y al no recibir respuesta, proseguía a través de la galería principal. Mirinri debía hallarse muy alejado de la entrada de la necrópolis, tal vez sin saberlo, a causa de la profunda oscuridad que reinaba allí dentro.
—Tal vez esté muerto —decía insistentemente Nefer.

—¡Si ha contestado!

—¿Y si hubiese sido el eco, Nitokri?

—No, señora —respondía el jefe de los arqueros—. Aquella era una voz humana, muy diferente del eco.

—¡Siempre adelante! Nosotros... —Se detuvo bruscamente, mandando—: ¡Quietos todos! ¡Que nadie se mueva!

A lo lejos había oído algo así como un rumor de pasos. Alguien andaba sobre las piedras que enlosaban la galería.

—Ha visto la luz de nuestras antorchas y viene hacia aquí —dijo finalmente el jefe.

—¿Estás seguro? —preguntó Nitokri.

—Sí, princesa.

—Prueba.

—¡Wohé! —gritó el arquero.

Una voz, muy lejana pero clara, respondió de pronto: —¿Quién es el valiente que viene a buscar al hijo de Teti?

—¡Mirinri! —gritaron a la vez Nitokri y Nefer.

Siguió un breve silencio, como si el joven, detenido por el asombro fácil de comprender en aquel momento, se hubiese detenido; luego las piedras volvieron a resonar precipitadamente, bajo unas pisadas apresuradas.

—Dejad aquí dos antorchas e id a esperarnos a la salida de la necrópolis —dijo Nitokri a la escolta—. Ahora ya no correremos ningún peligro.

Apenas los arqueros habían desaparecido tras un recodo de la galería, cuando Mirinri, que se había lanzado a una carrera desenfrenada tan pronto como hubo visto la luz de las teas, llegó ante las dos muchachas.

—¡Tú, Nitokri, y tú, Nefer! —exclamó—. ¿Estoy soñando o es mi alma que ha abandonado ya mi cuerpo?

—No, Mirinri, somos nosotras —dijo Nitokri, cogiéndolo por una mano. Nosotras que hemos venido a esta horrible necrópolis para salvarte.

—¿Y a morir, conmigo? ¿Es posible que Pepi me haya concedido la vida, después de hacerme encerrar aquí? Nitokri, Nefer, hablad.

—Estás a salvo y libre —dijo la hija de Pepi—. El palacio real está esperando a su príncipe y al futuro rey.

—¡Yo un rey! —gritó Mirinri—. No, es imposible, esto es un sueño.

—No, mi señor —dijo Nefer.

—¡Yo libre y rey!...

—Futuro rey —corrigió Nitokri.

—Qué me importa, con tal que salga de aquí y no me separe más de ti.

Nfer se había vuelto hacia otra parte, apoyándose con sus manos en la pared. Mirinri se dio cuenta y comprendió el efecto que debían haber producido sus palabras en el ánimo de la pobre muchacha.

—Me amaba —susurró a Nitokri.

La Faraona se acercó a la muchacha y cogiéndola dulcemente por una mano, dijo:

—Ven, hermana: el palacio real nos acogerá a todos.

Se pusieron en camino: Mirinri y Nitokri iban preocupados; Nefer estaba triste.

Ya comenzaban a entrever la luz que penetraba por la abertura hecha en la gran muralla, cuando Mirinri se detuvo, mirando a Nefer.

—¿Y Ounis? —preguntó.

También está preso —respondió la muchacha.

—¡Ounis! —exclamo Nitokri— ¿Quién es? Yo he oído ese nombre.

—Es el hombre que me condujo al desierto, que me cuido durante la infancia, que fue para mi un padre mas que un amigo —dijo Mirinri—. ¿Es cierto que se encuentra en manos de tu padre?

—No lo sé.

—Yo sí —dijo Nefer—. Estaba presente cuando lo arrestaron.

—¿Y qué han hecho con él? —gritó Mirinri, con voz amenazadora—. Si han tocado un pelo de la cabeza de aquel hombre yo, Nitokri romperé la tregua que ahora reina entre mi y tu padre.

—No hables así, Mirinri —respondió Nitokri—. Si hay que salvar a otro, lo salvaremos y no entraremos en el palacio real antes de obtener su gracia. Hermana, ahora te toca a ti.

—¿Qué debo hacer? —preguntó la joven extrañada.

—Precederme en el palacio real e ir a anunciarle a mi padre mi voluntad si es que quiere volver a ver a su hija. O la gracia del hombre que ha salvado y guiado a Mirinri o renunciar para siempre a mí. Estoy decidida a ligar mi destino a vosotros dos y dispuesta a arrojar el *ureo* que llevo en la frente.

Mirinri miro a Nefer con inquietud.

—Sí, mi señor —dijo la joven—. Iré.

—¿Y Ata? ¿Y los otros?

—Todos están presos.

Mirinri tuvo un momento de enojo, pero pronto se calmó.

—Nitokri —dijo— unamos nuestras fuerzas. Tu padre será para mi sagrado: pero ay de él si mis amigos caen bajo su venganza.

—Mi padre cederá ante nosotros tres, que somos Hijos del Sol —respondió la joven Faraona.

—Salgamos de aquí: el aire es pestilente y debemos respirar otro ambiente.

Alcanzaron sin tardanza la salida de la necrópolis, donde aguardaban seis esclavos y seis arqueros.

—Sube al palanquín, Nefer —dijo Nitokri— y precédenos hacia el palacio real. Tú sabes lo que debe hacer mi padre si quiere volver a verme y seguir teniendo una hija. El sol se está poniendo, no me pongo los vestidos reales y así nadie nos prestará atención. ¡Vete, Nefer, y arranca de mi padre la gracia de Ounis y de sus amigos!

La muchacha subió al palanquín, hizo bajar las cortinas y los esclavos partieron a la carrera seguidos por doce arqueros.

En pocos minutos llegaron a las primeras casas de la ciudad, sin haber encontrado a ningún ser viviente. Parecía que todos sus habitantes hubiesen abandonado Menfis. Se encontraban congregados en el inmenso dique del Nilo, asistiendo a la lucha entre el viejo Ounis y el león libio.

Después de una media hora larga, llego Nefer al palacio real y subió la escalinata, dispuesta a presentarse ante Pepi. Iba ya a penetrar en las estancias del todopoderoso Faraón, cuando vio como le cortaba el paso un viejo sacerdote, salido de una puerta lateral.

Nefer se detuvo de golpe, lanzando un grito de terror: —¡Her-Hor!

—Sí, el gran sacerdote del templo de Ptah, que no ha dejado sus huesos en la isla de las sombras —respondió el anciano con un tono irónico.

La asió bruscamente por un brazo y la arrastró a la fuerza a una enorme estancia que se encontraba detrás de la sala del trono.

—¿Que has venido a hacer aquí? —preguntó Her-Hor, cerrando la puerta por la que se entraba a un inmenso salón brillante de oro.

—A buscar al rey —respondió Nefer, que había recuperado su sangre fría.

—¡Pepi! Tiene muchas cosas que hacer en este momento. ¿Quién te ha mandado?

—Nitokri.

—Así es que ya habéis sacado a Mirinri de su sepulcro.

—Sí.

—Y se encuentra con la hija de Pepi en este momento.

—Exacto.

Her-Hor sonrió de un modo feroz.

—Lo ha salvado —dijo.

—Lo hemos encontrado vivo todavía.

—¿Y vienen hacia aquí?

—Este es el sitio de Mirinri.

—Sí, lo sé. Pepi ha cedido totalmente ante Nitokri y lo ha perdonado, pero ¿sabes en que condiciones?

—Lo ignoro, y no me interesa.

—Te engañas, Nefer —dijo Her-Hor—. ¿Cuándo Mirinri esté aquí, qué le ocurrirá a la princesa de la isla de las sombras? ¿Qué hará de ti, que eres también la Hija del Sol? ¿En qué escalón del trono vas a sentarte tú?

Nefer lo miró con turbación.

—No había pensado en eso —dijo después con voz sofocada—. Sí, ¿qué será de mí después?

Her-Hor hizo oír una breve sonrisa.

—La princesa de la isla de las sombras ha alzado su mano sobre un gran sacerdote —prosiguió— y he aquí que los dioses me vengan. Mirinri será un día rey; Nitokri será reina ¿y tú, qué lo has amado?

—Calla, Her-Hor —gritó Nefer— no me destroces el corazón.

El sacerdote, sin conmoverse por la desesperación que se leía en el rostro de la pobre muchacha, siguió implacable:

—Y tú desde el último peldaño del trono; tú que has amado intensamente al futuro rey del reino faraónico, al hijo de aquel Tetis al que los imbéciles llamaban "Grande" asistirás...

—Calla, Her-Hor —repitió Nefer sollozando.

—Asistirás a las bodas del afortunado joven con la hija de Pepi.

—Me estas matando.

—¿Es que tu no has intentado matarme? —preguntó el sacerdote con voz dura—. Yo he sufrido, ahora sufre tú.

—¡No me queda otra solución que morir! —dijo la desgraciada.

Her-Hor levantó una cortina que escondía una especie de armario y mostró a la muchacha una pequeña panoplia, en la que había dagas, puñales y varias armas en forma de pequeñas hoces.

—No tienes mas que elegir —dijo fríamente.

Nefer iba a decidirse cuando se oyó a lo lejos un ruido ensordecedor que se acercaba rápidamente. Parecía que millares de personas se acercaban al palacio real dispuestos a invadirlo.

Her-Hor había detenido a Nefer, prestando atención.

—¿Qué es lo que ocurre en la ciudad? —se preguntó con inquietud.

Arrastró a la muchacha hacia un amplio ventanal y alzando la abigarrada cortina, miró hacia la inmensa avenida que conducía al palacio real.

Una enorme multitud avanzaba chillando amenazadoramente. Eran las tropas que Teti guiaba para echar al usurpador del trono.

—¿Una rebelión o una insurrección? —se preguntó Her-Hor, con gran inquietud.

De pronto soltó un grito de terror. Pepi rodeado por unos pocos soldados, había aparecido en el camino. Sus esclavos corrían a la desbandada, amenazando con volcar el palanquín de un momento a otro. Guardias, sacerdotes, músicos, danzarinas, portadores de los emblemas reales, ya no estaban con él. El magnifico cortejo se había deshecho.

—¡El rey huye! —gritó Her-Hor.

Después una ronca imprecación se le escapó. Llegaron a sus oídos los gritos de una multitud aclamando a Teti.

—Todo ha terminado —murmuró—. No me queda mas que la venganza. ¡Ounis ha sido reconocido por el pueblo y matará a Pepi!

Se había detenido ante la ventana, teniendo siempre asida por una mano a Nefer, que parecía no comprender en absoluto lo que iba a suceder. Las tropas del pueblo entretanto llegaban gritando y aclamando a Teti. Her-Hor lo vio entrar en el palacio real, mientras que el cuerpo de guardia, los servidores, los esclavos y las mujeres huían desordenadamente a través de los inmensos jardines.

—Ven —dijo con voz imperiosa a Nefer— pero antes toma esto porque nuestra última hora va a sonar y así tendrás la prueba de que Mirinri está perdido para siempre para ti.

Cogió un puñal y la arrastró hacia la puerta que conducía a la sala del trono. Precisamente en aquel momento Teti, después de haber despojado a su hermano del *ureo*, tenía aterrorizado al usurpador, levantando la daga sobre él, dispuesto a darle muerte.

Iba el terrible anciano a realizar el fratricidio sin que el pueblo que llenaba la sala hubiese hecho movimiento alguno para salvar al depuesto rey, a quien habían adorado y tenido como un dios momentos antes, cuando la muchedumbre se apartó de pronto.

—¡Padre! ¿Qué es lo que haces?

—¡Salvad al rey! ¡No lo matéis! ¡Concededle la gracia!

Apareció Mirinri, seguido de Nitokri, llorando, pálida como una aparición.

Teti alzó su cabeza y luego bajó la daga.

—¡Padre! —repitió Mirinri, yendo a su encuentro— ¡Ah! ¡Mi corazón no me había engañado! ¡Padre! ¡Viva Teti!

—¿Qué es lo que quieres, hijo? —preguntó el viejo monarca, mientras una alegría inmensa le irradiaba por el rostro.

—Es el padre de Nitokri, la muchacha que salvé —respondió Mirinri.

—¿La amas?

—Sí, padre. La quiero.

Teti arrojó la daga lejos de sí.

—Concedo la vida a este hombre —dijo luego—. Osiris lo quiere y tú también. ¡Sea!

Her-Hor al oír aquellas palabras, hizo resonar por la estancia su risa estridente.

—¿Crees ahora, Nefer, que Mirinri puede quererte?

—No... todo ha terminado —respondió la desgraciada. ¡Venga la muerte!

Alzó el arma que tenia en su mano. miró un instante la reluciente hoja, y se la hundió completamente en el pecho, en dirección al corazón.

Her-Hor la alzó en sus brazos. la sostuvo sin hacer caso de la sangre que le manchaba el vestido y penetró en la inmensa sala, gritando:

—¡He aquí mi venganza!

Por segunda vez se abrieron las hileras de gente, para que el sacerdote avanzara sin estorbos hasta llegar ante el trono.

—¡Her-Hor! —exclamaron Teti y Mirinri.

—¡Esta es tu hija! —gritó el sacerdote, con voz penetrante, depositando ante Teti a la muchacha—. Esta muerta y ha muerto de amor. Ya estoy vengado. Tú me arrojaste del templo, donde ejercía las funciones de gran sacerdote, pero ahora vengo a amargarte tu victoria.

—¡Nefer! —exclamaron al unísono Mirinri y Teti, con horror.

—No, Sahur, tu hija, a la que hice seguir los pasos de tu hijo, para que lo amase. Y como veis lo he conseguido. Se ha matado al oír a Mirinri confesar su amor por Nitokri.

Un grito de rabia salvaje escapó del pecho de Teti.

—¡Arrestad a ese miserable!

Mirinri, antes que nadie, se había arrojado sobre el gran sacerdote asiéndolo por la garganta.

—¿Debo matarlo? —preguntó.

—No; que se hagan los funerales debidos a mi hija, que lleven su cuerpo a la gran pirámide que he hecho comstruir a orillas del desierto y que se encierre allí vivo a este hombre. Abdico en favor de mi hijo: él es digno de su padre.

—¿Y tú? —preguntó Mirinri.

—Regreso al desierto, donde viví durante dieciocho años, y vuelvo allí para oír los gritos de hambre de este hombre que ha causado la muerte de mi hija. Te oiré, Her-Hor, a través de la piedra que te encerrará para siempre, hasta tu último grito.

Cogió el *ureo* que había quitado a Pepi y lo puso en la frente de Mirinri, quien se había arrodillado junto al cadáver de Nefer, sollozando con gran pena y dolor.

—Pueblo —gritó—. ¡He aquí mi última voluntad! Que se haga gracia a mi hermano y se le destierre al Alto Nilo; es el padre de la muchacha que ama mi hijo. Y tú, Mirinri, no te olvides de Ata: aunque le hayan cortado las manos, puede ser un buen ministro. Ahora, adiós; voy a escuchar los terribles gritos de Her-Hor ante el sarcófago de mi hija.

Alzó en sus brazos el cadáver de Nefer, que iba perdiendo sangre y se encaminó hacia una de las veinticuatro puertas de bronce, mientras que en la sala tronaba un grito inmenso:

—¡Viva Mirinri, rey de Egipto!